

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE STRIDÓN, PRESBITERO, DIÁLOGO CONTRA LOS PELAGIANOS, BAJO LA PERSONA DE ATTICUS CATÓLICO Y CRITOBULO HEREJE. (C)

ADVERTENCIA EN LOS SIGUIENTES DIÁLOGOS CONTRA LOS PELAGIANOS.

1. Apenas había sido condenada la perfidia origenista en todo el orbe cristiano, y Jerónimo había sometido su cerviz, cuando de repente estalló la guerra pelagiana, extendiéndose ampliamente por las Iglesias, y se suscitó al gran doctor, nacido para aplastar monstruos, aunque ya consumido por la vejez, para que descendiera al campo de batalla: de modo que ninguna alabanza, creo, podría haber por la herejía derrotada, en la que él no fuera el único galardonado, o al menos el primero. La execrable doctrina que Pelagio había aprendido en Roma de un tal Rufino sirio, la importó a Palestina alrededor del año 412 d.C., y la enseñó en Jerusalén, donde, con el consentimiento del obispo Juan de esa ciudad, progresó tanto que hubo quienes se llamaron a sí mismos por su nombre. La suma de la herejía en ese tiempo era esta: que los hombres pueden ser sin pecado si quieren; que la necesidad de la gracia divina obstaculiza la libertad del albedrío; y, lo que parece haber sido proclamado con menos énfasis al menos en ese momento, que no existe la transmisión del pecado. Jerónimo, en los libros que elaboró desde entonces, especialmente en los Comentarios sobre Jeremías, no dejó de aprovechar la ocasión para señalar la detestable soberbia; pero continuamente perdonó los nombres, prefiriendo corregirlos que difamarlos. Sin embargo, después de casi dos años, y apenas completado el primer libro sobre el profeta mencionado, afiló su pluma contra el hereje y envió una carta a Tesifonte, que publicamos en el primer tomo bajo el número 133, en la que refuta la ἀπαθείαν nacida de las fuentes de los antiguos estoicos, aunque amenaza con escribir libros que subvertirían todos los túneles de la facción impía si los herejes no se retractaran con esa escaramuza. De hecho, poco después, a petición de los hermanos, publicó estos tres libros, en los que, al estilo socrático, exponiendo lo que se podría decir a favor o en contra de la herejía, introdujo las personas de Atticus y Critobulus discutiendo entre sí, para exponer más claramente el dogma ortodoxo y atacar más fuertemente al hereje. Esto lo proclama con versos elegantísimos San Próspero en el Carmen de Ingratis: "Entonces también el huésped de Belén, de nombre ilustre, con elocuencia hebrea, griega y latina, ejemplo de moral y maestro del mundo, JERÓNIMO, con libros muy excelentes, diseccionó al enemigo y dio a conocer con qué torbellino las tinieblas nacidas querían oscurecer la verdadera luz."

2. El año en que fueron escritos se puede deducir de la Apología de Orosio, presbítero hispano, que entonces estaba a los pies de Jerónimo; también expondré brevemente su causa, para que entiendas al mismo tiempo cuál era la razón de la sentencia ortodoxa en ese tiempo, cuál era el estado y el orden de las cosas, cuánta fuerza y qué ánimos había tomado la herejía. Como la cuestión sobre el origen del alma, muy debatida en ambos lados, causaba problemas a los hombres eclesiásticos, para que las mentes no siguieran fluctuando, San Agustín consideró que se debía consultar al gran maestro de las Iglesias, Jerónimo; y fue él mismo quien, estando Orosio con él, le aconsejó que fuera a Jerusalén, y le dio cartas para llevarle sobre ese tema, que exhibimos en el tomo I con los números 131 y 132: también los libros sobre los méritos y el perdón de los pecados, y la carta a Hilario, en los que refutaba los malos dogmas que los discípulos pelagianos, y especialmente Celestio, habían difundido en secreto. Con estos monumentos, Orosio se dirigió a Jerónimo, a quien también expuso de viva voz lo que había sucedido contra Celestio en Cartago. Inmediatamente, estas cosas llegaron a oídos del pueblo, y con muchos apoyando a Jerónimo, y algunos también a Pelagio, surgió una disensión que Juan de Jerusalén, quien favorecía al hereje, quiso sofocar, convocando a Orosio a Jerusalén, donde, en un sínodo de todo el clero, con Pelagio mismo

presente, se les ordenó exponer lo que había traído de África contra su doctrina y con qué argumentos se defendía. Para resumir brevemente, Pelagio, usando como juez a un partidario suyo y con intérpretes de su facción que traducían al griego las palabras latinas de Orosio con engañosa fidelidad, evadió el juicio del sínodo, convirtiendo la peligrosa envidia en el acusador, quien, obligado, publicó una Apología para eliminar toda sospecha de herejía de sí mismo. En esta Apología, el presbítero hispano narra cómo se desarrolló el asunto en cada parte, y en primer lugar señala el tiempo en que se celebró el sínodo de Jerusalén: siete días y cuarenta antes del primer día de la dedicación de ese templo. Ese festival, según el testimonio de Nicéforo en su Historia, libro VIII, caía el catorce de septiembre, de donde, calculando, se descubrió que el sínodo se celebró a finales de julio. No hay duda sobre el año, que se entiende como el cuatrocientos quince; pues Orosio, que había llegado a Belén ese año, partió nuevamente hacia África en la primavera siguiente. Ahora bien, hablando de ese año, ese mes, y de ese sínodo, contra el error de Pelagio, que el hombre puede guardar fácilmente los mandamientos de Dios sin gracia, dice: "Esto lo condenó el bienaventurado Jerónimo, cuyo elocuencia todo Occidente espera como el rocío sobre el vellón (pues muchos herejes ya han sido derribados con sus dogmas al oponerse a él), en su carta que recientemente publicó a Ctesifonte; de igual manera, en el libro que AHORA escribe, refuta con una altercación en forma de diálogo." Y no es razonable pensar que la obra se haya pospuesto hasta el año siguiente, ya que, al partir Orosio, como dijimos en primavera, Jerónimo le dio cartas en nuestra revisión 134, para ser llevadas a Agustín, en las que, dirigiéndose al obispo de Hipona, dice en el número I: "Ciertamente, también en el Diálogo que RECIENTEMENTE publiqué, recordé tu beatitud, como era digno." Esto lo escribió al final del tercer libro, y por lo tanto, con la obra ya terminada, no hay duda de que debe atribuirse al final del año cuatrocientos quince.

3. Contra los libros publicados por el Santo Doctor, primero Aniano de Celeda, como comúnmente se escribe, diácono, luego el mismo Pelagio poco después, cuando había engañado al miserable sínodo de Diospoli, y finalmente Teodoro de Mopsuestia, obispo, se dice que afilaron su pluma. Sin embargo, los escritos de Aniano y Pelagio, no dos, como es la opinión común, sino uno y el mismo escrito, que elaboraron en colaboración, parece que se puede deducir de los testimonios de los antiguos que lo mencionan. Orosio llama a Aniano el escudero de Pelagio: "Está," dice, "la soberbia del inmenso Goliat (Pelagio) teniendo detrás a su escudero, que aunque no lucha, sin embargo, proporciona todos los apoyos de bronce y hierro." Jerónimo dice de él, en la carta 143 a Agustín, que "se alimenta copiosamente para proporcionar palabras frívolas a la blasfemia ajena"; Gennadio ni siquiera lo nombra; pero no calla los escritos de Pelagio que favorecen su herejía: en cambio, Sigeberto, que enumera otros libros de Aniano que escribió contra Jerónimo, no los reconoce. Pero sea como sea, los escritos nacidos bajo malos auspicios fueron mal perdidos por la edad posterior. El Santo Padre mismo, mientras difería más tiempo en refutarlos, finalmente los despreció, como si fuera indigno de su persona responder a las más ineptas tonterías. Solo insinúa a Agustín que sería mejor si él lo hiciera, "No sea," dice, "que nos veamos obligados a alabar lo nuestro contra el hereje." Además, el cardenal Enrique Norisio, mi compatriota, revela a Teodoro de Mopsuestia como autor de la historia pelagiana, a partir de estos en la Biblioteca de Focio, códice 117: "Se leyó la obra de Teodoro de Antioquía, que es el obispo de Mopsuestia, como deducimos de algunas de sus cartas, con este título, 'Contra los que afirman que los hombres pecan por naturaleza, no por voluntad.' Esa disputa se completa en cinco libros, que escribió contra los occidentales infectados con esta mancha. Pues narra que el autor de esta herejía, originario de allí, solo se movía en las regiones de Oriente, y que los libros compuestos sobre la herejía recién ideada por él, los enviaba a sus compatriotas en su patria, de modo que ya había atraído a muchos a su opinión por este arte, e incluso había impregnado a iglesias

enteras con esas absurdas opiniones. Sin embargo, llama al autor de esos libros Aram, ya sea por nombre o por apodo incierto. También dice que este inventó un quinto evangelio, y que lo encontró en las bibliotecas de Eusebio de Palestina: además, rechazando la versión divina y antigua del Testamento que los Setenta intérpretes publicaron juntos, y también la interpretación de Símaco y Aquila y otros, se atrevió a confeccionar una propia y nueva, aunque no había estado acostumbrado desde niño a la lengua hebrea, como ellos, ni había aprendido el sentido de la Sagrada Escritura. Solo se había entregado a la disciplina de algunos hebreos de baja condición, y de ahí se había atrevido a escribir su propia edición. El hereje calumniador apenas podría haber descrito más claramente a Jerónimo sin nombrarlo; pues lo que llama Aram no parece ser otra cosa que porque el hombre era panonio y residía en Oriente. Sin embargo, el Santo Doctor no respondió a estos libros, ni parece haberlos visto o sabido que fueron escritos contra él. Nuevamente, solo quedan algunos extractos de ellos, que Marius Mercator pensó que estaban escritos contra Agustín, y los insertó en su Commonitorio traducidos al latín por él.

4. Además, entre otras cosas que hemos hecho para aumentar la dignidad de esta obra jeronimiana según nuestra capacidad, hemos considerado oportuno trasladar aquí esos ἀποσπασμάτια de Marius Mercator de la edición de Baluze después del Diálogo, para que veas qué decía el hombre que parecía saberlo todo solo contra el vencedor de la secta pelagiana (¿por qué dudaría en adornar a Jerónimo con este elogio?). Hemos revisado toda la obra según la fe de los antiguos libros, especialmente los manuscritos del Vaticano 4985 y el antiquísimo de la Reina de Suecia 286, con cuya ayuda se corrigen las lecturas viciosas que antes había por todas partes.

PRÓLOGO.

693 1. Escribo movido por las peticiones de los hermanos.---Ya escrita la carta a Ctesifonte (Epist. 233), en la que respondí a las preguntas, hubo una frecuente petición de los hermanos sobre por qué difería más la obra prometida, en la que prometí que respondería a todas las cuestiones de aquellos que predicán la ἀπάθεια. No hay duda de que esta es una disputa de los estoicos y peripatéticos, es decir, de la antigua Academia, que algunos de ellos afirman que las πάθη, que podemos llamar perturbaciones: tristeza, alegría, esperanza, temor, pueden ser erradicadas y extirpadas de las mentes humanas: otros dicen que pueden ser quebrantadas, gobernadas y moderadas, y como caballos desenfrenados, ser contenidas con ciertos frenos. Cuyas opiniones tanto Cicerón en las Disputaciones Tusculanas explica, como Orígenes intenta mezclar con la verdad eclesiástica en sus Stromata, para no mencionar a Maniqueo, Prisciliano, Evagrio el Ibérico [Al. Hiboritam y Hyperboritam], Joviniano, y casi todos los herejes de Siria, a quienes en lengua vulgar llaman διεστραμμένως Massalianos, y en griego εὐχίτας; de todos los cuales esta es la opinión, que la virtud y el conocimiento humano pueden llegar a la perfección, y no digo a la semejanza, sino a la igualdad de Dios: de modo que afirman que, cuando han alcanzado la cumbre de la perfección, no pueden pecar ni siquiera en pensamiento e ignorancia. Y aunque en la carta anterior, que escribí a Ctesifonte, toqué brevemente algunos de sus errores por la limitación del tiempo, este libro, que ahora intento forjar, seguirá la costumbre de los socráticos, para que exponga lo que se pueda decir de cada parte, y la verdad sea más clara, cuando cada uno haya expuesto lo que siente. Sin embargo, esto es propio de Orígenes, y es imposible que la naturaleza humana no peque desde el principio hasta la muerte: y nuevamente, es posible, cuando alguien se convierte a lo mejor, llegar a tal fortaleza que ya no peque.

2. No movido por la envidia.---Contra aquellos que dicen que escribo esta obra inflamado por las llamas de la envidia, responderé brevemente que nunca he perdonado a los herejes, y he

actuado con todo esfuerzo para que los enemigos de la Iglesia también sean mis enemigos. Helvidio escribió contra la perpetua virginidad de Santa María. ¿Acaso fui movido por la envidia para responderle, a quien nunca vi en la carne? Joviniano, cuya herejía ahora se resucita, perturbó la fe romana en mi ausencia, tan elocuente y de un discurso tan insípido, que más merecía misericordia que envidia. También le respondí como pude. Rufino no solo a una ciudad, sino al mundo, introdujo las blasfemias de Orígenes y los libros *περὶ Ἀρχῶν*, tanto como pudo, de modo que incluso publicó el primer libro de la Defensa de Orígenes de Eusebio bajo el nombre del mártir Pánfilo, y como si eso fuera poco, vomitó un nuevo volumen por él. ¿Acaso le envidiamos porque respondimos, y hubo en él tales ríos de elocuencia que me disuadieron del estudio de escribir y dictar? Palladio, con su servil maldad, intentó restaurar la misma herejía y construir una nueva calumnia de la traducción hebrea contra mí. ¿Acaso también envidiamos su ingenio y nobleza? Ahora también el misterio de la iniquidad opera, y cada uno murmura lo que siente: yo soy el único que es mordido por la gloria de todos; y tan miserable, que incluso envidio a aquellos que no merecen envidia. Por lo tanto, para demostrar a todos que no odio a los hombres, sino a los errores, ni busco la infamia de algunos, y más bien lamento la suerte de aquellos que son engañados por la falsa ciencia, puse los nombres de Atticus y Critobulus, para que a través de ellos expusiera lo que nuestra parte y la de los adversarios sentían. Más bien, todos los que seguimos la fe católica, deseamos y anhelamos que la herejía sea condenada, y que los hombres sean corregidos. O al menos, si quieren permanecer en el error, que no sea culpa nuestra que escribimos, sino de aquellos que prefirieron la mentira a la verdad. Y brevemente respondemos a los calumniadores, que transfieren sus insultos a ellos, que es de la sentencia de los maniqueos condenar la naturaleza humana, y quitar el libre albedrío, y eliminar la ayuda de Dios. Y nuevamente, de una insania manifiesta, decir que el hombre es lo que Dios es. Y así debemos caminar por el camino real, para no desviarnos ni a la izquierda ni a la derecha; y siempre creer que el apetito de nuestra propia voluntad es gobernado por la ayuda de Dios. Si alguien clama falsamente que se le infama, y se gloria de sentir lo nuestro; entonces probará su verdadero asentimiento a la fe cuando condene abiertamente y sin engaño lo contrario: para que no escuche aquello del Profeta, "Y en todo esto no se volvió a mí su hermana prevaricadora Judá de todo corazón, sino en mentira" (Jeremías V, 7). Y es de menor pecado seguir el mal que creíste bueno, que no atreverse a defender lo que sabes con certeza que es bueno. Si no podemos soportar las amenazas, la injuria, la pobreza, ¿cómo venceremos las llamas de Babilonia? Que lo que la guerra ha preservado, no lo quite una paz fingida. No quiero aprender la perfidia por temor, cuando Cristo ha dejado la verdadera fe a mi voluntad.

LIBRO PRIMERO.

697 1. Si el hombre puede ser sin pecado, si quiere.--- ATTICUS. Dime, Critobulus, ¿es verdad lo que escucho que has escrito: que el hombre puede ser sin pecado si quiere, y que los mandamientos de Dios son fáciles? CRITOBULUS. Es verdad, Atticus, pero no se entiende en el mismo sentido por los adversarios que por mí. A. ¿Qué ambigüedad hay en lo dicho, para que se dé ocasión a una interpretación diversa? Ni siquiera pido que respondas sobre ambos a la vez. Pues has propuesto dos cosas. Una, que el hombre puede ser sin pecado si quiere; la otra, que los mandamientos de Dios son fáciles. Aunque se dijeron juntas, sin embargo, deben discutirse por partes, para que, aunque haya una fe, no haya contienda en la diversidad de opiniones. C. Yo, Atticus, dije que el hombre puede ser sin pecado si quiere, no como algunos maliciosos calumnian, sin la gracia de Dios (lo cual es sacrilegio incluso pensar), sino simplemente que puede, si quiere, para que se entienda con la gracia de Dios. A. Entonces, ¿también es Dios el autor de tus malas obras? C. De ninguna manera como tú

piensas. Pero si tengo algo bueno en mí, se completa con su sugerencia y ayuda. A. No pregunto sobre la naturaleza, sino sobre el acto. ¿Quién duda que Dios es el Creador de todo? Quisiera que respondieras esto: lo que haces bueno, ¿es tuyo o de Dios? C. Es mío y de Dios; para que yo obre y él ayude. A. ¿Y cómo es que esta es la opinión de todos, que quitas la gracia de Dios, y afirmas que todo lo que hacemos los hombres es solo de nuestra propia voluntad? C. Me sorprende, Atticus, que me pidas la causa y razón del error ajeno, y busques lo que no está escrito, cuando es claro lo que he escrito. Dije que el hombre puede ser sin pecado si quiere. ¿Acaso añadí, sin la gracia de Dios? A. Pero por el hecho de que no lo añadiste, parece que lo niegas. C. Más bien, por el hecho de que no lo negué, se debe considerar que lo dije. 698 Pues no debemos considerar que negamos todo lo que no decimos. A. ¿Confiesas entonces que el hombre puede ser sin pecado si quiere, con la gracia de Dios? C. No solo lo confieso; sino que lo proclamo libremente. A. Entonces, ¿se equivoca quien quita la gracia de Dios? C. Se equivoca. Más bien debe considerarse impío, ya que todo se gobierna por el mandato de Dios, y esto que somos y tenemos el apetito de nuestra propia voluntad, es un beneficio del Creador. Pues para que poseamos el libre albedrío, y nos inclinemos hacia el bien o el mal por nuestra propia voluntad; es por la gracia de aquel que nos creó a su imagen y semejanza.

2. ¿Debe atribuirse a la gracia de Dios? A.---Nadie, oh Critóbulo, duda de que todo depende de su juicio, quien es el creador de todo, y que todo lo que tenemos debe atribuirse a su beneficio. Pero pregunto, esto mismo que afirmas que es gracia de Dios, ¿lo refieres al beneficio de la creación, o piensas que está en cada una de las cosas que hacemos, de modo que en todo usamos su ayuda; o una vez creados por él con libre albedrío, actuamos con nuestra voluntad o fuerzas lo que queremos? Pues sé que muchos de vosotros refieren todo a la gracia de Dios, no en partes, sino en general, es decir, no en cada cosa, sino en la condición del albedrío entienden el poder. C. No es como dices, sino que yo afirmo ambas cosas, que es por la gracia de Dios que fuimos creados así, y que en cada obra somos sostenidos por su ayuda. A. Entonces está claro entre nosotros que en las buenas obras, después de nuestra propia voluntad, nos apoyamos en la ayuda de Dios, y en las malas, en la del diablo. C. Está claro, y sobre esto no hay disputa. A. Por tanto, piensan mal quienes quitan la ayuda de Dios en cada cosa que hacemos, y lo que canta el salmista: Si el Señor no construye la casa, en vano trabajan los que la edifican. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el guardián (Sal. 126, 1, 2); y otras cosas semejantes, con interpretaciones perversas, incluso risibles, intentan torcerlas a otros sentidos.

3. En cada cosa se necesita la ayuda de Dios.---C. ¿Por qué necesito hablar contra otros, cuando tienes mi respuesta? A. ¿Qué tipo de respuesta es la tuya? ¿Que piensan bien o mal? C. ¿Y qué necesidad tengo de pronunciarlo contra otros? A. El orden de la discusión y la razón de la verdad. ¿No sabes que todo lo que se dice, o es, o no es; y debe contarse entre lo bueno o lo malo? Por lo tanto, lo que pregunto, o se dice bien, o mal, te verás obligado a admitirlo. C. Si en cada cosa que hacemos, se debe usar la ayuda de Dios, entonces, ¿no podremos afilar una pluma para escribir, y pulirla con piedra pómez, y preparar la mano para las letras, callar, hablar, sentarse, estar de pie, caminar, correr, comer, ayunar, llorar, reír, y otras cosas semejantes, a menos que Dios ayude? A. Según mi entendimiento, es evidente que no podemos. C. Entonces, ¿en qué tenemos libre albedrío, y se conserva la gracia de Dios en nosotros, si ni siquiera esto podemos hacer sin Dios?

4. Cómo se dio el libre albedrío. La gracia de Dios no impide la libertad.---A. La gracia del libre albedrío no se dio de tal manera que se quite la ayuda de Dios en cada cosa. C. No se quita la ayuda de Dios, cuando las criaturas se conservan por la gracia del libre albedrío dado

una vez. Pues si sin Dios, y a menos que él me ayude en cada cosa, no puedo hacer nada: ni me coronará justamente por las buenas obras, ni me afligirá por las malas; sino que en ambos casos, o recibirá, o condenará su ayuda. A. Entonces, di simplemente, ¿por qué quitas la gracia de Dios? Pues lo que quitas en partes, es necesario que también lo niegues en general. C. No niego la gracia, cuando afirmo que fui creado por Dios de tal manera que por la gracia de Dios se ha dado a mi voluntad, hacer algo o no hacerlo. A. Entonces, ¿Dios duerme en nuestras obras, una vez dada la potestad del libre albedrío: y no debe ser orado para que nos ayude en cada obra, cuando es de nuestra voluntad y propio albedrío, hacer si queremos, o no hacer si no queremos?

5. C. Así como en las demás criaturas se conserva el orden de la creación: así, una vez concedida la potestad del libre albedrío, todo se ha dejado a nuestra voluntad. A. Entonces, como dije, ¿no debo pedir ayuda a Dios en cada cosa, que se me ha dado una vez a mi juicio? C. Si en todo él coopera, no es mío, sino de aquel que ayuda, más bien de aquel que coopera en mí: especialmente cuando sin él no puedo hacer nada. A. Te ruego, ¿no has leído: No es del que quiere ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16)? De lo cual entendemos que es nuestro querer y correr; pero que para que nuestra voluntad y carrera se cumplan, pertenece a la misericordia de Dios, y así sucede, que tanto en nuestra voluntad como en nuestra carrera, se conserva el libre albedrío, y en la consumación de la voluntad y la carrera, todo se deja al poder de Dios. Ahora, ciertamente, debo replicar los testimonios de las Escrituras, cómo en cada cosa los santos piden la ayuda de Dios y en cada una de sus obras desean usarlo como ayudador y protector. Lee todo el Salterio, todas las voces de los santos, no habrá nada, sino súplica a Dios en todas las obras. De lo cual se muestra claramente, que o niegas la gracia de Dios, que quitas en partes; o si la das en partes, lo cual claramente no deseas, pasas a nuestra opinión, que así conservamos el libre albedrío al hombre, que no negamos la ayuda de Dios en cada cosa.

6. El dogma de los pelagianos estrangula.---C. Esta es una conclusión capciosa, y descendiente del arte de los dialécticos. Sin embargo, nadie podrá quitarme el poder del libre albedrío, para que, si Dios ha sido ayudador en mis obras, no se me deba la recompensa, sino a aquel que ha obrado en mí. A. Disfruta del poder del libre albedrío, para que armes tu lengua contra Dios, y pruebes que eres libre, si te es lícito blasfemar. Pero sobre esto, lo que sientes, no hay duda para nadie, y los engaños de tu confesión han brillado con luz clarísima. Ahora volvamos a aquello de lo que comenzamos a discutir. Dime, si te parece, esto que decías hace poco con la ayuda de Dios, que el hombre puede no pecar si quiere, ¿lo dices para siempre, o por un tiempo breve? C. La pregunta es superflua. Pues si digo por un tiempo breve: no obstante, se referirá a siempre. Pues lo que des por breve, también lo concederás para siempre. A. No entiendo bien lo que dices. C. ¿Eres tan duro que no sientes lo evidente?

7. ¿Puede el hombre abstenerse del pecado por un tiempo o para siempre?---A. No me avergüenza no saber lo que no sé. Y sobre lo que será la discusión futura, debe acordarse entre ambos qué sentido tiene. C. Yo afirmo esto, que quien puede abstenerse del pecado un día, puede también otro; quien dos, puede también tres; quien tres, puede también treinta; y en este orden puede también trescientos, y tres mil, y cuanto tiempo quiera abstenerse. A. Entonces, di simplemente que el hombre puede estar sin pecado para siempre si quiere. ¿Podemos todo lo que queremos? C. De ninguna manera. Pues no puedo todo lo que quiera; pero solo digo que el hombre puede estar sin pecado si quiere. A. Te ruego que me respondas. ¿Me consideras hombre o bestia? C. Si dudo de ti, si eres hombre o bestia, yo mismo me confesaré bestia. A. Si entonces, como dices, soy hombre, ¿cómo es que cuando quiero, y deseo mucho no pecar, pecco? C. Porque la voluntad es imperfecta. Pues si realmente quisieras, realmente no pecarías. A. Entonces tú que me acusas de no desear realmente, ¿estás

sin pecado porque realmente deseas? C. Como si hablara de mí, que confieso ser pecador, y no de unos pocos y raros, si quisieran no pecar.

8. No hay ejemplo de esto.---A. Por ahora, según mi juicio y el tuyo, tanto yo que pregunto, como tú que respondes, somos pecadores. C. Pero podemos no serlo si queremos. A. Dije que quiero no pecar, y no hay duda de que tú también sientes esto. ¿Cómo es entonces que lo que ambos queremos, ambos no podemos? C. Porque no queremos plenamente. A. Entonces da ejemplos de nuestros mayores que hayan querido plenamente y podido. C. Esto no es fácil de mostrar. Pues cuando digo que el hombre puede estar sin pecado si quiere, no afirmo que haya habido algunos; sino que simplemente puede ser si quiere. Pues es diferente poder ser, que en griego se dice τῆ δυνάμει (posibilidad); y ser, que ellos llaman τῆ ἐνεργείᾳ (en acto mismo). Puedo ser médico; pero por ahora no lo soy. Puedo ser artesano; pero aún no he aprendido. Por lo tanto, lo que puedo: aunque aún no lo sea, sin embargo, lo seré si quiero.

9. Lo que nunca será, ¿puede ser posible?---A. Las artes son una cosa, y lo que se logra a través de las artes es otra. La medicina y la artesanía, y las demás artes se encuentran en muchos: pero estar sin pecado para siempre, es potestad solo divina. Por lo tanto, o da un ejemplo de quien haya estado sin pecado para siempre: o si no puedes darlo, confiesa tu debilidad, y no pongas tu boca en el cielo, para que con el ser y el poder ser, engañes los oídos de los necios. Pues, ¿quién te concederá que el hombre pueda hacer lo que ningún hombre ha podido jamás? ¿No estás tú también imbuido de dialéctica? Pues si el hombre puede, se quita el no poder. Pero si no puede, se subvierte el poder. O concédeme que alguien pudo, lo que afirmas que puede hacerse: o si nadie pudo, te verás obligado a admitir que nadie puede, lo que proclamas posible. Entre Diodoro y Crisipo, los más valientes dialécticos, esta es la contienda sobre lo posible. Diodoro dice que solo puede hacerse lo que o es verdadero, o será verdadero. Y lo que será, es necesario que se haga. Pero lo que no será, no puede hacerse. Crisipo, en cambio, dice que también lo que no será, puede hacerse: como romper esta perla, aunque nunca suceda. Por lo tanto, quienes dicen que el hombre puede estar sin pecado si quiere, no podrán probar que esto es verdad, a menos que demuestren que será. Pero como todo lo futuro es incierto, y especialmente lo que nunca ha sucedido, es evidente que dicen que será lo que no será; confirmando esta sentencia el Eclesiastés: Todo lo que será, ya ha sido en el siglo anterior.

10. Mandamientos posibles de Dios.---C. Te ruego que me respondas esto: ¿Dios dio mandamientos posibles, o imposibles? A. Veo hacia dónde se dirige tu afirmación. Pero sobre esto se debe discutir más adelante, para que al mezclar cuestiones con cuestiones, no dejemos la comprensión oscura a los oyentes. Por lo tanto, reservando esto que confesamos que Dios dio mandamientos posibles, para que él mismo no sea autor de injusticia, si exige que se haga lo que no se puede hacer: ahora cumple lo que propusiste, que el hombre puede estar sin pecado si quiere. O darás aquellos que pudieron; o si nadie pudo, confesarás claramente que el hombre no puede evitar los pecados para siempre. C. Como me presionas para que dé lo que no debo, considera esto, que el Señor dijo que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos (Mat. XIX y Marc. X). Y sin embargo, dijo que puede hacerse lo que nunca se ha hecho. Pues nunca un camello ha pasado por el ojo de una aguja. A. Me sorprende que un hombre prudente haya propuesto un testimonio que actúa en su contra. Pues en esto no se dijo que pueda hacerse, sino que se comparó lo imposible con lo imposible. Pues así como un camello no puede pasar por el ojo de una aguja, así tampoco un rico entrará en el reino de los cielos. O si puedes mostrar que un rico entra en el reino de los cielos, sigue que también un camello entra por el ojo de una aguja. Y no me propongas como ejemplo a Abraham y a los demás, que en el Antiguo Testamento leemos que fueron ricos, que entraron en el reino de los cielos, cuando ellos,

usando sus riquezas para buenas obras, dejaron de ser ricos; más bien, cuando no fueron ricos para sí mismos, sino para otros, y deben ser llamados más bien dispensadores de Dios que ricos. Pero debemos buscar la perfección evangélica, en la cual se ordena: Si quieres ser perfecto, ve y vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y ven, sígueme (Mat. XIX, 21).

11. Responde a la objeción de la sentencia del Señor. Dilucida los ejemplos de Job, Zacarías y Elisabet.---C. Mientras no sabes, has caído en tu propia trampa. A. ¿De qué manera? C. De la sentencia del Señor afirmas que el hombre puede ser perfecto. Pues cuando dice: Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes, y dalo a los pobres, y ven, sígueme, muestra que el hombre, si quiere, y hace lo que se le manda, puede ser perfecto. A. Me has golpeado con un puño muy fuerte, de modo que la oscuridad ha comenzado a aparecer ante mis ojos: pero sin embargo, esto mismo que dice: Si quieres ser perfecto, se dice a aquel que no pudo, más bien no quiso: y por eso no pudo. Pero tú muéstrame a quien quiso y pudo, lo que ahora prometiste. C. ¿Qué necesidad tengo de mostrar quiénes fueron perfectos, cuando es evidente que pueden ser perfectos, por el hecho de que se dijo a uno por el Salvador, y por uno a todos, si quieres ser perfecto? A. Te escabulles: estás atrapado en el mismo lodo. Pues lo que puede hacerse, o se ha hecho alguna vez: o si nunca se ha hecho, concede que no puede hacerse.

12. C. ¿Por qué demoro más? Serás vencido por la autoridad de las Escrituras. Para omitir otras cosas, ¿no te impondrán silencio estos dos testimonios, en los que se alaba a Job y a Zacarías, y a Elisabet? Pues si no me equivoco, en Job está escrito así: Había un hombre en la región de Hus, llamado Job, y era aquel hombre veraz y sin culpa, verdadero adorador de Dios, absteniéndose de toda cosa mala (Job I, 1, según LXX). Y de nuevo: ¿Quién es el que acusa al justo sin pecado, y habla con sus palabras por ignorancia? En el Evangelio según Lucas: Hubo en los días del rey Herodes de Judea un sacerdote llamado Zacarías, de la clase de Abías, y su esposa de las hijas de Aarón, y su nombre era Elisabet. Ambos eran justos ante Dios, caminando en todos los mandamientos y justificaciones del Señor, sin reproche (Luc. I, 5 ss). Si es verdadero adorador de Dios, e inmaculado, y sin culpa: y quienes caminaban en todas las justificaciones del Señor, son justos ante él, creo que carecen de pecado, y no necesitan nada que pertenezca a la justicia. A. Has propuesto testimonios que no son de otro lugar de la Escritura, sino de sus propios libros absolutos. Pues también Job, después de ser golpeado con plaga, se le convence de haber dicho muchas cosas contra la sentencia de Dios, provocándolo a juicio: ¡Ojalá se juzgara al hombre con Dios, como se juzga al hijo del hombre con su compañero! (Job XVI, 22). Y de nuevo: ¿Quién me dará un oyente, para que el Todopoderoso escuche mi deseo, y escriba un libro él mismo que juzga? (Job XXXI, 35). Y nuevamente: Pues si soy justo, mi boca hablará impiedades, y si sin culpa, seré hallado perverso: y si me purifico con nieve y lavo mis manos, me has manchado con suciedad. Mi vestidura me ha aborrecido (Job IX, 20, 21). Y de Zacarías está escrito que, cuando el ángel le prometió el nacimiento de un hijo, dijo: ¿Cómo sabré esto? Pues yo soy viejo, y mi esposa ha avanzado en sus días; por lo cual fue condenado inmediatamente al silencio: Serás mudo y no podrás hablar hasta el día en que esto suceda, porque no creíste mis palabras que se cumplirán a su tiempo (Luc. I, 18, 20). De lo cual es evidente, que se les llama justos e inmaculados; pero si la negligencia se infiltra, pueden caer, y siempre el hombre está en medio, para que tanto del culmen de las virtudes caiga a los vicios, como de los vicios ascienda a lo sublime; y nunca esté seguro, sino que siempre tema el naufragio en la tranquilidad: y por lo tanto, el hombre no puede estar sin pecado, como dice Salomón: No hay hombre justo sobre la tierra, que haga el bien, y no peque (Ecl. VII, 21). Y en el mismo libro de los Reyes: Pues no hay hombre que no peque (III Reg. VIII, 46). Y el bienaventurado David: ¿Quién entiende los errores? Líbrame de los ocultos y de los extraños perdona a tu

siervo (Sal. XVIII, 13). Y de nuevo: No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. CXLII, 2). Y muchas otras cosas con las que están llenas las santas Escrituras.

13. Refutación del argumento del Evangelio de Juan. — C. ¿Qué responderás entonces al ejemplo que presenta el Evangelista Juan: Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios no peca; sino que la generación de Dios lo conserva, y el maligno no lo toca? Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno (1 Juan 3, 9). A. Responderé con un argumento similar y mostraré que la pequeña Epístola del Evangelista, según tu interpretación, se contradice a sí misma. Pues si todo aquel que ha nacido de Dios no comete pecado, porque su semilla permanece en él, y no puede pecar porque ha nacido de Dios, ¿cómo es que en el mismo lugar dice: Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros (1 Juan 1, 8)? Ignoras la razón, dudas y te confundes. Escucha al mismo Evangelista: Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad (Ibid., 9). Entonces somos justos cuando nos reconocemos pecadores, y nuestra justicia no se basa en nuestro propio mérito, sino en la misericordia de Dios, como dice la Sagrada Escritura: El justo es acusador de sí mismo al principio de su discurso (Prov. 18, 17). Y en otro lugar: Declara tus pecados para que seas justificado (Isaías 43, 26, según la LXX). Porque Dios ha encerrado a todos bajo el pecado, para tener misericordia de todos (Gálatas 3, 22). Y esta es la suma de la justicia del hombre: no considerar como propio cualquier virtud que pueda tener, sino del Señor que la ha concedido. Por tanto, quien ha nacido de Dios no peca mientras la semilla de Dios permanezca en él, y no puede pecar porque ha nacido de Dios. Pero como en el campo del Señor (Mateo 13), mientras el padre de familia duerme, el enemigo siembra cizaña, y entre el buen trigo, sin que lo sepamos, el sembrador nocturno intercala cizaña y avena estéril: por eso esta parábola del padre de familia evangélico debe ser temida; quien limpia la era, y después de almacenar el trigo en los graneros, deja la paja para ser dispersada por los vientos y quemada por el fuego. Por eso también leemos en Jeremías: ¿Qué tiene la paja que ver con el trigo?, dice el Señor (Jeremías 23, 28). La paja se separa del trigo al final de los tiempos. De lo cual se aprueba que mientras estamos en este cuerpo mortal, estamos mezclados con el trigo. Y si preguntas por qué dice: Y no puede pecar, porque ha nacido de Dios: escucharás, ¿y dónde estará la recompensa de la voluntad? Pues si no peca porque no puede pecar, se eliminará el libre albedrío, y ya no será nuestro, sino un bien de la naturaleza, que no puede contener pecados.

14. Dos otros ejemplos del Antiguo y Nuevo Testamento. — C. Hace tiempo propuse cosas más fáciles para ejercitarte en las mayores. ¿Qué puedes decir a esto, que aunque seas ingenioso, no podrás subvertir con ningún arte? Primero pondré un ejemplo del Antiguo Testamento, luego del Nuevo. El príncipe del Antiguo Testamento es Moisés; del Nuevo, el Señor y Salvador. Moisés habla al pueblo: Sed perfectos ante el Señor vuestro Dios (Deut. 18, 13). Y el Salvador a los Apóstoles: Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mateo 5, 48). O bien es posible para los oyentes hacer lo que Moisés y el Señor mandaron, o si es imposible, no es culpa de aquellos que no pueden obedecer, sino de quien mandó lo imposible. A. Este pasaje, para los ignorantes y aquellos que no tienen la meditación, uso y conocimiento de las Sagradas Escrituras, parece a primera vista halagar tu opinión. Sin embargo, una vez discutido, se resuelve fácilmente. Y cuando compares los testimonios de las Escrituras con otros testimonios, para que el Espíritu Santo no parezca ser contrario a sí mismo según la calidad de los lugares y tiempos, según lo que está escrito: Un abismo llama a otro abismo a la voz de tus cascadas (Salmo 41, 8), entonces aparecerá la verdad, es decir, que Cristo mandó cosas posibles diciendo: Sed perfectos como vuestro Padre celestial es

perfecto; y sin embargo, los Apóstoles no fueron perfectos. C. No digo lo que hicieron los Apóstoles, sino lo que Cristo mandó. Pues no es culpa del que manda, sino de aquellos que escucharon el mandato, que se reconoce que pudo hacerse por la justicia de quien mandaba. A. Bien dicho. No quiero entonces que me digas que el hombre puede ser sin pecado si quiere: sino que el hombre puede ser lo que los Apóstoles no fueron. C. ¿Me crees tan necio como para atreverme a decir eso? A. Aunque no lo digas, sin embargo, por tu proposición, la misma consecuencia y el orden de las cosas te obligan a decirlo. Pues si el hombre puede ser sin pecado, lo cual es evidente que los Apóstoles no fueron, podría haber un hombre superior a los Apóstoles: para no hablar de los Patriarcas y Profetas, cuya justicia en la Ley no fue perfecta, según lo que dice el Apóstol: Todos han pecado y están destituidos de la gloria de Dios: justificados gratuitamente por la gracia de Dios, por la redención que es en Cristo Jesús: a quien Dios propuso como propiciación (Romanos 3, 23, 24).

14. Oposición con el testimonio de Pablo a los Filipenses. — C. Este argumento es tortuoso, encerrando la simplicidad eclesiástica entre las espinas de los filósofos. ¿Qué tiene que ver Aristóteles con Pablo? ¿Qué Platón con Pedro? Pues así como aquel fue el príncipe de los filósofos, así este fue de los Apóstoles, sobre quien la Iglesia del Señor está fundada con sólida estructura, que no es sacudida ni por el ímpetu del río ni por ninguna tempestad. A. Estás usando retórica, y mientras me acusas de filosofía, te pasas al campo de los oradores. Pero escucha lo que dice tu mismo orador: «Deja los lugares comunes: estas cosas nacen en casa para nosotros.» (Cic. lib. IV Acad. Quaest.). C. Aquí no hay elocuencia, ni hinchazón de oradores, cuya definición es hablar de manera adecuada para persuadir, sino que buscamos la verdad pura con un discurso puro: O el Señor no mandó cosas imposibles; para que estén en culpa quienes no hicieron lo posible: o si no pueden hacerse, no aquellos que no hacen lo imposible; sino aquel que mandó lo imposible, lo cual es un sacrilegio decir, se demuestra injusto. A. Veo que estás muy alterado, contrario a tus costumbres, y por eso dejaré de argumentar. Pero te preguntaré brevemente, ¿qué piensas de ese pasaje del Apóstol que escribe a los Filipenses: No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto. Pero prosigo para ver si logro asir aquello para lo cual fui asido por Cristo. Hermanos, yo mismo no considero haberlo alcanzado. Pero una cosa hago: olvidando lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo hacia la meta, al premio de la suprema vocación de Dios en Cristo Jesús. Así que todos los que somos perfectos, tengamos esto en mente; y si en algo pensáis de otra manera, esto también os lo revelará Dios (Filipenses 3, 12 y ss.), y otras cosas que no dudo que conoces y que omitimos por brevedad. Dice que aún no ha alcanzado, y que no es perfecto, sino que como un arquero dirige sus flechas hacia el propósito y la meta, que los griegos llaman más significativamente σκοπός, para que la flecha no se desvíe hacia un lado, mostrando al arquero como inexperto. Y afirma que siempre olvida lo pasado y se extiende hacia lo que está delante: por lo cual enseña que lo pasado debe ser descuidado, y lo futuro deseado; para que lo que hoy consideró perfecto, al extenderse hacia lo mejor y lo que está delante, mañana se demuestre que fue imperfecto. Y así, a través de cada paso, mientras nunca está en reposo, sino siempre en carrera, enseña que es imperfecto lo que los hombres pensaban que era perfecto: y que la única perfección y verdadera justicia debe ser atribuida solo a las virtudes de Dios. Según el propósito, dice, prosigo hacia el premio de la suprema vocación de Dios en Cristo Jesús. Oh apóstol Pablo, perdóname como a un pequeño hombre confesando mis vicios, si me atrevo a preguntar audazmente. Dices que aún no has recibido, y que aún no has alcanzado, y que aún no eres perfecto, y que siempre olvidas lo pasado y te extiendes hacia lo que está delante; si de alguna manera puedes llegar a la resurrección de los muertos, y alcanzar el premio de la suprema vocación. ¿Y cómo es que inmediatamente añades: Así que todos los que somos perfectos, tengamos esto en mente, o pensemos? pues los ejemplares son diferentes: ¿y qué

pensamos, o pensemos, que somos perfectos? ¿que hemos alcanzado lo que no hemos alcanzado, recibido lo que no hemos recibido, que somos perfectos quienes aún no somos perfectos? ¿Qué pensamos, o más bien qué debemos pensar quienes no somos perfectos? Confesarnos imperfectos, y que aún no hemos alcanzado, aún no hemos recibido. ESTA ES la verdadera sabiduría del hombre, saber que es imperfecto: y, por así decirlo, la perfección imperfecta de todos los justos en la carne. Por eso también leemos en los Proverbios: Para entender la verdadera justicia (Prov. 1, 3, según la LXX). Pues si no hubiera una justicia falsa, nunca se diría la verdadera justicia de Dios. Y en el mismo lugar del Apóstol sigue: Y si en algo pensáis de otra manera, esto también os lo revelará Dios (Filipenses 3, 13). Escucho algo nuevo. Quien poco antes había dicho, No que ya lo haya alcanzado, o que ya sea perfecto, y el vaso de elección, que por la confianza del Cristo que habita en él se atrevía a decir: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (2 Cor. 13, 3), y sin embargo confesaba sencillamente que no era perfecto: ahora lo que negaba para sí mismo, lo envía a la multitud, y se une a los demás, y dice: Así que todos los que somos perfectos, tengamos esto en mente. Pero explica en lo que sigue por qué lo dijo. Tengamos esto en mente, dice, quienes queremos ser perfectos según la medida de la fragilidad humana, que aún no hemos recibido, aún no hemos alcanzado, aún no somos perfectos. Y porque aún no somos perfectos, y tal vez pensamos de otra manera, que lo que exige la verdadera y perfecta perfección: si en algo pensamos de otra manera, y entendemos de otra manera, que lo que tiene la ciencia de Dios; y esto también nos lo revelará Dios, para que oremos con David, y digamos: Abre mis ojos, y miraré las maravillas de tu Ley (Salmo 118, 18).

15. Doble perfección y justicia. — De lo cual es evidente que hay dos perfecciones en las Sagradas Escrituras; y dos justicias, y dos temores. La primera perfección y la verdad comparable y la justicia perfecta, y el temor, que es el principio de la sabiduría, deben ser atribuidos a las virtudes de Dios; pero la segunda, que no solo compete a los hombres, sino a toda criatura, y a nuestra fragilidad, según lo que se dice en los Salmos: No se justificará en tu presencia ningún ser viviente (Salmo 142, 2): esa justicia, que no por comparación, sino por la ciencia de Dios, se dice que es perfecta. Job también y Zacarías y Elisabet fueron llamados justos, según esa justicia, que puede convertirse en injusticia alguna vez, y no según aquella, que nunca puede cambiar, de la cual se dice: Yo soy Dios, y no cambio (Malaquías 3, 6). Y esto es lo que el Apóstol escribe en otro lugar: Porque ni siquiera fue glorificado lo que fue glorificado a causa de la gloria excelente (2 Cor. 3, 10), que evidentemente la justicia de la Ley en comparación con la gracia evangélica, no parece ser justicia. Pues si, dice, lo que se destruye es glorioso, mucho más lo que permanece será en gloria (Ibid., 11). Y de nuevo: En parte conocemos, y en parte profetizamos. Pero cuando venga lo perfecto, se destruirán las cosas que son en parte (1 Cor. 13, 9). Y, Ahora vemos por espejo y en enigma, pero entonces cara a cara. Ahora conozco en parte, pero entonces conoceré como fui conocido (Ibid., 11). Y en los Salmos: Maravillosa es tu ciencia para mí, fortalecida, y no puedo alcanzarla (Salmo 138, 6). Y de nuevo: Pensaba entender esto; es un trabajo ante mí, hasta que entre en el santuario de Dios, y entienda el fin de ellos (Salmo 72, 16, 17). Y en el mismo lugar: Como un animal fui ante ti, y yo siempre contigo (Ibid., 25). Y Jeremías: Todo hombre se ha vuelto necio por su conocimiento (Jeremías 10, 14). Y el mismo apóstol Pablo: Lo necio de Dios es más sabio que los hombres (1 Cor. 1, 25). Y muchas otras cosas, que omito por brevedad.

16. Justo por comparación con los hombres, no con Dios. — C. Has hablado con agudeza, mi Ático, y de memoria. Pero tu esfuerzo y la múltiple repetición de testimonios, beneficia a mi parte. Pues no comparo al hombre con Dios, sino con otros hombres, por cuya comparación, quien se esfuerce, puede ser perfecto. Y por tanto, cuando se dice, el hombre puede ser sin

pecado si quiere, se dice según la medida del hombre, no según la majestad de Dios, en cuya comparación ninguna criatura puede ser perfecta. A. Oh Critóbulo, al recordar esto, estás de acuerdo conmigo. Pues yo también siento esto, que ninguna criatura puede ser perfecta según la verdadera y consumada justicia. Sin embargo, que uno difiera de otro, y que haya diferentes justicias en los hombres, no hay duda: y que uno puede ser mayor o menor, y sin embargo, según su estado y medida, pueden ser llamados justos, quienes no son justos por comparación con otros. Por ejemplo, el apóstol Pablo, vaso de elección, que trabajó más que todos los Apóstoles, ciertamente era justo escribiendo a Timoteo: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia, que me dará el Señor en aquel día, el justo juez: no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida (2 Tim. 4, 7, 8). Justo era también Timoteo su discípulo e imitador, a quien enseña qué debe hacer, y qué modo de virtudes debe mantener. ¿Pensamos que había una y la misma justicia en ambos, y que no tiene más méritos aquel que trabajó más que todos? Hay muchas mansiones en la casa del Padre (Juan 14, 2), porque también los méritos son diversos. Una estrella difiere de otra en gloria (1 Cor. 15, 41), y en un solo cuerpo de la Iglesia hay diferentes miembros. El sol tiene su resplandor, la luna también templá las tinieblas de la noche: y cinco estrellas más, que se llaman errantes, recorren el cielo con diferentes cursos y luces. Innumerables son otras estrellas, que vemos brillar en el firmamento. En cada una hay diferentes luces, y sin embargo, cada una es perfecta en su propio modo, de tal manera que por comparación con una mayor, carece de perfección. En el cuerpo también, cuyos miembros son diversos, el ojo hace una cosa, la mano otra, el pie otra. Por eso también dice el Apóstol: No puede el ojo decir a la mano, no te necesito; ni tampoco la cabeza a los pies, no deseo vuestra ayuda. ¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿son todos maestros? ¿tienen todos todas las virtudes? ¿tienen todos dones de sanidades? ¿hablan todos en lenguas? ¿interpretan todos? Aemuláos los dones mayores. Pero todas estas cosas las obra uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere (1 Cor. 12, 21 y ss.). En lo cual observa atentamente, que no dijo, según lo que cada miembro desea, sino según lo que el Espíritu mismo quiere. Pues no puede el vaso decir al alfarero, ¿por qué me has hecho así o así? ¿No tiene el alfarero poder sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra, y otro para deshonra? (Rom. 9, 21). Por eso añadió consecuentemente, aemuláos los dones mayores: para que en fe e industria merezcamos tener más que los demás carismas, y seamos mejores que aquellos que por comparación con nosotros están en segundo o tercer grado. En una gran casa hay diferentes vasos, unos de oro, otros de plata, de bronce, de hierro y de madera. Y sin embargo, según su medida, cuando un vaso de bronce es perfecto, por comparación con un vaso de plata se dice imperfecto, y de nuevo el de plata es inferior por comparación con el de oro. Y de este modo, mientras se comparan entre sí, todos son imperfectos y perfectos. En el campo de buena tierra, y de una sola semilla surge fruto al treinta, al sesenta y al ciento por uno: los mismos números indican que lo que nace es desigual, y sin embargo, en su género, cada uno es perfecto. Elisabet y Zacarías, cuyo testimonio usas como un escudo impenetrable, pueden enseñarnos cuán inferiores son en santidad a la bienaventurada María, madre del Señor, quien con la conciencia del Dios que habita en ella proclama libremente: Porque he aquí, desde ahora me dirán bienaventurada todas las generaciones. Porque me ha hecho grandes cosas el Poderoso, y santo es su nombre. Y su misericordia es de generación en generación a los que le temen. Hizo proezas con su brazo (Lucas 1, 41 y ss.). En lo cual observa, que dice que es bienaventurada, no por su propio mérito y virtud, sino por la clemencia del Dios que habita en ella. También Juan, de quien no hubo mayor entre los nacidos de mujer, es mejor que sus padres. Pues no solo se compara con los hombres, sino también con los ángeles por el testimonio del Señor. Y sin embargo, quien era mayor que todos los hombres en la tierra, se dice que fue menor que el más pequeño en el reino de los cielos.

17. Esto también se entiende en la comparación de los pecadores. — ¿Qué maravilla hay en la comparación de los Santos, que unos sean mejores y otros inferiores, cuando, por el contrario, esto puede entenderse en la comparación de los pecadores? Se dice a Jerusalén, que estaba herida por muchos pecados: "Sodoma ha sido justificada por ti" (Lamentaciones IV), no porque Sodoma sea justa por sí misma, ya que colapsó en cenizas eternas (Génesis XIX), y escucha por Ezequiel: "Sodoma será restaurada a su estado antiguo" (Ezequiel XVI, 52), sino porque en comparación con la más criminal Jerusalén, esta parece justa. Pues aquella mató al Hijo de Dios, mientras que esta, por la abundancia de pan y la magnitud de la lujuria, excedió el límite de la lujuria. El publicano en el Evangelio (Lucas XVIII), que golpeaba su pecho como un tesoro de pensamientos perversos y, por la conciencia de sus delitos, no se atrevía a levantar los ojos, se hace más justo en comparación con el fariseo soberbio. Y Tamar, bajo la apariencia de una prostituta, engaña a Judá, y por la sentencia del mismo que fue engañado, merece escuchar: "Tamar ha sido más justa que yo" (Génesis XXXVIII, 36). De todo esto se aprueba que no solo en comparación con la Majestad divina los hombres no son perfectos, sino tampoco con los ángeles ni con los demás hombres que han ascendido a las cumbres de las virtudes; ya que tú, que eres mejor en comparación con otro, a quien has mostrado ser imperfecto, nuevamente serás superado por otro que te precede: y por lo tanto no tienes verdadera perfección, que si fuera perfecta, no necesitaría de nada.

18. Cómo se nos manda ser perfectos. — C. ¿Y cómo, Ático, nos provoca el divino sermón a la perfección? A. De la manera que he dicho, para que cada uno, según nuestras fuerzas, se extienda tanto como pueda, si de alguna manera puede llegar y alcanzar el premio de la vocación celestial. Finalmente, el Dios omnipotente, a quien el Apóstol enseña que el Hijo debe ser sometido según la dispensación de la carne asumida, para que Dios sea todo en todos (1 Corintios XV), demuestra claramente que no todo le está sujeto. Por eso también el Profeta presume su sujeción al final diciendo: "¿No estará mi alma sujeta solo a Dios? Porque de él viene mi salvación" (Salmo LXI, 1). Y porque en el cuerpo de la Iglesia Cristo es la cabeza, con algunos miembros aún resistiendo, parece que el cuerpo tampoco está sujeto a la cabeza. Pues si un miembro sufre, todos sufren con él, y todo el cuerpo se aflige por el dolor de un miembro. Lo que digo se hará más evidente. Mientras tengamos este tesoro en vasos de barro, y estemos rodeados de carne frágil, más bien mortal y corruptible, creemos ser bienaventurados si en cada virtud, y en cada parte de las virtudes, estamos sujetos a Dios. Pero cuando esto mortal se haya vestido de inmortalidad, y esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y la muerte haya sido absorbida en la victoria de Cristo, entonces Dios será todo en todos: para que no solo haya sabiduría en Salomón, mansedumbre de espíritu en David, celo en Elías y Finees, fe en Abraham; en Pedro, a quien se le dijo: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" (Juan XXI, 15), amor perfecto; en el vaso de elección, el celo por predicar, y en los demás, ya sea en dos o tres; sino que esté todo en todos, y en todo el coro de virtudes de los Santos, el número se gloríe, y Dios sea todo en todos.

19. Mientras vivamos, no podemos tener todas las virtudes. — C. ¿Ninguno de los Santos, mientras esté en este cuerpo, puede tener todas las virtudes? A. Ninguno, porque ahora profetizamos en parte, y conocemos en parte. Pues no todo puede estar en todos los hombres: porque el hijo del hombre no es inmortal. C. ¿Y cómo leemos: Quien tenga una, parece tener todas las virtudes? A. Por participación, no por propiedad. Es necesario que cada uno sobresalga en algunas; y sin embargo, eso que dices haber leído, no sé dónde está escrito. C. ¿Ignoras que esta es la sentencia de los Filósofos? A. Pero no de los Apóstoles. Pues no me importa lo que enseñe Aristóteles, sino lo que enseña Pablo. C. Te ruego, ¿no escribe el apóstol Santiago (Santiago II, 10), que quien ofende en uno, es culpable de todos? A. Ese

lugar se interpreta a sí mismo. Pues no dijo, de donde comenzó la disputa, que quien prefiera al rico sobre el pobre en honor, es culpable de adulterio o asesinato. En esto deliran los estoicos, al afirmar que los pecados son iguales. Pero así: "El que dijo, no cometerás adulterio, también dijo, no matarás; que aunque no mates, pero cometes adulterio, te has hecho transgresor de la ley" (Ibid.). Las cosas leves se comparan con las leves, y las graves con las graves. Ni el vicio digno de vara debe ser castigado con espada; ni el crimen digno de espada, debe ser contenido con vara. C. Sea que ninguno de los Santos tenga todas las virtudes; esto ciertamente concederás, que en lo que puede hacer, si lo hace, es perfecto. A. ¿No recuerdas lo que dije antes? C. ¿Qué es eso? A. Ser perfecto en lo que hizo, e imperfecto en lo que no pudo hacer. C. Pero así como es perfecto en lo que hizo, porque quiso hacerlo, así también en lo que es imperfecto, porque no lo hizo, pudo haber sido perfecto, si hubiera querido hacerlo. A. ¿Quién no quiere hacer lo que es perfecto? ¿O quién no desea florecer en todas las virtudes? Si exiges todo de todos, quitas la diversidad de las cosas, y la distancia de las gracias, y la variedad del Creador artesano, cuyo sagrado profeta canta: "Todo lo hiciste con sabiduría" (Salmo CIII, 24). Que el lucero se indigne, ¿por qué no tiene el resplandor de la luna? Que la luna se queje de sus defectos y trabajo, ¿por qué completa el círculo del año del sol en cada mes? Que el sol se queje, ¿qué ha hecho para ser más lento que el curso de la luna? Clamemos también nosotros, pequeños hombres, ¿qué causa ha habido para que seamos hechos hombres y no ángeles? Aunque vuestro maestro, el antiguo, de cuya fuente proceden estas cosas, afirma que todas las criaturas racionales fueron creadas con igual derecho, como si salieran de los carceres de una cuadriga y en el medio del espacio o caen, o vuelan más allá, y llegan a lo deseado. Que los elefantes de tan gran tamaño, y los grifos en su gravedad, se quejen, ¿por qué caminan con cuatro patas, cuando las moscas, los mosquitos, y otros animales de este tipo tienen seis patas bajo sus alas, y algunos gusanos son tales que, con tantos pies, sus movimientos innumerables no pueden ser comprendidos por ningún ojo. Que diga esto Marción y todos los herejes, que se burlan de las obras del Creador. Vuestro decreto llegará hasta aquí, que mientras calumnian cada cosa, ponen la mano sobre Dios, ¿por qué es solo Dios, por qué ha envidiado a las criaturas, para que no todas tengan la misma majestad? Lo cual, aunque no lo digáis (pues no sois tan insensatos como para oponeros abiertamente a Dios), sin embargo, habláis con otras palabras, uniendo la obra de Dios al hombre, para que esté sin pecado, lo cual es Dios. Por eso el Apóstol, hablando sobre las diversas gracias, dice: "Hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu; y hay diversidad de ministerios, pero el mismo Señor; y hay diversidad de operaciones; pero el mismo Dios, que obra todo en todos" (1 Corintios XII, 4, 5).

20. Cuánto difiere el hombre de Dios. — C. Eres excesivo en una y la misma cuestión, como si intentarás persuadir que el hombre no puede tener todo a la vez, como si Dios hubiera envidiado o no hubiera podido otorgar a su imagen y semejanza, para que en todo respondiera a su Creador. A. ¿Soy yo excesivo, o tú? que propones cosas sueltas; y no entiendes que una cosa es la semejanza, otra la igualdad: aquello es pintura, esto es verdad. El verdadero caballo vuela por los campos, el pintado se adhiere al carro en la pared. Los arrianos no conceden al Hijo de Dios lo que tú atribuyes a todo hombre. Otros no se atreven a confesar al hombre perfecto en Cristo, para no verse obligados a admitir los pecados del hombre en él: como si la creación fuera más poderosa que el Creador; y lo mismo el hijo del hombre, que el Hijo de Dios. O bien propón otras cosas, a las que pueda responder; o deja de ser soberbio, y da gloria a Dios. C. Olvidas tu respuesta; y mientras conectas argumentos con argumentos, y te desbocas por los vastos campos de las Escrituras con la libertad de un caballo sin freno, sobre la cuestión más fuerte, a la que prometiste responder en lo sucesivo, has guardado completo silencio, simulando olvido, para evadir la necesidad de respuesta. Pero yo, tonto por un momento, concedí lo que pedías, pensando que ofrecerías espontáneamente lo que habías

recibido, y no devolverías lo que debías sin ser advertido. A. Si no me equivoco, la respuesta sobre los mandamientos posibles fue pospuesta. Así que plantea como quieras.

21. Cómo los mandamientos de Dios son posibles. — C. O Dios dio mandamientos posibles, o imposibles. Si posibles, está en nuestro poder hacerlos, si queremos. Si imposibles, tampoco somos culpables en esto, si no hacemos lo que no podemos cumplir. Y por lo tanto, ya sea que Dios haya dado mandamientos posibles o imposibles, el hombre puede estar sin pecado, si quiere. A. Te ruego que escuches pacientemente; pues no buscamos la victoria sobre el adversario, sino la verdad contra la mentira. Dios dio al género humano todas las artes posibles, ya que muchos las han aprendido (Platón en el Banquete): para no hablar de aquellas que los griegos llaman banausos, podemos decir que pertenecen a las obras de las manos: por ejemplo, la gramática, la retórica, los tres géneros de filosofía, la física, la ética, la lógica, también la geometría, la astronomía, la astrología, la aritmética, la música, que también son partes de la filosofía: incluso la medicina, que se divide en tres, dogma, método, experiencia: también la ciencia del derecho y las leyes. ¿Quién de nosotros, aunque sea ingenioso, podrá comprenderlo todo, cuando el orador más elocuente (Cicerón), al discutir sobre la retórica y la ciencia del derecho, dijo: "Pocos pueden uno, nadie ambos." Ves, por lo tanto, que Dios ordenó lo posible, y sin embargo, lo que es posible, por naturaleza nadie puede cumplir. Así que dio diversos preceptos y varias virtudes, que no podemos tener todas a la vez. Y así sucede que lo que en uno es primero o todo, en otro está en parte: y sin embargo, no está en crimen quien no tiene todo, ni es condenado por lo que no tiene; sino que es justificado por lo que posee. El Apóstol define cómo debe ser el obispo, escribiendo a Timoteo: "Es necesario que el obispo sea irreprochable, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospitalario, apto para enseñar, no dado al vino, no pendenciero; sino amable, no contencioso, sin avaricia, que gobierne bien su casa, que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad" (1 Timoteo III, 2 y ss.). Y de nuevo: "No un neófito, no sea que se enorgullezca y caiga en la condenación del diablo. Es necesario que también tenga buen testimonio de los de afuera, para que no caiga en reproche y en lazo del diablo" (Ibid., 6, 7). También escribiendo a Tito, su discípulo, sobre cómo debe ordenar obispos, lo demuestra con breve discurso: "Por esta causa te dejé en Creta, para que corrigieses lo que falta, y establecieses ancianos en cada ciudad, como te mandé. Si alguno es irreprochable, marido de una sola mujer, que tenga hijos fieles, que no estén acusados de disolución, ni sean insubordinados. Porque es necesario que el obispo sea irreprochable, como administrador de Dios; no obstinado, no iracundo, no dado al vino, no pendenciero, no codicioso de ganancias deshonestas; sino hospitalario, amante de lo bueno, sobrio, justo, santo, dueño de sí mismo, reteniendo la palabra fiel tal como ha sido enseñada, para que pueda exhortar con sana doctrina y convencer a los que contradicen" (Tito I, 5 ss.). Para no mencionar ahora los diversos preceptos de diferentes personas, me mantendré en los mandamientos del obispo.

22. Del ejemplo de las virtudes que se ordena tener a los obispos. — Ciertamente Dios quiere que los obispos, o presbíteros, sean tales como enseña el vaso de elección. Lo primero que dijo, irreprochable, o ninguno, o es raro. Pues ¿quién es, que no tenga como en un cuerpo hermoso una mancha o una verruga? Pues si el mismo Apóstol dice de Pedro, que no anduvo rectamente en la verdad del Evangelio, y fue tan reprehensible, que incluso Bernabé fue llevado a la misma simulación (Gálatas II): ¿quién se indignará de que se le niegue lo que el príncipe de los Apóstoles no tuvo? Luego, marido de una sola mujer, sobrio, prudente, decoroso, hospitalario, para que encuentres: ciertamente eso que sigue, apto para enseñar: no como lo interpreta la simplicidad latina, dócil, con las demás virtudes difícilmente lo encontrarás. También rechaza al dado al vino y al pendenciero, y al codicioso de ganancias deshonestas: y en su lugar desea al amable, sin contienda, sin avaricia, y que gobierne bien su casa, y lo que

es más difícil; que tenga a sus hijos en sujeción con toda honestidad, ya sean hijos de la carne, o hijos de la fe. Con toda, dice, honestidad. No le basta tener su propia honestidad, a menos que se adorne con la honestidad de los hijos y de los compañeros y ministros, diciendo David: "El que ande en camino de perfección, este me servirá" (Salmo C, 6). Consideremos también la intensificación de la honestidad, teniendo hijos sujetos en toda honestidad; para que no solo en obra, sino también en palabra y gestos se abstengan de impudicias: no sea que ocurra lo de Elí, que ciertamente reprendió a sus hijos diciendo: "No, hijos míos, no; no es buena fama la que oigo de vosotros" (1 Samuel II, 24). Reprendió, y fue castigado, porque no debió reprender, sino desechar. ¿Qué hará quien se alegra en los vicios, quien no se atreve a corregir? quien teme su propia conciencia; y lo que todo el pueblo clama, finge no saberlo? Y lo que sigue, irreprochable: que no sea acusado por nadie: que tenga buen testimonio de los de afuera: que incluso carezca de las maldiciones de los adversarios; y a quienes desagrade la doctrina, les agrade la conversación: creo que no es fácil encontrar, y especialmente eso, que sea capaz de resistir a los adversarios, y oprimir y superar las doctrinas perversas. Quiere que no se ordene obispo a un neófito, lo cual vemos que en nuestros tiempos se elige como la suma justicia. Si el bautismo hiciera justo de inmediato, y lleno de toda justicia, ciertamente el Apóstol no rechazaría al neófito; pero el bautismo corta los pecados antiguos, no otorga nuevas virtudes, libera de la cárcel, y al liberado, si trabaja, le promete recompensas. O ninguno, digo, o es raro, quien tenga todo lo que debe tener un obispo. Y sin embargo, si a algún obispo le faltan uno o dos del catálogo de virtudes, no por eso carecerá del título de justo: ni será condenado por lo que no tiene, sino que será coronado por lo que posee. Pues tener todo, y no carecer de nada, es virtud de aquel que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando era maldecido, no devolvía maldición (1 Pedro II, 22): quien hablaba con confianza por la conciencia de sus virtudes: "He aquí viene el príncipe de este mundo, y en mí no tiene nada" (Juan XIV, 30). Quien siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual Dios le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra, y debajo de la tierra (Filipenses II, 6 ss.). Si pues en una persona de obispo encontrarás pocos preceptos o ninguno, o difícilmente; ¿qué harás con todo hombre, que debe cumplir todos los mandamientos?

23. Incluso en lo corporal no todos tienen todo. — Consideremos lo espiritual a partir de lo corporal. Uno es veloz de pies, pero no fuerte de mano. Aquel es lento al andar, pero estable en la batalla. Este tiene un rostro hermoso, pero una voz ronca. Otro tiene un rostro desagradable, pero canta con dulce modulación. Aquel es ingenioso, pero olvidadizo: este es memorioso, pero de ingenio lento. En las mismas controversias, en las que alguna vez jugamos de niños, no todos se comportan de la misma manera ya sea en los proemios, o en las narraciones, o en los excesos, o en los argumentos, o en la abundancia de ejemplos, y en la dulzura de los epílogos: sino que son desiguales en diferentes partes de su elocuencia. Hablaré de hombres más eclesiásticos. Muchos disertan bien sobre los Evangelios, pero son inferiores a sí mismos en la explicación del Apóstol. Otros, aunque han sentido bien en el Nuevo Testamento, son mudos en los Salmos y en el Antiguo Testamento. Todo esto lo digo, que no todos podemos todo (Virgilio, Églogas VII): y es raro o ninguno de los ricos, que posea todo igual en toda su sustancia. Dios ordenó lo posible, y yo lo admito. Pero estas cosas posibles no podemos tenerlas todas a la vez: no por la debilidad de la naturaleza, para que no calumnies a Dios; sino por el cansancio del alma, que no puede tener todas las virtudes a la vez y siempre. Y si en eso acusas al Creador, por qué te hizo tal que desfallezcas y te canses; diré de nuevo, mayor será la reprensión, si quisieras acusarlo, por qué no te hizo Dios. Pero dirás, Si no puedo, entonces no tengo pecado. Tienes pecado por no haber hecho lo que otro

pudo hacer. Y nuevamente aquel, cuya comparación te hace inferior, o será pecador en otra virtud tuya, o en comparación con otro: y así sucede, que cualquiera que consideres primero, es menor que aquel que es mayor en otra parte.

24. Dios puede mantener al hombre sin pecado.---C. Si el hombre no puede estar sin pecado, ¿cómo es que Judas, el Apóstol, escribe: "A aquel que es poderoso para guardaros sin pecado y presentaros sin mancha ante la presencia de su gloria" (Jud. I, 24)? Este testimonio demuestra que el hombre puede estar sin pecado y no tener mancha. A. No entiendes lo que has propuesto. No es que el hombre pueda estar sin pecado, como sostiene tu opinión; sino que, si Dios quiere, puede mantener al hombre sin pecado y guardarlo inmaculado por su misericordia. Esto también lo digo yo, que para Dios todo es posible. Sin embargo, para el hombre no todo lo que desea es posible; y especialmente aquello que no has leído que tenga ninguna criatura. C. No digo que el hombre esté sin pecado, lo cual quizás te parezca posible; sino que puede estarlo si quiere. Porque una cosa es ser, otra es poder ser. Ser, busca un ejemplo; poder ser, muestra la verdad del dominio. A. Estás divagando y no recuerdas aquel proverbio: "No hagas lo que ya está hecho; y te revuelcas en el mismo lodo, o más bien lavas un ladrillo." Por lo cual no escucharás nada más que esto, que es evidente para todos: que deseas afirmar algo que ni es, ni fue, y quizás ni será. Y para usar tu misma palabra, y mostrar la necedad de una argumentación inconsistente, digo que afirmas que puede ser lo que no puede ser. Porque esto que has propuesto, que el hombre puede estar sin pecado si quiere, o es verdad o es falso. Si es verdad, muestra quién lo ha sido; si es falso, lo que es falso nunca puede suceder. Pero que estas cosas, como si fueran refutadas, se callen, y solo murmuren en vuestros pequeños cofres, temiendo la exposición pública.

25. Refuta el libro de Pelagio.---Pasemos a otros temas, en los que se debe usar la oración continua, pero de tal manera que tengas la potestad de refutar y preguntar si algo deseas. C. Escucharé pacientemente, pues no diré que con gusto; y más bien me asombraré del ingenio, cuya falsedad me deja perplejo. A. Si lo que voy a decir es falso o verdadero, lo probarás cuando lo escuches. C. Habla como quieras, he decidido que si no puedo responder, prefiero callar antes que consentir en una mentira. A. ¿Qué importa si te supero callando o hablando, y te atrapo vigilante, como en la fábula de Proteo, o durmiendo? C. Cuando hayas dicho lo que quieras, escucharás lo que de ninguna manera querrás. Porque la verdad puede sufrir, pero no puede ser vencida. A. Me gustaría examinar un poco tus sentencias, para que tus seguidores entiendan qué divino ingenio admiran en ti. Dices que no se puede estar sin pecado, a menos que se tenga el conocimiento de la ley, por lo cual excluyes de la justicia a gran parte de los cristianos, y siendo predicador de la impecabilidad, proclamas que casi todos son pecadores. Pues, ¿cuántos cristianos tienen el conocimiento de la ley, que en muchos doctores de la Iglesia rara o difícilmente se encuentra? Pero tú eres de tal liberalidad, que te ganas el favor de tus Amazonas, al escribir en otro lugar que las mujeres también deben tener el conocimiento de la ley: cuando el Apóstol enseña que las mujeres deben guardar silencio en la Iglesia; y si algo ignoran, deben consultar a sus maridos en casa (I Cor. XIV). No te basta con haber dado a tu ejército el conocimiento de las Escrituras, sino que te deleitas con su voz y cánticos. Pues unes y pones en el título que también las mujeres deben cantar a Dios. ¿Quién ignora que las mujeres deben cantar en sus habitaciones, sin la presencia de hombres y sin la congregación de multitudes? Pero tú concedes lo que no está permitido; para que lo que deben hacer con modestia y sin ningún testigo, lo proclamen con la autoridad de un maestro.

26. Nuevamente refuta el libro de Pelagio.---Además añades (Tit. XIII, al. XIV), que el siervo de Dios no debe proferir nada amargo de su boca, sino siempre lo que es dulce y suave; y

como si el siervo de Dios fuera diferente del doctor y sacerdote de la Iglesia, olvidando la sentencia anterior, pones en otro título (Tit. XXVII, al. XXII), que el sacerdote o doctor debe observar todos los actos y corregir con confianza a los pecadores para que no tenga que rendir cuentas por ellos, y su sangre no sea requerida de sus manos. Y no contento con haberlo dicho una vez, lo repites e insistes (Tit. XXXI) que el sacerdote o doctor no debe adular a nadie, sino corregir audazmente a todos, para no perderse a sí mismo y a los que lo escuchan. ¿Es tanta la disonancia en una sola obra, que no sabes lo que dijiste primero? Pues si el siervo de Dios no debe proferir nada amargo de su boca, sino siempre lo que es dulce y suave: o los sacerdotes y doctores no serán siervos de Dios, quienes deben corregir con confianza a los pecadores y no adular a nadie, sino increpar audazmente a todos; o si los sacerdotes y doctores, no solo son siervos de Dios, sino que ocupan un lugar principal entre sus siervos, en vano reservaste blandicias y dulzuras para los siervos de Dios, cuando esto es propio de los herejes y de aquellos que desean engañar a los oyentes, como dice el Apóstol: "Porque estos no sirven a nuestro Señor Cristo, sino a su propio vientre. Y con dulces palabras y bendiciones seducen los corazones de los inocentes" (Rom. XVI, 18). Siempre es insidiosa, astuta, y halagadora la adulación. Y el adulador es bellamente definido entre los filósofos como un enemigo halagador. La verdad es amarga, de ceño fruncido y triste, y ofende a los corregidos. Por eso el Apóstol dice: "¿Me he hecho enemigo vuestro por deciros la verdad?" (Galat. IV, 16). Y el cómico: "La complacencia engendra amigos, la verdad engendra odio." Por lo cual también comemos la Pascua con amarguras, y el vaso de elección enseña que la Pascua debe celebrarse en verdad y sinceridad (I Cor. V); la verdad en nosotros es sinceridad, y la amargura inmediatamente la seguirá.

27. Todo regido por la voluntad de Dios.---Pero aquello que pones en otro lugar (Tit. XXXI), que todos son regidos por su propia voluntad, ¿quién de los cristianos puede escucharlo? Pues si no uno, ni pocos, ni muchos, sino todos son regidos por su propia voluntad, ¿dónde estará la ayuda de Dios? ¿Y cómo explicas aquello? "Por el Señor son dirigidos los pasos del hombre" (Sal. XXXVI, 23); y, "No está en el hombre su camino" (Jer. X, 22); y, "Nadie puede recibir nada, si no le es dado desde arriba." Y en otro lugar, "¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías, como si no lo hubieras recibido?" (I Cor. IV, 7); dice el Señor Salvador: "No he descendido del cielo para hacer mi voluntad, sino la voluntad del Padre que me envió" (Juan V, 30). Y en otro lugar: "Padre, si es posible, pase de mí este cáliz. Pero no como yo quiero, sino como tú" (Luc. XXII, 42). Y en la Oración Dominical: "Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo" (Mat. VI, 10). ¿Con qué temeridad de sentencia quitas toda la ayuda de Dios? Y lo que en otro lugar intentas añadir en vano, "No sin la gracia de Dios," ¿cómo quieres que se entienda, se comprende por este lugar, ya que no refieres su gracia a cada obra, sino al poder de la condición, la ley y el libre albedrío?

28. Diversidad de impíos e inicuos.---Pero aquello que pones en el siguiente capítulo (Tit. LXII, al. LXXII): "En el día del juicio no se debe perdonar a los inicuos y pecadores, sino que deben ser consumidos por fuegos eternos," ¿quién puede soportarlo, y prohibirte la misericordia de Dios, y juzgar antes del día del juicio la sentencia del juez, para que si él quisiera perdonar a los inicuos y pecadores, no pueda hacerlo por tu prescripción? Pues dices: "Está escrito en el salmo ciento tres: 'Desaparezcan los pecadores de la tierra y los inicuos, para que no existan.' Y en Isaías: 'Serán quemados los inicuos y pecadores juntos, y los que abandonan a Dios serán consumidos.'" Y no entiendes que la amenaza de Dios a veces suena a clemencia. Pues no dice que serán consumidos por fuegos eternos, sino que desaparecerán de la tierra, y que los inicuos dejarán de ser. Porque una cosa es que cesen del pecado y la iniquidad, y otra cosa es que perezcan para siempre y sean consumidos por fuegos eternos.

Finalmente, Isaías, de quien pones el testimonio, dice: "Serán quemados los pecadores y los inicuos juntos": no añade, para siempre. Y los que abandonan a Dios, serán consumidos. Esto se refiere propiamente a los herejes, que dejando el camino recto de la fe, serán consumidos si no quieren volver al Señor, a quien abandonaron. Esta sentencia también está preparada para ti, si descuidas convertirte a lo mejor. Luego, ¿de quién es la temeridad de unir a los inicuos y pecadores con los impíos; que definimos de esta manera? Todo impío es iniquo y pecador, pero no se reciprocidad, para que podamos decir que todo pecador e iniquo también es impío. La impiedad se refiere propiamente a aquellos que no tienen conocimiento de Dios, o que han cambiado el conocido por transgresión. El pecado y la iniquidad, según la calidad de los vicios, después de las heridas del pecado y la iniquidad, reciben sanidad. Por eso está escrito: "Muchos son los azotes del pecador" (Sal. XXXI, 10): y no la destrucción eterna. Y por todos los azotes y tormentos se corrige Israel. Porque el Señor corrige a quien ama: y azota a todo hijo que recibe (Hebr. XII, 6). Es una cosa golpear con afecto de maestro y padre: otra cosa es desatarse con ánimo cruel contra los adversarios. Por esta razón, también en el primer Salmo se canta: "Porque no se levantarán los impíos en el juicio." Ya están prejuizados para la perdición. Ni los pecadores en el consejo de los justos (Sal. I, 5). Porque una cosa es perder la gloria de resucitar, otra cosa es perecer para siempre. Vendrá, dice, la hora en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz, y saldrán, los que hicieron el bien, a la resurrección de vida; pero los que hicieron el mal, a la resurrección de juicio (Juan V, 5). Por eso también el Apóstol, con el mismo sentido, porque habla con el mismo espíritu, dice a los Romanos: "Porque todos los que pecaron sin ley, sin ley perecerán. Y todos los que pecaron en la ley, por la ley serán juzgados" (Rom. II, 12). Sin ley es impío, quien perecerá para siempre. En la ley es pecador creyente en Dios, quien será juzgado por la ley, y no perecerá. Si los pecadores e inicuos son consumidos por fuegos eternos, ¿no temes tu sentencia, que dices ser iniquo y pecador? Y argumentas que el hombre no puede estar sin pecado, pero puede estarlo. Entonces solo se salvará aquel que nunca fue, ni es, sino que será, o quizás ni será: y perecerán todos los que leemos que existieron antes. Tú mismo, que te inflas con la soberbia de Catón y te hinchas con los hombros de Milón, ¿con qué temeridad, siendo pecador, asumes el nombre de maestro? O si eres justo, y simulas ser pecador por humildad, nos asombraremos y nos alegraremos de que solo tú y tus compañeros posean lo que ninguno de los Patriarcas, ni Profetas, ni Apóstoles tuvo. Si Orígenes dice que todas las criaturas racionales no deben perderse, y atribuye al diablo la penitencia, ¿qué nos importa a nosotros, que decimos que el diablo y sus secuaces y todos los impíos y transgresores perecerán para siempre, y que los cristianos, si son sorprendidos en pecado, serán salvados después de las penas?

29. Dos capítulos de Pelagio contradictorios entre sí.---Además unes dos capítulos contradictorios entre sí, que si son verdaderos, no podrás abrir la boca: "La sabiduría y el entendimiento de las Escrituras no pueden ser conocidos a menos que se aprendan." Y nuevamente: "El indocto no debe usurpar el conocimiento de la ley" (Tit. XX). O te verás obligado a presentar al maestro de quien aprendiste, para que te sea lícito usurpar el conocimiento de la ley: o si el maestro es tal que no aprendió de otro, y te enseñó lo que él mismo ignoraba, queda que no haces bien al usurpar el conocimiento de las Escrituras siendo indocto, y comenzaste a ser maestro antes que discípulo. A menos que, con la humildad acostumbrada, presumas de tu maestro el Señor, quien enseña toda ciencia, y con Moisés (Éxodo XXXIV) en la nube y la oscuridad escuchas las palabras de Dios cara a cara, y de allí nos sales con la frente cornuda. Ni esto te basta, sino que de repente te conviertes en estoico, y nos truenas con el ceño de Zenón, que el cristiano debe tener tal paciencia, que si alguien quiere quitarle algo, lo pierda con gratitud (Tit. LXXIII, al. LXIV). ¿No nos basta perder pacientemente lo que tenemos, sino que debemos dar gracias al violento y ladrón, y seguirlo

con todas las bendiciones? El Evangelio enseña (Mat. V) que a quien quiera litigar con nosotros y quitarnos la túnica por pleitos y disputas, también se le conceda el manto: no ordena que demos gracias, y perdamos lo nuestro con alegría. Esto lo digo, no porque haya algo de maldad en esta sentencia, sino porque en todas partes pasas de lo moderado a lo excesivo, y buscas lo grande. Por eso añades, "La gloria de las vestiduras y adornos es contraria a Dios." ¿Cuáles son, pregunto, las enemistades contra Dios, si tengo una túnica más limpia, si el obispo, el presbítero, y el diácono, y el resto del orden eclesiástico en la administración de los sacrificios se presentan con vestiduras blancas? Tened cuidado, clérigos; tened cuidado, monjes; viudas y vírgenes, estáis en peligro, si el pueblo no os ve sucias y harapientas. No hablo de los hombres del siglo, a quienes se les declara abiertamente la guerra, y enemistades contra Dios, si usan vestiduras preciosas y brillantes.

30. Capítulos de Pelagio contradictorios entre sí.---Escuchemos también lo demás: "Amar a los enemigos como a los prójimos" (Tit. CLXIV, al. CXLIV); e inmediatamente, oprimido por un grave letargo, pones y dices: "Nunca se debe confiar en el enemigo" (Tit. CLXI, al. CXLVI), lo cual es evidente que es contradictorio, incluso sin que yo lo diga. Pero dirás que ambos están contenidos en las voces de la Escritura, sin darte cuenta del sentido en que se dicen en sus lugares. Se me ha ordenado amar a los enemigos y orar por los perseguidores. ¿Acaso se me ha mandado amarlos como a los prójimos y consanguíneos y amigos, para que no haya diferencia entre el rival y el necesario? Si amo a los enemigos como a los prójimos, ¿qué más les daré a los amigos? O si dijiste esto, debiste callar aquello, para no parecer que dices cosas contrarias en el mismo lugar, "Nunca se debe confiar en el enemigo" (Éxodo XXIII). Pero cómo se ama al enemigo, también lo enseña la ley (Deut. XXII, 4): Si el asno de tu enemigo cae, debes ayudarlo: y el Apóstol: "Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Porque haciendo esto, amontonarás carbones de fuego sobre su cabeza" (Rom. XII, 20); no para maldición y condenación, como algunos piensan, sino para corrección y arrepentimiento, para que vencido por los beneficios, cocido por el fervor de la caridad, deje de ser enemigo.

31. Si el reino de los cielos fue prometido en el Antiguo Testamento.---Además añades, "El reino de los cielos también se promete en el Antiguo Testamento" (Tit. CXXIII): y pones testimonios de apócrifos, cuando es evidente que el reino de los cielos se predica por primera vez en el Evangelio por Juan el Bautista, y el Señor Salvador, y los Apóstoles. Lee los Evangelios. Juan el Bautista clama en el desierto: "Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. III, 1). Y del Salvador está escrito: "Desde entonces comenzó a predicar y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado" (Mat. IV, 17). Y nuevamente: "Jesús recorría las ciudades y aldeas, enseñando en sus sinagogas, y predicando el reino de Dios" (Mat. IX, 35). Y ordena a los Apóstoles: "Id y predicad, diciendo, que el reino de los cielos se ha acercado." Pero tú llamas a aquellos maniqueos, porque prefiriendo el Evangelio a la Ley, decimos que en aquella está la sombra, en este la verdad, y no entiendes que tu necedad está unida a la impudencia. Es una cosa condenar la Ley, que es lo que hace el maniqueo; otra cosa es preferir el Evangelio a la Ley, que es la doctrina apostólica. Porque en aquella hablan los siervos, en este el Señor presente; allí se promete, aquí se cumple; allí están los comienzos, aquí la perfección; en aquella se ponen los fundamentos de las obras, aquí se coloca la cima de la fe y la gracia. Esto lo hemos puesto para que se muestre la doctrina del ilustre preceptor.

32. Impugna la principal doctrina de los pelagianos.---El centésimo título es, "Que el hombre puede estar sin pecado y guardar fácilmente los mandamientos de Dios, si quiere", sobre lo cual se ha hablado abundantemente. Y aunque se confiesa imitador, más bien cumplidor, de

la obra del bienaventurado mártir Cipriano, escribiendo a Quirino, no entiende que en la misma obra ha dicho cosas contrarias. En el quincuagésimo cuarto título del tercer libro, él establece que nadie está sin mancha y sin pecado, y de inmediato une testimonios en los que está escrito en Job: "¿Quién está limpio de impurezas? ni aunque su vida en la tierra sea de un solo día" (Job 14, 14). Y en el Salmo cincuenta (Vers. 6): "He aquí, en iniquidades fui concebido, y en pecados me concibió mi madre". Y en la Epístola de Juan: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros" (1 Juan 1, 8). Tú, por el contrario, afirmas que "el hombre puede estar sin pecado": y para que parezca que has dicho la verdad, de inmediato añades, "Y guardar fácilmente los mandamientos de Dios, si quiere", lo cual o es raro, o nadie lo ha cumplido. Pues si son fáciles, deberían ser guardados por muchos. Pero si, para concederte, alguien raro puede cumplirlos, es evidente que es difícil lo que es raro. Y para aumentar esto, y mostrar la grandeza de tu virtud, que se cree que surge del buen tesoro de la conciencia, pones en el título: "Ni siquiera debe pecarse levemente" (Tit. CXXIII). Y para que alguien no piense que has dicho esto en la obra, añades. "No debe pensarse el mal" (Tit. CXXXVI, al. CXXXI), y no recuerdas aquella sentencia: "¿Quién entiende los errores? líbrame de los ocultos, Señor, y de los ajenos perdona a tu siervo" (Salmo 18, 13): cuando la Iglesia también confiesa que lo que pecamos por ignorancia, y solo con el pensamiento, son delitos: tanto que manda ofrecer sacrificios por el error (Hebr. II), y el Pontífice que intercede por todo el pueblo, primero ofrece víctimas por sí mismo, quien ciertamente nunca sería mandado a ofrecer por otros, si él mismo no fuera justo, ni ofrecería de nuevo por sí mismo, si estuviera libre del pecado de ignorancia. Ahora, ciertamente, debo recorrer los vastos espacios de las Escrituras, para enseñar que el error y la ignorancia son pecado.

33. Que hay pecados de ignorancia.--C. Te ruego, ¿no has leído: "El que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón" (Mat. 5, 28)? No solo la vista y los incentivos de los vicios se consideran pecado; sino aquellos a los que damos nuestro consentimiento. O podemos evitar el mal pensamiento, y consecuentemente podemos estar libres de pecado; o si no podemos evitarlo, no se considera pecado lo que no se puede evitar. A. Argumentas astutamente, pero no entiendes que tu argumentación va contra las Sagradas Escrituras. Pues las palabras de las Escrituras quieren que incluso la ignorancia tenga pecado: de donde también Job (Job 1) ofrece sacrificios por sus hijos, no sea que por ignorancia hayan pecado en pensamiento. Y quien corta leña, si con el hacha y el hierro escapando del mango, un hombre es muerto, se le manda ir (Deut. 19) a la ciudad de refugio y estar allí hasta que muera el sumo sacerdote, es decir, sea redimido por la sangre del Salvador, o en la casa del bautismo, o en la penitencia, que imita la gracia del bautismo por la inefable clemencia del Salvador, que no quiere que nadie perezca, ni se deleita en la muerte de los pecadores, sino que se conviertan y vivan (Ezequiel 18). C. Te pregunto, ¿cuál es esa justicia, que me retiene en el pecado del error, cuya culpa no tiene mi conciencia? No sé que he pecado, ¿y pago por lo que no sé? ¿Y qué más haría si pecara voluntariamente? A. ¿Me preguntas a mí las causas de la sentencia y disposición de Dios? Responde a tu necia pregunta el libro de la Sabiduría: "No busques lo que es más alto que tú, ni escudriñes lo que es más fuerte que tú" (Eclesiástico 3, 22). Y en otro lugar: "No seas demasiado sabio, ni argumentes más de lo necesario" (Eclesiastés 7, 17). Y en el mismo lugar: "En sabiduría y en simplicidad de corazón busca a Dios" (Sabiduría 1, 1). Y para que no contradigas este volumen, escucha al Apóstol, resonando con la trompeta evangélica: "¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios, cuán inescrutables son sus juicios, e ininvestigables sus caminos! ¿Quién conoció la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero?" (Romanos 11, 33, 34). Estas son las cuestiones, sobre las cuales en otro lugar escribe: "Pero evita las cuestiones necias e ignorantes, sabiendo que engendran contiendas" (2 Timoteo 2, 2, 3). Y el Eclesiastés

(de cuyo libro ciertamente no hay ambigüedad), dice: "Dije, me haré sabio, pero ella se alejó de mí. Profunda es la profundidad, ¿quién la encontrará?" (Eclesiastés 7, 24, 25). ¿Me preguntas a mí por qué el alfarero hizo un vaso para honra y otro para deshonra, y no quieres aceptar a Pablo, respondiendo por su Señor: "¡Oh hombre! ¿quién eres tú para que disputes con Dios?" (Romanos 9, 20).

34. Oponiendo testimonios de las Escrituras.---Escucha, pues, brevemente los testimonios de las Escrituras, para que tu necia, más bien impía, indagación enmudezca para siempre. Dios habla en el Génesis: "No volveré a maldecir la tierra por causa de las obras de los hombres, porque la mente del hombre está inclinada diligentemente al mal desde su juventud" (Génesis 8, 21). Abraham y Sara, al oír la promesa del hijo Isaac, se ríen en su corazón, y el pensamiento tácito no escapa al conocimiento de Dios. Son reprendidos en su risa, y el mismo pensamiento, como parte de la infidelidad, es censurado. Sin embargo, no son condenados por haber reído, sino que por haber creído después, reciben la palma de la justicia. Lot no sabe en el concubinato de sus hijas lo que ha hecho, y embriagado por ellas no tiene crimen de conciencia, y sin embargo, el error está en el vicio. Reprende al santo varón Jacob, por qué amó a Raquel, la hermosa, por la cual sirvió mucho tiempo, y en el primer concubinato de Lea se entristeció; y finalmente acepta la fragilidad humana, que también ama los cuerpos hermosos y detesta los deformes. Jacob llora la muerte de su hijo José, y por mucho tiempo no recibe consuelo de sus hijos, y responde: "Llorando y gimiendo, iré al infierno" (Génesis 8, 35): y prueba que es hombre, mientras el justo ignora lo que ha sucedido con el justo hijo José. En Éxodo está escrito: "Si alguien golpea a otro, y muere, morirá. Pero si no lo hizo queriendo, sino que Dios lo entregó en sus manos, te daré un lugar al cual huya el que mató" (Éxodo 21, 12, 13). En lo cual se debe notar que Dios entregó al hombre en sus manos, y el que mató por ignorancia es condenado al exilio. En Levítico se establece la ley: "Si un alma peca ante el Señor no voluntariamente, de todos los mandamientos del Señor, que no deben hacerse, e hizo uno de ellos, ya sea el Sumo Sacerdote, o toda la sinagoga, y el resto del pueblo, y después aprendió su pecado, que pecó por ignorancia, ofrecerá un regalo, un macho cabrío de las cabras, macho sin defecto: y pondrá sus manos sobre su cabeza, y lo matará en el lugar donde se sacrifican los holocaustos ante el Señor, porque es por el pecado" (Levítico 4, 2, 13 y ss.). Y de inmediato en lo siguiente: "Si toca algo inmundo, que no se debe tocar, y lo hace por ignorancia, y después lo aprende, o ha prometido algo, y lo ha olvidado, declarará su pecado, en el cual se ve que ha pecado, y ofrecerá al Señor por lo que ha pecado, una oveja o una cabra por su pecado que ha pecado, y el sacerdote orará por él sobre su pecado, y le será perdonado el pecado. Pero si no tiene la mano para ofrecer una oveja por sus pecados que ha pecado, ofrecerá dos tórtolas, o dos pichones de paloma al Señor, uno por el pecado, y uno en holocausto: y los llevará al sacerdote, y el sacerdote ofrecerá primero lo que es por el pecado, y en él se reconciliará por el pecado que ha pecado, y le será perdonado" (Levítico 5, 3 ss.). Y otras cosas similares a estas, que omito por brevedad, para no causar fastidio a tu estómago. En lo siguiente también narra Moisés (Ibid., VIII) que en la consagración de Aarón y sus hijos ofreció un becerro por el pecado y Aarón y sus hijos pusieron sus manos sobre él, sobre la cabeza del becerro, que era por el pecado, y lo mató, y tomó de su sangre, y la puso sobre los cuernos del altar alrededor con su dedo, y así purificó el altar. De manera similar hizo con el carnero, y de su sangre tocó su oreja derecha, y su mano derecha, y la punta de su pie derecho. Y después de muchas otras cosas, que sería muy largo narrar, enumerados los siete días, leemos así: "Y sucedió también en el octavo día, y Moisés llamó a Aarón, y a sus hijos, y a todos los ancianos de Israel, y dijo a Aarón: Toma un becerro de los bueyes por los pecados [Al. pecado], y un carnero en holocausto sin defecto, y los ofrecerás ante el Señor: y a los ancianos de Israel les dirás, diciendo: Tomad un macho cabrío de las cabras uno por el

pecado, y un becerro sin defecto de un año en holocausto. Y Moisés dijo a Aarón: Acércate al altar y haz por tu pecado, y lo demás. Y Aarón levantó de nuevo sus manos sobre el pueblo, y los bendijo. Y descendió después de haber hecho por el pecado y el holocausto y el sacrificio de paz" (Levítico 9, 1 ss.). La mujer genera hijos por ley natural y es inmunda, si ha dado a luz un varón, por cuarenta días; si una hembra, por ochenta días. Acusa al Creador, por qué llama inmundo algo que él mismo creó. Y no solo ella es inmunda, sino todo lo que toca. "Y cuando, dice, se completen los días de su purificación sobre el hijo o la hija, ofrecerá un cordero de un año sin defecto, y un pichón de paloma, y una tórtola por el pecado, a la puerta del tabernáculo del testimonio al sacerdote, quien los ofrecerá ante el Señor, y el sacerdote expiará por ella" (Levítico 12, 6 y ss.). También se dice del leproso, que en el día de su purificación se ofrecerá por él una víctima por el pecado, y dos tórtolas y dos pichones de paloma: uno por el pecado, otro en holocausto (Ibid., 13). Y quien sufre flujo de semen, es liberado por el mismo orden de sacrificio por el pecado y el holocausto. Y al final se añade: "Haced temerosos a los hijos de Israel de sus inmundicias, y no morirán por su pecado, si contaminan el tabernáculo del testimonio" (Levítico 15, 31). También se ordena a Aarón, que no entre en cualquier momento en el Santo de los Santos, no sea que muera. "Y cuando, dice, quiera entrar, ofrecerá un becerro por el pecado, y un carnero en holocausto, y tomará dos machos cabríos de todo el pueblo; uno de ellos ofrecerá por su pecado, y uno por el pecado del pueblo, y un carnero en holocausto" (Levítico 16, 3). El otro macho cabrío lleva todos los pecados del pueblo en tipo del Señor Salvador, y es llevado al desierto: y así se aplaca a Dios por toda la multitud. Al final se dice: Si un hombre come de las cosas santificadas por ignorancia, se le imputa iniquidad y delito, y será culpable de voto. De donde también el Apóstol advierte que la eucaristía del Señor debe tomarse con precaución, para que no la tomemos para condenación y juicio (1 Cor. 11). Si en la ley se condena la ignorancia, ¡cuánto más en el Evangelio la conciencia!

35. Del libro de los Números.---Pasemos a los Números, y para refutar la impudencia de los contenciosos, tomemos lo más importante. El nazareo, venerable por su cabello santo, se mancha por la muerte repentina de otro, y todos los días de su consagración pasados se vuelven nulos: y después se ofrecen por él dos tórtolas, y dos pichones de paloma, uno por el pecado, y otro en holocausto. En el día también de su consumación se ofrece un cordero en holocausto y una oveja por el pecado. Y después de mucho está escrito (Num. 14, 18): "Y ahora magnifíquese la fortaleza del Señor, como has dicho, diciendo, el Señor es longánime y de mucha misericordia, quitando la iniquidad y los crímenes, y limpiando no hará inocente": por lo cual los Setenta interpretaron, "y limpiando no limpiará al culpable", que ciertamente incluso después del perdón, es culpable de su propia conciencia. Y cuando, dice, el pueblo ignoró, e hizo uno de estos que no debía hacer, después de un largo orden de ceremonias se añade y se dice: "Ofreced un macho cabrío de las cabras por el pecado, y el sacerdote hará expiación por toda la sinagoga de los hijos de Israel, y el Señor les será propicio, porque es ignorancia: y ellos ofrecerán su ofrenda en sacrificio al Señor por su pecado en su presencia, porque no sabían" (Num. 7, 28, 29). Y allí se añade: "Si un alma peca por ignorancia, ofrecerá una cabra de un año por el pecado de ignorancia ante el Señor, y el sacerdote orará por ella porque ignoró, por el pecado de ignorancia ante el Señor, y rogará por ella, y le será propicio" (Levítico 4, 27 ss). En las calendas de cada mes se ofrece un macho cabrío de las cabras por el pecado al Señor. También en la Pascua durante ocho días, desde el día catorce del primer mes, hasta el vigésimo primer día, hay sacrificio por el pecado. En Pentecostés se ofrece un macho cabrío por el pecado, y en las calendas del séptimo mes, cuando suena el clamor de las trompetas, se conserva la misma religión del macho cabrío por el pecado. También el décimo día de ese séptimo mes, cuando hay ayuno hasta la tarde, se ofrece un macho cabrío de las cabras por el pecado, además de ese macho cabrío, que antes del

holocausto se sacrifica por el pecado según la ley. También en los días de la Fiesta de los Tabernáculos, cuando se levantaban las tiendas, desde el día quince de ese séptimo mes hasta el día veintidós, entre otras víctimas siempre se ofrecía un macho cabrío por el pecado, para que se cumpla lo del bienaventurado David: "Contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo ante tus ojos, para que seas justificado en tus palabras, y venzas cuando seas juzgado" (Salmo 50, 5). Se eligen seis ciudades de exilio para aquellos que no voluntariamente, sino por ignorancia, o por lanzamiento de piedra, o por empuje de mano, o por juego, o por lascivia sin enemistades, más por infortunio que por voluntad han pecado, y sin embargo no están sin crimen, mientras son relegados para siempre, y antes del día señalado, ni por súplica, ni por precio su regreso puede ser obtenido y redimido.

36. Del Deuteronomio.---En el Deuteronomio, que es un libro de enumeración de lo pasado, se demuestra claramente que no en nuestras obras y justicia, sino en la misericordia de Dios somos conservados, diciendo el Señor por medio de Moisés: "No digas en tu corazón, cuando el Señor tu Dios los haya destruido de delante de ti: En mi justicia me ha introducido el Señor, para que posea esta tierra, porque en la impiedad de estas naciones el Señor los consumirá de delante de ti: no en tu justicia, y en la dirección [Al. dilección] de tu corazón entrarás, para poseer su tierra: sino en la impiedad de ellos el Señor tu Dios los consumirá de delante de ti, para que se levante la palabra que habló a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob. Y sabrás que no en tu justicia el Señor tu Dios te dará la buena tierra, para que la poseas, porque eres un pueblo de dura cerviz. Pero en lo que dijo: "Serás perfecto con el Señor tu Dios", se aprueba en qué sentido lo dijo por lo que sigue. Cuando, dice, hayas entrado en la tierra que el Señor tu Dios te dará, no aprenderás a hacer las abominaciones de esas naciones, ni se hallará en ti quien pase a su hijo o hija por el fuego. No servirás a adivinaciones ni a todos los augurios y artes mágicas y encantamientos, para que no consultes a magos y adivinos y muertos. Porque abominación del Señor es todo el que hace estas cosas. Y por estas abominaciones el Señor tu Dios los consumirá de delante de ti: serás perfecto con el Señor tu Dios" (Num. 18, 9, 10). Finalmente añade: "Porque estas naciones que poseerás, escuchan a adivinos y hechiceros. Pero a ti no te ha dado así el Señor tu Dios. Y de inmediato añade: "Un profeta de en medio de ti, de tus hermanos, como yo, te levantará el Señor tu Dios: a él escucharás". De lo cual se muestra que aquí se dice perfecto no al que tiene todas las virtudes, sino al que sigue a Dios perfecto y único. Y narra de manera similar sobre la condición de los exiliados que pecaron por ignorancia, a dónde deben huir, y añade: "Cuando hayas edificado una casa nueva, harás un pretil a tu techo alrededor, para que no seas culpable de sangre, cuando alguien caiga de ella. Y de nuevo: "Si hay en ti un hombre, que no esté limpio de flujo nocturno, saldrá fuera del campamento, y no entrará en medio del campamento, y cuando llegue la tarde, se lavará con agua, y después de la puesta del sol entrará en medio de ellos" (Levítico 15, 16).

37. Del libro de Josué.---De Jesús, hijo de Navé, solo presentaré dos testimonios. Pecó Acán, y todo el pueblo fue ofendido. Y el Señor dijo a Josué: No podrán los hijos de Israel mantenerse ante sus enemigos; sino que darán la espalda a sus adversarios, porque hay anatema entre ellos. Y no volveré a estar con vosotros, a menos que el anatema sea destruido de en medio de vosotros (Jos. VII, 12). Y cuando se buscó el sacrilegio, y la suerte encontró al culpable oculto, fueron ejecutados junto con Acán sus hijos e hijas, bueyes, asnos, ganado; su tienda y todo lo que pudo tener fue destruido por el fuego. Está bien, él pecó: ¿qué hicieron los hijos? ¿qué los bueyes? ¿qué los asnos? ¿qué el ganado? ¿Acaso se le puede reprochar a Dios que uno pecó y parte del pueblo fue masacrada? ¿Por qué también él es apedreado, y todo lo que pudo tener fue consumido por la llama vengadora? Digamos también otra cosa: No hubo ciudad que el Señor no entregara a los hijos de Israel, excepto el

heveo que habitaba en Gabaón: todas las tomaron luchando, porque fue hecho por el Señor para endurecer su corazón y pelear contra Israel, para que fueran exterminados: y no se les mostró misericordia, y perecieron, como el Señor había ordenado a Moisés (Jos. XI, 11, 12). Si fue por voluntad del Señor que no recibieran la paz, ni aceptaran a Israel; digamos según el Apóstol: ¿Por qué entonces se queja? Porque, ¿quién puede resistir a su voluntad? (Rom. IX, 19).

38. De los libros de los Reyes.---De Samuel y los Reyes. Jonatán probó un panal de miel con su cetro, y con los ojos iluminados, se puso en peligro, por haberlo hecho sin saberlo. Pues la Escritura testifica que ignoraba que su padre había ordenado que nadie probara nada hasta que se completara la victoria del Señor. Tanto se enojó el Señor, que la suerte encontró al oculto, y él mismo confesó diciendo: Probé en la punta del cetro que está en mi mano un poco de miel, y he aquí que muero. Y después, por la intercesión y súplicas del pueblo, fue liberado, diciendo a Saúl: ¿Acaso morirá Jonatán, quien ha hecho esta gran salvación en Israel? Lejos de ello. Vive el Señor: si cae un cabello de su cabeza en tierra, porque con el Señor hizo este día: y el pueblo liberó a Jonatán, y no murió (I Reg. XIV, 45 ss.). Samuel se enoja con Saúl, y no quiere ir con el rey (I Reg. XVI, 6, 7): después es vencido por las súplicas, para mostrar el cambio del ánimo humano. Va a Belén, y piensa que cada uno de los hijos de Jesé es aquel que el Señor buscaba. Y cuando vio a Eliab, dijo: He aquí el ungido del Señor ante él. Y el Señor le dijo: No mires su apariencia, ni la altura de su cuerpo, porque lo he rechazado. Pues el hombre ve de una manera, y Dios de otra. El hombre ve la apariencia, Dios ve el corazón. Y de esta manera se equivoca con todos, y es corregido con todos, para que se manifieste la debilidad de la mente humana. Isboset, hijo de Saúl, es asesinado con engaño por Recab y Baana, hijos de Rimón de Beerot. Y cuando se lo anunciaron a David, y le mostraron la cabeza del adversario, fueron ejecutados por David, diciendo: Hombres impíos mataron a un hombre justo en su casa y en su lecho. Ciertamente Isboset no era justo, y sin embargo se le llama justo, porque fue asesinado sin culpa. Oza, levita, cuando el Arca del Señor era trasladada a Jerusalén, y los bueyes juguetones desviaron el carro hacia otro lado, extendió su mano para sostener el Arca inclinada. Y enseguida sigue: Se encendió la ira del Señor contra Oza, y Dios lo hirió allí por su ignorancia, y murió junto al Arca de Dios. Y David, entristecido porque el Señor había herido a Oza, temió al Señor ese día, y dijo: ¿Cómo entrará a mí el Arca del Señor? (II Reg. VI, 7, 8). David, justo y profeta y ungido como rey (Sal. LXXVII), a quien el Señor eligió según su corazón, para que hiciera todas sus voluntades, al ver que la ignorancia fue castigada con la ira del Señor, se aterra y entristece, y no pregunta al Señor la razón por la que hirió al ignorante, sino que teme una sentencia similar. David ordenó al jefe del ejército, Joab, que contara al pueblo; y enseguida la Escritura menciona: Y su corazón hirió a David, y dijo al Señor: He pecado gravemente por haber hecho esto (II Reg. XXIV, 10). Cuando ordenó que se hiciera, ciertamente no sabía lo que decía; y sin embargo se reprocha a sí mismo, y por esta culpa setenta mil hombres son masacrados por el ángel con la espada. Salomón, al completar las ceremonias del templo, extendió ambas palmas al Señor, y dijo: Cuando tu pueblo peque, pues no hay hombre que no peque (III Reg. VIII, 46). El profeta Ahías de Silo no sabía que la esposa de Jeroboam venía a él; y el Señor le dijo: He aquí que la esposa de Jeroboam entrará para buscar palabras de ti por su hijo que está enfermo, y así y así le hablarás (III Reg. XIV, 5). Eliseo estaba sentado en el monte, vino a él una mujer cuyo hijo había muerto, y abrazando sus pies, clamaba. Y cuando Giezi la rechazaba, el hombre de Dios le dijo: Déjala, porque su alma está en amargura, y el Señor me lo ha ocultado, y no me lo ha anunciado (IV Reg. IV, 27).

39. Del libro de los días y los Profetas.---En el libro de los días leemos: Fueron hijos de Sobal, padre de Quiriat-jearim, quienes profetizaban a medias. Y de nuevo: Los hijos de

Salma, padre de Belén y Netofa, corona de la casa de Joab, y quienes profetizaban, a medias de Zorá, y otros (I Crón. II, según los LXX). Sin duda eran santos quienes profetizaban, y sin embargo no merecieron recibir la profecía perfecta: no sobre el futuro según la tropología, sino profetizando en el presente según la historia. El profeta Habacuc titula su Cántico: Oración del profeta Habacuc por los ignorantes. Pues había hablado audazmente al Señor, y había dicho: ¿Hasta cuándo, Señor, clamaré, y no oirás? Clamaré a ti sufriendo violencia, y no salvarás. ¿Por qué me has mostrado iniquidad y trabajo, para ver saqueo e injusticia? Contra mí se ha hecho juicio y contradicción más poderosa: por estas cosas la ley ha sido desgarrada, y no ha llegado hasta el fin el juicio: porque el impío prevalece contra el justo, por eso sale juicio perverso (Hab. II, 2 ss.). Por lo cual, reprochándose a sí mismo por haber hablado por ignorancia, escribe un Cántico de penitencia. Si la ignorancia no fuera pecado, en vano escribe un libro de penitencia, y en vano quiso lamentar lo que no tiene pecado. En la parte final de Ezequiel, donde a través de la edificación del Templo en el monte se narran muchos misterios de la Iglesia futura después de siglos, el primer y séptimo día del primer mes se ofrecen víctimas por el pecado de todos, en lo que pecaron por error o ignorancia. También durante los siete días de la Pascua, siempre se sacrifica un macho cabrío por el pecado. El día quince del séptimo mes, se celebra el mismo orden de sacrificios por los pecados. Y después de muchas otras cosas, que no es el momento de repetir, está escrito: Había allí un lugar al oeste, y me dijo: Este es el lugar donde los sacerdotes deben cocinar la ofrenda por el pecado y por la ignorancia (Ezeq. XLVI, 1). Jeremías habla a Dios: Sé, Señor, que no es del hombre su camino: ni del hombre es caminar y dirigir sus pasos. Por eso el corazón del hombre es perverso e inescrutable, ¿y quién lo conocerá? (Jer. X, 23). En los Proverbios leemos: Hay un camino que parece recto al hombre, pero su fin lleva al abismo del infierno (Prov. XIV, 12). Aquí también se condena claramente la ignorancia, cuando el hombre piensa una cosa, y bajo la apariencia de verdad desciende al infierno. Muchas, dice, son las intenciones en el corazón del hombre (Prov. XIX): pero no obstante su voluntad, que es incierta y fluctuante y mutable, sino el consejo de Dios prevalece. ¿Quién, dice, se gloriará de tener un corazón puro? (Ibid. XX, 9). ¿Y quién confiará en ser limpio de pecado? Dulce es al hombre el pan de la mentira, y después su boca se llenará de grava. Del Señor son dirigidos los pasos del hombre, pero ¿cómo podrá el mortal conocer sus caminos? Todo hombre parece justo a sí mismo, pero Dios corrige los corazones de todos. El hijo malo se justifica a sí mismo, y no lava su salida. El hijo malo tiene ojos altivos, y se eleva con sus párpados. Hay un justo que perece en su justicia (Prov. XX, 16 ss.). Por eso se le dice: No seas demasiado justo, ni busques con sabiduría lo superfluo, no sea que te asombres. Porque todo lo que el hombre trabaje para buscar, no lo encontrará. Si el sabio dice que entiende, no podrá encontrarlo. Porque el corazón de los hijos de los hombres está lleno de maldad (Ecles. VII, 17 ss.).

LIBRO SEGUNDO.

1. Sacrificio por ignorancia, error, etc.---CRITOB. Has dicho muchas cosas de las Escrituras sagradas de memoria y abundantemente, y como si intentarás cubrir con ciertas nubes la clara luz de la verdad, pero ¿qué tiene que ver con el asunto? Con todos estos testimonios pareces acusar la naturaleza humana, y por ello trasladar la culpa a Dios, si creó a los hombres de tal manera que no pueden evitar el pecado de olvido e ignorancia. De lo cual es evidente que el hombre puede, si quiere, no pecar. Pues hizo lo que no pudo evitar. Pero donde se quita la posibilidad, también se quita la culpa, pues nadie es condenado por lo que no pudo hacer. ATTIC. A menudo he dicho que no entiendes mis esfuerzos, ni consideras qué argumentas; sino qué ha ordenado Dios. Por olvido, error e ignorancia, se ofrecen sacrificios como por pecado: ya sea esto malo según tú, o bueno según yo, Dios lo ha ordenado. Mi deber es

observar lo que ha mandado; el tuyo, reprochar los mandatos de Dios. C. Ya que fuerzas la clara verdad, y me arrastras a la blasfemia, te concederé que esto fue ordenado en la antigua Ley, de la cual está escrito: Las cosas viejas pasaron: he aquí, todas son hechas nuevas (II Cor. V, 17). ¿Acaso podrás probar esto también en el Evangelio, que alguien sea castigado por lo que no sabe, y sufra penas antes de ser culpable de conciencia? A. Mientras ignoramos, el maniqueo se nos levanta de repente, quien dice que la Ley ha sido abolida, y que solo deben leerse los libros del Nuevo Testamento. C. ¿Qué has oído de mí para que digas esto? Pues la Ley dada a los padres, justa y santa por un tiempo, y con la venida de la perfección del Evangelio, las cosas más bajas cesaron. A. Entonces, ¿no debe observarse lo que se ordena en la Ley? C. Debemos observar algunos mandamientos, y dejar de lado otros. A. Ya que te veo muy docto, dime qué debo observar del Antiguo Testamento, y qué dejar. C. Debemos observar los mandamientos que se refieren a la vida y la corrección de las costumbres, de los cuales se ha dicho: El mandamiento del Señor es claro, iluminando los ojos (Sal. XVIII, 9). Pero los que se refieren a las ceremonias de la Ley y los ritos de los sacrificios, deben dejarse. A. Perdóname, cuando te jactas del conocimiento de la Ley y de todas las Escrituras, no te das cuenta de lo que quiero decir. C. Entiendo lo que dices, y no lo que callas. A. ¿Te parece que callo, cuando con tantos ejemplos he querido enseñarte que el hombre peca por ignorancia: y que por el pecado, así como en la Ley se ofrecen víctimas, también en el Evangelio se debe ofrecer penitencia?

2. Ejemplo del N. T. en la persona del Apóstol.---C. Da un testimonio del Nuevo Testamento, donde el error y la ignorancia, y la imposibilidad del mandato se consideren un crimen. A. No es necesario presentar muchos. Presentaré uno al que ciertamente no podrás contradecir. El vaso de elección habla claramente: Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios. Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom. VII, 22 ss.). C. Has presentado un testimonio que me favorece. Liberados, pues, del cuerpo de esta muerte por la gracia de nuestro Señor Jesucristo, no debemos pecar más. A. Ciertamente hemos sido liberados por el bautismo del Salvador. Pero explícame por qué dijo: Veo otra ley en mis miembros que se rebela contra la ley de mi mente, y me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¿Cuál es esta ley que reina en los miembros del hombre, y que se rebela contra la ley de su mente? Responde simplemente. ¿Callas? Escucha al mismo Apóstol predicando claramente: Porque lo que hago, no lo entiendo. Pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si hago lo que no quiero, consiento en que la ley es buena. Ahora bien, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí. Porque sé que en mí, esto es, en mi carne, no habita el bien. Porque el querer está presente en mí, pero no el hacer el bien. Pues no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no soy yo quien lo hace, sino el pecado que habita en mí (Ibid., 15 ss.). C. Me sorprende que un hombre prudente como tú entienda al Apóstol de esta manera, como si hablara de sí mismo, y no de otros. Pues quien proclama con la conciencia de Cristo hablando en él: ¿Buscáis una prueba de que Cristo habla en mí? (I Cor. XIII, 3). Y en otro lugar: He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe; por lo demás, me está reservada la corona de justicia (II Tim. IV, 7, 8): ¿podría él decir esto de sí mismo, No encuentro el bien que quiero hacer? y, No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago? ¿Qué era ese bien que quería hacer y no podía? ¿Y qué era ese mal que no quería, y sin embargo no podía evitar? Por lo tanto, no dice esto de su persona, sino de la persona del género humano, que está sujeta a los vicios por la fragilidad de la carne.

3. De quién habla Pablo y otro testimonio suyo.---A. Me quitas poco para darme todo. Pues yo entiendo que un hombre, aunque sea Apóstol, está sujeto al pecado, tú afirmas que todo el género humano. Si esto es cierto en el género, tenemos también la especie. Pues el Apóstol es hombre; y si es hombre, habla ya sea de otros, o de sí mismo como hombre: ¡Miserable de mí! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? Y: Porque no habita en mí, esto es, en mi carne, el bien (Rom. VII, 24). Porque el cuerpo corruptible agobia al alma, La morada terrena deprime el sentido que cuida de muchas cosas (Rom. IX, 15). C. Hablas como si yo tomara esto de la persona del género humano, y no de la persona del pecador. A. ¿Y quién te concederá que el Apóstol hable de la persona del pecador? Pues si lo tomas de la persona del pecador, debería haber dicho: Miserable de mí, pecador, y no, miserable de mí, hombre. Hombre es de la naturaleza, pecador de la voluntad. A menos que también aquello que está escrito: Vanidad de vanidades y todo es vanidad (Ecles. I, 2), se refiera a los pecadores, y no a todos los hombres. Y de nuevo: Sin embargo, el hombre camina en una imagen (Sal. XXXVIII, 7); y luego: El hombre es semejante a la vanidad, sus días pasan como una sombra (Sal. CXLIII, 4). Si no te conmueve este testimonio de Pablo, escucha otro del mismo al que no puedes contradecir: Nada me reprocha mi conciencia, y demás (I Cor. IV, 4). Maravilloso: ni siquiera me juzgo a mí mismo: nada me reprocha mi conciencia, y sin embargo no por esto soy justificado. Quien decía esto, ciertamente no era consciente de ningún pecado. Pero porque había leído, ¿Quién entiende sus propios errores? (Sal. XVIII, 13). Y: Hay caminos que parecen rectos al hombre, pero su fin lleva al abismo del infierno (Prov. XIV, 12). Y de nuevo: Todo hombre parece justo a sí mismo, pero Dios dirige los corazones de los hombres (Prov. XXI, 4); por eso moderaba su sentencia, no fuera que por ignorancia hubiera pecado, especialmente cuando la Escritura testifica: Hay un justo que perece en su justicia (Ecl. VII, 16). Y en otro lugar: Justamente seguirás lo que es justo (Deut. XVI, 20), para que no nos desviemos de la justicia por la apariencia de la verdad, recordando a Saúl y Agag.

4. Hay muchos justos, pero nadie sin pecado.---C. Para no parecer que estoy discutiendo y tirando de la cuerda en dirección opuesta sin medida, al menos concédeme esto: que en las Escrituras se llama a muchos justos. A. No solo a muchos, sino a innumerables. C. Si los justos son innumerables, y esto no se puede negar, ¿qué he dicho mal al afirmar que un hombre puede estar sin pecado, si así lo desea? Esto es, en otras palabras, decir que un justo puede estar sin pecado, en cuanto a que es justo. A. Concedo que hay justos, pero no estoy de acuerdo en absoluto en que estén sin pecado. De hecho, afirmo que un hombre puede estar sin vicio, lo que en griego se llama κακία, pero niego que pueda estar ἀναμάρτητον, es decir, sin pecado, ya que eso solo le corresponde a Dios, y toda criatura está sujeta al pecado y necesita la misericordia de Dios, como dice la Escritura: "La misericordia del Señor llena la tierra" (Sal. XXXII, 5, y CXVIII, 64). Y para no parecer que estoy buscando manchas en los santos varones, en los que han caído por error, presentaré algunas cosas que no pertenecen a individuos, sino a todos en común. En el Salmo treinta y uno (Vers. 5) está escrito: "Dije, confesaré mi injusticia al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi corazón". Y sigue inmediatamente: "Por esto, es decir, por la impiedad o iniquidad (ambos pueden entenderse), orará a ti todo santo en el tiempo oportuno". Si es santo, ¿cómo ora por la iniquidad? Si tiene iniquidad, ¿cómo se le llama santo? Según el modo que también se escribe en otro lugar: "Siete veces caerá el justo, y se levantará" (Prov. XXIV, 16). Y, "El justo es acusador de sí mismo al principio de su discurso" (Prov. XVIII, 13). Y en otro lugar: "Se han apartado los pecadores desde el vientre, se han desviado desde el útero, han hablado mentiras" (Sal. LVII, 4). O bien, tan pronto como nacieron, estuvieron sujetos al pecado a semejanza de la transgresión de Adán, que es figura del futuro; o ciertamente, tan pronto como Cristo nació del útero virginal, de quien está escrito: "Todo el que abre el vientre será llamado santo para

el Señor" (Éxodo XIII, 2, y XXXIV, 19); todos los herejes erraron, no entendiendo el misterio de su nacimiento. Y más bien, esto que se dice, "El que abre el vientre será llamado santo para el Señor" (Ezequiel XI, 43, 44), puede referirse a la natividad especial del Salvador más que a la de todos los hombres. Solo Cristo abrió las puertas cerradas del vientre virginal, que sin embargo permanecieron cerradas perpetuamente. Esta es la puerta oriental cerrada, por la cual solo el Sumo Sacerdote entra y sale, y sin embargo siempre está cerrada. También lo que está escrito en el libro de Job: "¿Acaso será puro el hombre ante Dios, o irreprochable en sus obras? Si no confía en sus siervos, y encuentra algo torcido en sus ángeles, ¿cuánto más en aquellos que habitan en casas de barro?" (Job IV, 17, 18), de las cuales nosotros también somos de ese mismo barro. Y si afirmas que esto se dice desde la persona de Elifaz el Temanita, entiende que no lo dice él, sino aquel que bajo la persona de un ángel le habla en visión y revelación las sentencias de Dios. Pero supongamos que lo dice Elifaz, lo que claramente el ángel dice, ¿acaso no se dice esto propiamente desde la persona de Job: "La vida del hombre sobre la tierra es una tentación" (Job VII, 1)? Y: "Si he pecado, ¿qué puedo hacer?" (Ibid., 20). Y: "¿Por qué te has olvidado y no has hecho olvido de mi iniquidad, y purificación de mi pecado? ¿Cómo puede ser justo el hombre sobre la tierra ante Dios?" (Ibid., 21). Y de nuevo: "Si soy justo, no me escuchará; pero necesitaré su juicio" (Job IX, 15, 29). Y nuevamente: "Porque soy impío, ¿por qué trabajo en vano? Si me lavo con nieve, y con manos limpias, me has manchado con suciedad. Si pecco, me guardarás. Pero de la iniquidad no me harás inocente" (Ibid., 30). Y: "Si actúo impiamente, ¡ay de mí!" (Job X, 15). Y: "Si soy justo, no podré respirar. Estoy lleno de ignominia" (Ibid.). Y de nuevo: "¿Quién será puro de suciedad? Ni uno solo, aunque su vida sea de un solo día sobre la tierra, y sus meses sean numerables" (Job XV, 14). Y si dices que el pronombre "quién" no se toma por imposible, sino a veces por difícil, te responderé: ¿Y dónde está aquello que dijiste temerariamente, que los mandamientos de Dios son fáciles, y que pueden cumplirse fácilmente? Diciendo la Escritura: "El hombre trabaja en dolor para sí mismo, y se hace violencia para su perdición" (Prov. XVI, 26, según la LXX), para que, oprimida y sometida y muriendo la carne, viva en él el espíritu. Y paso por alto esa ridícula exposición de vuestro Demóstenes, que Job no dijo: "¿Quién será puro de pecado?", sino "¿quién será puro de suciedad?", con la cual intenta probar que se significan las suciedades de los pañales en la infancia, no los vicios de los pecados. O ciertamente, si no lo entiende así, decid vosotros qué piensa. Porque es un escritor tan enredado, y cubierto de tal aspereza de palabras, que ofrece más sospecha que comprensión al lector. Finalmente, añade: "¿Qué responderé a esto? Pondré mi mano sobre mi boca, he hablado una vez, no añadiré en la segunda" (Job XXXIX, 34). He aquí nuestro Job, varón inmaculado y justo, y sin reproche, y absteniéndose de todo mal, ¿con qué fin es coronado en justicia, para que necesite la misericordia de Dios? Esto es lo que leemos en los Proverbios: "¿Quién se gloriará de tener un corazón puro? ¿O quién confiará en ser limpio de pecado?" (Prov. XX, 9). Haz que aquí también "quién" no se diga por imposible, sino por difícil. Por tanto, quita la sentencia, y borra de tu libro, "que los mandamientos de Dios son fáciles".

5. Respuesta a la objeción del Evangelio de Juan.---Pero si opones aquello del apóstol Juan, "Sus mandamientos no son gravosos" (I Juan V, 3), y del Evangelio: "Mi yugo es suave, y mi carga ligera" (Mat. XI, 30); fácilmente serás refutado: porque ciertamente dijo que los mandamientos del Evangelio son ligeros en comparación con la superstición judía, en la cual se buscaban varios tipos de ceremonias, que según la letra, y la sentencia del apóstol Pedro, nadie pudo cumplir. Por eso también se escribe en los Hechos de los Apóstoles: "Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios, imponiendo un yugo sobre el cuello de los discípulos, que ni nuestros padres ni nosotros pudimos llevar? Sino que creemos que por la gracia del Señor Jesús seremos salvos, de la misma manera que ellos" (Hechos XV, 10). El apóstol Santiago escribe:

"Si juzgas la ley, no eres hacedor de la ley, sino juez" (Santiago IV, 11). Aquel juzga la ley, quien dice que algo no está justamente mandado, y que la ignorancia no tiene pecado; y que en vano se ofrecen víctimas por el error, que no tiene conciencia de pecado. Porque en la ley no se busca la razón, sino la autoridad. El mismo en la misma epístola dice: "La ira del hombre no obra la justicia de Dios" (Santiago I, 20); y ¿quién de nosotros puede carecer de ira, de la cual está escrito: "La ira destruye incluso a los sabios" (Prov. XV)? Y significativamente no puso la ira de Dios, sino la ira del hombre. Porque la ira de Dios es justa: pero la ira del hombre procede de una mente perturbada. Por eso también se dice en el Salmo: "Enojáos, pero no pequéis" (Sal. IV, 26): el apóstol enseña qué sentido tiene este versículo: "No se ponga el sol sobre vuestro enojo" (Efes. IV, 5); para que sea pecado incluso enojarse levemente: pero la justicia es mitigar la ira con rápido arrepentimiento. Por eso daremos cuenta por cada palabra ociosa en el día del juicio. Y en el mismo Evangelio leemos: "Cualquiera que se enoje contra su hermano sin causa, será culpable de juicio" (Mat. V, 22). Aunque en muchos códices antiguos, "sin causa", no está añadido, para que ni siquiera con causa debamos enojarnos. ¿Quién de los hombres podrá decir que la ira, que es sin justicia, carece de vicio para siempre? Y de nuevo: "No te jactes del mañana, porque no sabes qué traerá el día" (Prov. XXVII, 1). Por eso está escrito: "No llames bienaventurado a nadie antes de su muerte". Porque mientras vivimos, estamos en combate, y mientras estamos en combate, no hay victoria segura, que incluso al apóstol que lucha valientemente se le reserva en el futuro siglo. El Señor y Salvador habla bajo la persona del hombre asumido: "Porque soy el más insensato de todos los hombres, y no hay prudencia humana en mí" (Ecli. XI). Y en el Salmo sesenta y ocho: "Dios, tú conoces mi insensatez: pero la necedad de Dios es más sabia que los hombres" (I Cor. I, 23). También en el Eclesiastés está escrito: "En la multitud de sabiduría, hay multitud de ciencia: y quien añade ciencia, añade dolor" (Ecles. I, 18): entendiéndolo que carece de perfección, y por lo que sabe, cuánto no sabe. Y dice: "Odié la vida, porque es malo el trabajo que hago sobre la tierra. Todo es vanidad y presunción de espíritu. Nadie sabe qué será, porque como es, ¿quién se lo anunciará? Hay justos a quienes les sucede como si fueran obras de impíos. Y hay impíos a quienes les sucede como si fueran obras de justos" (Ecles. VIII, 14). Esto se dice porque el juicio cierto es solo de Dios, y aquellos que creemos justos, a menudo se encuentran pecadores, y aquellos que al contrario creemos pecadores, ante el conocimiento de Dios son justos. Por mucho que el hombre se esfuerce en investigar, no lo encontrará. Y si el sabio dice que lo sabe, no podrá encontrarlo. Porque todos tienen un mismo destino, y los corazones de los hijos de los hombres están llenos de maldad, y en un estado incierto (Ecles. X, 1), que en griego se llama περιφέρεια. Las moscas que van a morir, o como se dice en hebreo, muertas, destruyen y corrompen la dulzura del aceite. ¿Quién de los mortales no es capturado por algún error? ¿A quién no manchan los venenos de los herejes y de las falsas doctrinas? "Es tiempo de que comience el juicio por la casa de Dios. Y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no creen en el Evangelio? Y si el justo con dificultad se salva, ¿dónde aparecerán el impío y el pecador?" (I Pedro IV, 17, 18). Ciertamente es justo quien en el día del juicio apenas se salva. Pero se salvaría fácilmente si no tuviera en sí ninguna mancha. Por tanto, es justo en cuanto florece en muchas virtudes, y apenas se salva en cuanto en algunas cosas necesita la misericordia de Dios.

6. Perturbaciones del género humano.---Hay cuatro perturbaciones que afligen al género humano, dos del presente, y dos del futuro: dos de los buenos, y dos de los malos. La tristeza, que en griego se llama λύπη, y la alegría, que ellos llaman χάραν ο ήδονήν, aunque ήδονή se dice placer por muchos: una es del mal, la otra del bien. Y excedemos la medida si nos alegramos por cosas que no debemos, riquezas, poder, honores; la infelicidad de los enemigos, o sus muertes: o al contrario, si nos afligimos por los males presentes,

adversidades, exilios, pobreza, enfermedad, y muertes de los parientes, lo que el apóstol prohíbe que se haga; y de nuevo si deseamos lo que consideramos bueno, herencias, honores, prosperidades de todas las cosas, y la salud de los cuerpos, y otras cosas cuya presencia nos da alegría: y tememos aquellas que consideramos adversas; de las cuales, según los estoicos, Zenón y Crisipo, es posible carecer completamente: pero según los peripatéticos es difícil e imposible: a esta sentencia se adhiere toda la autoridad de las escrituras sagradas. Por eso también Josefo, escritor de la historia de los Macabeos, dijo que las perturbaciones del alma pueden ser controladas y gobernadas, no erradicadas, y los cinco libros de las Cuestiones Tusculanas de Cicerón están llenos de estas disputas. Porque, según el apóstol, la fragilidad del cuerpo lucha contra nosotros, y las maldades espirituales en los lugares celestiales (Efes. VI, 12). Son manifiestas, dice el mismo, las obras de la carne y las obras del espíritu, y estas se oponen entre sí (Gál. V, 19), para que no hagamos lo que queremos. Si no hacemos lo que queremos, sino que hacemos lo que no queremos, ¿cómo decís que el hombre puede estar sin pecado, si quiere? He aquí el apóstol, y todos los creyentes, no pueden cumplir lo que quieren. La caridad cubre multitud de pecados (I Pedro IV, 8), no tanto de los pasados como de los presentes, para que, permaneciendo la caridad de Dios en nosotros, no pequemos más. Por eso se dice de la mujer pecadora: "Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho" (Luc. VII, 47). De lo cual entendemos que no es solo de nuestro poder hacer lo que queremos, sino también de la clemencia de Dios, si ayuda a nuestra voluntad (I Juan I).

7. Dios solo es inmortal, sabio, perfecto, por naturaleza.---Dios es llamado luz, y en él no hay tinieblas. Cuando dice que no hay tinieblas en la luz de Dios, muestra que todas las demás luces están manchadas por alguna suciedad. De hecho, también los apóstoles son llamados luz del mundo. Pero no está escrito que en la luz de los apóstoles no haya tinieblas. Y de Juan se escribe: "Este vino como testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino para dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo" (Juan I, 7, 8). Por eso también está escrito de él: "El que solo tiene inmortalidad, y habita en luz inaccesible" (I Tim. VI, 16). Y ciertamente leemos que los ángeles son inmortales, los tronos y dominaciones, y las demás virtudes. Pero solo Dios es inmortal, porque no es por gracia, como los demás, sino por naturaleza. Por esta razón el mismo apóstol escribe (Rom. XVI), que solo Dios es sabio, aunque Salomón, y muchos otros santos son llamados sabios, y se dice según el hebreo al príncipe de Tiro: "Eres más sabio que Daniel" (Ezequiel XXVIII, 3). ¿Cómo entonces se le llama solo luz, solo inmortal, y solo sabio, cuando hay muchos inmortales, y luces, y sabios; así la perfección del hombre no viene de la naturaleza, sino de la gracia, demostrando imperfectos a aquellos que parecen ser perfectos. Pero lo que está escrito: "Y la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado" (I Juan I, 7), debe entenderse tanto en la confesión del bautismo como en la clemencia del arrepentimiento. Pero una cosa es ser limpiado por Dios, otra es estar sin vicio por sí mismo. Porque si según Job: "La luna no resplandece, y las estrellas no son puras a sus ojos, ¿cuánto menos el hombre, que es podredumbre, y el hijo del hombre, que es un gusano?" (Job XXV, 5, 6). Porque toda boca se cierra, y todo el mundo es culpable ante Dios: "Porque por las obras de la ley no se justificará toda carne ante él" (Rom. III, 19, 20). Y no hay diferencia de personas. Porque todos han pecado, y necesitan la gloria de Dios: justificados gratuitamente por su gracia (Ibid., 23, 24). Pero si escribe: "Pensamos que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley, ya que hay un solo Dios, que justifica la circuncisión por la ley, y la incircuncisión por la fe" (Ibid., 28, 30): manifiestamente muestra que la justicia no está en el mérito del hombre, sino en la gracia de Dios, que sin las obras de la ley acepta la fe de los creyentes. Por eso sigue: "El pecado no se enseñoreará de vosotros. ¿Por qué? Porque no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia" (Rom. VI, 14). Porque no es del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia (Rom. IX, 16). Por eso

también las naciones que no seguían la justicia, alcanzaron la justicia, pero la justicia que es por la fe. Israel, sin embargo, siguiendo la ley de justicia, no llegó a la ley de justicia, porque no era por fe, sino por obras. Tropezaron en la piedra de tropiezo (Ibid., 30, ss.). Porque el fin de la ley es Cristo para justicia a todo el que cree (Rom. X, 4).

8. De las Epístolas del Apóstol.---Casi todas las Epístolas del Apóstol tienen este principio: "Gracia a vosotros y paz de Dios Padre y de Cristo Jesús nuestro Señor" (I Cor. I, 3), y se cierran con un final similar. También se escribe a los Corintios: "Para que no os falte ningún don, esperando la revelación de nuestro Señor Jesucristo, quien también os confirmará hasta el fin sin culpa en el día de nuestro Señor Jesucristo" (Ibid., 7, 8). Aunque no nos falte ningún don, sin embargo, esperamos la revelación de nuestro Señor Jesucristo, quien entonces nos confirmará en todo, y nos mostrará sin culpa, cuando llegue el día de nuestro Señor Jesucristo y el fin del mundo, para que no se gloríe toda carne en su presencia. Pablo plantó, Apolo regó (I Cor. II, 6), pero el Señor dio el crecimiento: por tanto, ni el que planta, ni el que riega, es algo; sino Dios, que da el crecimiento. Porque somos su labranza, su edificación. Según la gracia de Dios, como sabio arquitecto pone el fundamento. No os engaños a vosotros mismos. Si alguno entre vosotros se cree sabio en este siglo, hágase necio, para que sea sabio. Porque la sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (I Cor. III, 19). El Señor conoce los pensamientos de los hombres, que son vanos (Sal. XCIII, 11). Y de nuevo: "Porque en nada me siento culpable, pero no por esto soy justificado, porque quien me juzga es el Señor" (I Cor. IV, 4). Se dice también a vosotros, que decís estar sin pecado, ¿qué tenéis que no hayáis recibido? Y si lo habéis recibido, ¿por qué os gloriáis, como si no lo hubierais recibido? Ya estáis saciados, ya sois ricos (Ibid., 8). Y para que sepamos que no depende de nosotros, sino de todo el juicio de Dios: "Iré pronto a vosotros, si el Señor quiere" (Ibid., 19). Porque quien dice, "iré a vosotros", muestra que quiere, demuestra que desea, promete venir. Pero para hablar más cautelosamente, añade, "si el Señor quiere". Porque si alguno piensa que sabe algo, aún no sabe como debe saber.

9. Nuevamente del Apóstol.---El vaso de elección, abatido por la humildad, más bien habla con la conciencia de su fragilidad: Yo soy el menor de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios; pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia en mí no fue en vano; sino que trabajé más que todos ellos, no yo, sino la gracia de Dios que está conmigo (I Cor. I, 9, 10). Dice que trabajó más que todos los Apóstoles, y de inmediato refiere su trabajo a la ayuda de Dios: No yo, dice, sino la gracia de Dios que está conmigo (II Cor. III, 4); como también en otro lugar dice: Tenemos tal confianza por Cristo Jesús hacia Dios, no porque seamos suficientes por nosotros mismos para pensar algo, como de nosotros mismos: sino que nuestra suficiencia es de Dios, quien también nos hizo dignos ministros del nuevo Testamento (II Cor. III, 4-6). Porque el hombre no se justifica por las obras de la ley, sino por la fe en Jesucristo. De donde infiere: Y nosotros hemos creído en Jesucristo, para que seamos justificados por la fe de Cristo, y no por las obras de la ley, porque por las obras de la ley no se justificará toda carne (Gal. II, 16). Porque si la justicia es por la ley, entonces Cristo murió en vano (Ibid., 21). En la ley hay maldición; porque está escrito, Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas que están escritas en el libro de la Ley, para hacerlas. Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición (Gal. III, 10, 13). Porque si se hubiera dado una ley que pudiera vivificar, verdaderamente la justicia sería por la ley. Pero la Escritura encerró todo bajo pecado, para que la promesa por la fe en Jesucristo se diera a los creyentes. La ley, por tanto, fue nuestro pedagogo en Cristo, para que seamos justificados por la fe (Ibid., 21-24). De donde añade, y en un solo versículo lo comprende todo, diciendo: Habéis sido separados de Cristo, vosotros que os justificáis en la ley, habéis caído de la gracia (Galat. V, 4).

10. Que nadie ha cumplido la ley.---Recorro todo esto para mostrar que nadie ha cumplido la ley, y por la ley todos los mandamientos que se contienen en la ley. Porque es Dios quien obra en nosotros, tanto el querer como el hacer. El Apóstol trabaja (Filip. II), y según la justicia que está en la ley, sin queja se ha comportado, y todo lo considera basura por Cristo, para ser hallado en Cristo, no teniendo su propia justicia, que es de la ley, sino la que es por la fe de Cristo de Dios. De donde escribe a los Tesalonicenses: Fiel es el Señor, que los guardará y los protegerá del mal (II Tes. III, 3). Por lo tanto, no por el poder del libre albedrío, sino por la clemencia de Dios somos conservados. Y para que no pienses que con argumentos vanos, que mueven cuestiones a los oyentes, se puede subvertir la verdad de la fe, el mismo Apóstol escribe a Timoteo: Oh Timoteo, guarda el depósito, evitando las profanas novedades de palabras y las contradicciones de la falsa ciencia, la cual algunos prometiendo, erraron en cuanto a la fe (II Tim. I, 13, 14). Porque la bondad y misericordia de nuestro Salvador, no por obras de justicia que hayamos hecho, sino según su misericordia nos salvó, para que justificados por su gracia, seamos herederos según la esperanza de la vida eterna (Tit. III, 5, 6). Esto brevemente lo hemos recogido como de un amplísimo y bellísimo prado de doctrina Apostólica, para que la impudencia de la frente dura sea quebrantada.

11. De los preceptos del Evangelio.---Pasemos a los Evangelios, y completemos los destellos apostólicos con la clarísima lámpara de Cristo. Todo aquel, dice, que se enoja con su hermano sin causa, será reo de juicio. Pero el que diga RACA (que se interpreta vano y sin cerebro) será reo del concilio: sin duda del senado de los Santos y de los Ángeles. Pero el que diga fatuo, será reo del fuego del infierno (Mat. V, 22). ¿Quién de nosotros puede no estar sujeto a este vicio, cuando incluso por una palabra ociosa daremos cuenta en el día del juicio? Si la ira y la injuria del discurso y a veces la broma se delegan al juicio, al concilio y a los fuegos del infierno; ¿qué merecerá el apetito de cosas torpes y la avaricia, que es la raíz de todos los males? Si, dice, ofreces tu don en el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu don ante el altar, y ve primero, reconcílate con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu ofrenda (Mat. V, 23, 24). Está en mi poder no tener algo contra mi hermano. Pero que él tenga o no algo contra mí, depende de su voluntad. ¿Qué haré entonces, si él no quiere reconciliarse? ¿Le suplico? ¿Doblo las rodillas? Pero despreciará escuchar. ¿O lo arrastro a la fuerza al derecho de la amistad? ¿Y qué mayor enemistad hay que unir amistades por necesidad? Porque no dijo: Ruega para que se reconcilie contigo; sino, Reconcílate primero con tu hermano, y así ofrecerás tu ofrenda en el altar. No porque Dios haya mandado cosas imposibles; sino que ha ascendido a tal cumbre de paciencia, que parece haber mandado cosas casi imposibles por su extrema dificultad (Mat. XVIII, y Marc. IX): para destruir tu sentencia, en la que escribes, que los mandamientos de Dios son fáciles. Se nos manda cortar la mano, el ojo y el pie que escandalizan. Aunque se diga por tropología, por los más amigos, y por los consanguíneos, y unidos a nosotros por amor fraternal y conyugal; ¿creemos fácil cortar de repente tan gran amor por algunas ofensas? Y lo que se dice: Que vuestro discurso sea sí, sí, no, no, lo que es más de esto, de mal procede (Mat. V, 37): tal vez de vuestra escuela se encuentre quien nunca haya mentido, ni haya oído aquello profético y apostólico, Yo dije en mi exceso de mente, Todo hombre es mentiroso (Sal. CXV, 2), y no sepa que está escrito en otro lugar: La boca que miente, mata el alma (Sab. I, 11). Al que te golpea en la mejilla, se nos manda ofrecer la otra. Al que te quita la túnica, también se le debe conceder el manto. Al que te obliga a ir mil pasos, se le deben ofrecer dos mil. Al que te pide, da, y al que quiere tomar de ti prestado, no le vuelvas la espalda (Luc. VI, 30). Si tengo dos monedas, y otro las pide, o se las doy a él, y tendré que mendigar, o si no se las doy, seré hallado transgresor de la ley. Pero lo que se dice: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian (Ibid., 27, 28): tal vez se

encuentre en vuestro grupo, entre nosotros es un ave rara. Los que confiesen sus pecados simplemente, merecen por su humildad la clemencia del Salvador: y lo que sigue, Guardaos de hacer vuestra justicia, es decir, vuestra limosna, delante de los hombres, para ser vistos por ellos (Mat. VI, 1): no sé quién pueda cumplirlo. Para dar un trozo de pan y dos monedas se contrata un pregonero, y extendiendo la mano, miramos aquí y allá, que si nadie lo ve, se hace más retraído. Supongamos que se encuentra uno de mil que no haga esto.

12. Insiste en los mismos preceptos.---Responde, te ruego, ¿dónde están los mandamientos fáciles? No os preocupéis, dice, por el día de mañana. Porque el día de mañana se preocupará de sí mismo. Basta a cada día su propio mal (Ibid., 34). ¿Vosotros no pensáis en el mañana, y como las aves os contentáis con lo presente? cuyas cartas de papiro vuelan más allá de los ríos de Etiopía, para que entre monos y pavos, se envíen nuevos dones de Ofir a Salomón. ¿Quieres oír la facilidad de los preceptos de Dios? escucha lo que se dice: ¡Cuán estrecho es el camino y angosta la puerta que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan! (Mat. VII, 14). No dijo, los que caminan por ella: esto es difícilísimo, sino los que la hallan. Porque pocos la hallan, y muchos menos caminan por ella. El Hijo del hombre, dice, no tiene dónde reclinar su cabeza (Luc. IX, 58), quien dice en Isaías, Recibid al cansado, y este es mi descanso (Is. XXVIII, 12). Si no tiene dónde reclinar su cabeza, y dónde descansar, diciendo en otro lugar: ¿Sobre quién descansaré sino sobre el humilde, y el tranquilo, y el que tiembla ante mis palabras? (Is. LXVI, 2): ¿dónde está la facilidad de los mandamientos? Muchos toman lo que está escrito: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento (Mat. IX, 19), simplemente, según aquel sentido: No necesitan médico los sanos, sino los que están mal (Marc. II, 16). Otros lo interpretan más forzadamente. No he venido a llamar a justos (Marc. II, 17, y Luc. V, 31), pues ninguno es justo en perfección, sino en alguna parte pecador; sino a pecadores, de los cuales el mundo está lleno, diciendo David: Sálvame, Señor, porque ha desaparecido el santo, y se han corrompido, y se han hecho abominables en sus invenciones. Todos se han desviado, se han hecho inútiles, no hay quien haga el bien, no hay ni uno solo (Sal. XIII, 2, 3). No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestras bolsas, ni alforja para el camino, ni pan, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón (Mat. X, 9). Esto, dirás, son preceptos apostólicos. Y ciertamente se narra que el apóstol Pedro tenía sandalias, diciéndole el ángel: Ciñete, y calza tus sandalias (Hech. XII, 8). Pero dos túnicas, para no hablar de las demás cosas, creo que tanto yo como tú las poseemos, si es que no tenemos más. Digo esto, y lo repetiré una y otra vez, para que te avergüences de tu sentencia, que los mandamientos de Dios son fáciles.

13. Nuevamente del Evangelio.---El hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo, y se levantarán los hijos contra los padres, y los matarán. Y seréis, dice, odiados por todos los hombres por causa de mi nombre (Mat. X, 22). Y porque había mandado cosas fáciles, y sabía que fácilmente se podían cumplir, por eso, para mostrar la facilidad de la cosa, añadió diciendo: El que persevere hasta el fin, éste será salvo (Mat. X, 22). No he venido, dice, a traer paz a la tierra, sino espada. He venido a dividir al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra (Ibid., 34). Y para no hacer más larga la sentencia recorriendo todo, lo comprendió todo en una sola frase, diciendo: Los enemigos del hombre serán los de su propia casa (Ibid., 36). Y después de haber puesto: El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; y el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí (Ibid., 37), por la facilidad de los preceptos añadió: Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí (Ibid., 38, y Luc. IV, 27). La cruz de Cristo es fácil; ir desnudo tras Cristo, es un juego, es una broma. ¿Y dónde están las recompensas que se buscan, superada la dificultad? No se recogen las cizañas en este siglo presente, para que no se arranque también el trigo. La pala del Señor se reserva para el juicio futuro, cuando los justos

brillarán como el sol, y saldrán los ángeles, y separarán a los malos de entre los justos. Pedro se hunde, y merece oír: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? (Mat. XIV, 31). Si en él hay poca fe, no sé en quién habrá gran fe. Del corazón, dice, salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias. Estas son las cosas que contaminan al hombre (Mat. XV, 19). Que salga quien testifique que en su corazón no hay estas cosas, y confesaré plena justicia en este cuerpo mortal. El que quiera, dice, salvar su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la salvará (Mat. XII, 25). ¿Digo de nuevo: son estos mandamientos fáciles? Ay del mundo por los escándalos, porque es necesario que vengan escándalos (Mat. XVIII, 7). Y por eso en otro lugar está escrito: En muchas cosas ofendemos, o erramos, todos (Jac. III, 2). No puso pocos pecados, sino muchos, ni de algunos, sino de todos: Porque todos buscan lo suyo propio, no lo que es de Dios (Filip. II, 21). Uno es bueno, Dios, y la bondad del maestro como hombre se rechaza. El más docto en la Ley dice haber hecho todo, por lo cual es amado por el Señor; y sin embargo no tiene plena justicia, porque no quiso distribuir su sustancia a los pobres. De donde se compara dificultad con dificultad, más bien imposibilidad con imposibilidad, porque ni el camello puede pasar por el ojo de una aguja, ni los ricos llegar al reino de los cielos. ¿Quién de nosotros no lava el exterior del vaso y del plato, y tiene el interior no manchado de suciedad? ¿Quién puede evitar la semejanza de los sepulcros blanqueados por fuera; para que no nos diga Jesús: Por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad (Mat. XXIII, 1)? Aunque podamos carecer de otros vicios, no tener la mancha de la hipocresía es de pocos, o de ninguno.

14. Del ejemplo de Cristo el Señor y de los Apóstoles.---Padre, dice, si es posible, pase de mí este cáliz. Sin embargo, no como yo quiero, sino como tú (Mat. XXVI, 39). El Hijo de Dios que dijo, y fueron hechas, mandó y fueron creadas todas las cosas (Sal. CXLVIII, 5), según lo que se dice Hijo del hombre, modera la sentencia: Padre, si es posible; sin embargo, no como yo quiero, sino como tú (Mat. XXVI, 40): y mi Critobulus con ceño fruncido dice, El hombre puede estar sin pecado si quiere. Los Apóstoles oyen: ¿Así que no pudisteis velar una hora conmigo? (Marc. XIV, 37). No dijo, no quisisteis, sino, no pudisteis. Los Apóstoles no pueden velar una hora, vencidos por el sueño, la tristeza y la fragilidad de la carne, ¿y tú puedes por largo tiempo superar todos los pecados a la vez? El evangelista Marcos escribe del Señor: Y no podía allí hacer ni una sola obra poderosa, salvo que puso las manos sobre unos pocos enfermos y los sanó, y se maravillaba por la incredulidad de ellos (Marc. VI, 5). Se dice que el Señor no pudo hacer en Nazaret ni una sola obra poderosa, y se retiene por el asombro de la incredulidad ajena: y vosotros podéis hacer todo lo que queréis. Finalmente, en lo siguiente se escribe: Se fue a los confines de Tiro y Sidón, y entrando en una casa, no quería que nadie lo supiera, y no pudo ocultarse (Marc. VII, 24). Verdaderamente deseaba ocultarse, y lo que deseaba, ¿por qué no podía hacerlo, para evitar la conciencia de todos en su llegada? ¿Buscas las causas por las que no pudo ocultarse? Considera la verdad del hombre asumido, y te librarás de todo escándalo. Si se narra que el Hijo de Dios no pudo hacer algo en la carne y por la carne, nosotros que somos totalmente carnales, y diariamente luchamos contra las obras del espíritu, ¿haremos todo lo que queremos contra la sentencia del Apóstol? El apóstol Pedro quiere hacer tres tiendas en el monte, una para el Señor, otra para Moisés, y otra para Elías, sin saber lo que dice, aterrorizado por el miedo: ¿y nosotros eructamos la soberbia de la filosofía pitagórica? Sobre el día y la hora de la consumación final, respondió que ni los ángeles del cielo, ni el Hijo lo saben, ¿y nosotros prometemos pleno conocimiento? La debilidad de la carne se alegraba con el habitante Dios, y sin embargo no pudo exceder la medida de su fragilidad, para que no se creyera que el Hijo de Dios, según los antiguos herejes, era el Hijo del hombre solo en apariencia. Dejando a los Apóstoles por un momento, cayó en tierra postrado, y oraba diciendo: Padre, si es posible

(Mat. XXVI, 39). ¿Por qué, te pregunto, expresaba la sentencia ambiguamente, quien en otro lugar había dicho, Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Mat. XIX, 26; Marc. X, 27; Luc. XVIII, 27)? Pero el hombre que iba a sufrir, habla con palabras de hombre. Él dice: Si es posible, pase una hora. Tú dices, es posible evitar los pecados en todo momento.

15. De otras historias en el Evangelio.---En algunos ejemplares y principalmente en códices griegos, según Marcos al final de su Evangelio se escribe: Después, cuando estaban reclinados los once, Jesús se les apareció y les reprochó su incredulidad y dureza de corazón, porque no creyeron a quienes lo habían visto resucitado (Marcos XVI, 14). Y ellos respondían diciendo: Este siglo es la sustancia de la iniquidad y la incredulidad, que no permite que se aprehenda la verdadera virtud de Dios por los espíritus inmundos: por eso ahora revela tu justicia (1 Juan V, 19). Si contradicen esto, ciertamente no se atreverán a negar aquello: El mundo está puesto en el maligno (Ibid.): y que Satanás se atrevió a tentar a su Señor, y vencido y confundido se retiró, hasta el tiempo, por supuesto, de la pasión. Él es tentado, y el sucesor de Joviniano se atreve a decir: Que aquellos que han recibido el bautismo con plena fe, no pueden ser tentados; más bien con otras palabras: Que un hombre bautizado, si no quiere, de ninguna manera puede pecar más. Zacarías, justo, escucha del Ángel: Porque no creíste a mis palabras, quedarás mudo y no podrás hablar hasta el día de su nacimiento (Lucas I, 20). El padre del lunático habla de los Apóstoles: Rogué a tus discípulos que lo expulsaran, es decir, al demonio, y no pudieron (Mateo XVII, 15). Y los mismos discípulos preguntan al Salvador: ¿Por qué no pudimos expulsarlo? Y escuchan: Por vuestra incredulidad. ¿Por qué, pregunto? porque todo poder se reservaba al Señor. Entró el pensamiento en los Apóstoles, quién de ellos sería el mayor, y son corregidos por la doctrina del Salvador, mientras el menor es reconocido como el mayor, y la humildad se transforma en grandeza. No es recibido por la ciudad de los samaritanos, porque su rostro era de quien iba a Jerusalén. Santiago y Juan, verdaderos hijos del trueno, y ardientes con el celo de Finees y Elías, desean hacer descender fuego del cielo, y son reprendidos por el Señor: quienes ciertamente no serían reprendidos si quisieran tales cosas sin error. Iban con él los pueblos, es decir, con el Señor, quien volviéndose dijo: Si alguno viene a mí, y no odia a su padre, y a su madre, y a su esposa, y a sus hijos, y a sus hermanos y hermanas, y aun su propia alma, no puede ser mi discípulo (Lucas XIV, 26). Y, Quien no lleva su cruz y me sigue, no puede ser mi discípulo (Ibid., 27). Y en este lugar proclamaré temerariamente: ¿Puede el hombre, si quiere, evitar todos los pecados; pues sus mandamientos son fáciles? Quienes merecen escuchar del Señor Salvador: Vosotros sois los que os justificáis a vosotros mismos delante de los hombres, pero Dios conoce vuestros corazones, porque lo que es elevado entre los hombres, es abominable delante de Dios (Lucas XVI, 15). Es imposible, dice, que no vengan escándalos (Lucas XVII, 1). Creo que el pecado es un escándalo, que viene por el escándalo. Si no me equivoco, σκῶλον y σκάνδαλον entre los griegos tomaron su nombre de ofensa y ruina. Por eso en muchas cosas todos ofendemos (Santiago III, 2). Haz que no caiga, ciertamente ofendí, y no en una, sino en muchas. Considero que ofender en algo es pecado. Dijeron al Señor los Apóstoles: Auméntanos la fe. Y él les respondió: Si tuvierais fe como un grano de mostaza (Mateo XVII, 19), que ciertamente es la más pequeña de todas las semillas; y mi Critóbulo se hincha de fe en nosotros montañas.

16. Que la impecabilidad puede ser otorgada por Dios.---Decía además, dice, una parábola para ellos, que siempre deben orar y no desmayar (Lucas XVIII, 1). En vano oramos siempre, si está en nuestro poder hacer lo que queremos. Dijeron los Apóstoles: ¿Y quién podrá salvarse? Escuchan del Señor: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios (Marcos X, 26, 27). Por lo tanto, algunas cosas que son imposibles para los hombres,

ciertamente se muestran posibles porque son posibles para Dios. Sea, pues, posible para Dios otorgar al hombre, si quiere, la impecabilidad, no por su propio mérito, sino por su clemencia, y de ninguna manera posible para los hombres por el poder del libre albedrío, que se recibe por el favor del donante. No había sido suficiente para los Apóstoles preguntar antes sobre la dignidad, quién de ellos sería el mayor, sino que en el mismo momento de necesidad y pasión se escribe de ellos: Se suscitó una contienda entre ellos, sobre quién de ellos sería el mayor (Lucas XXII, 24). Realmente un tiempo óptimo para contender sobre la dignidad con la cruz inminente. Simón, dice, Simón, mira que Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. Pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte (Ibid., 31). Y ciertamente según vosotros estaba en el poder del Apóstol, si hubiera querido, que su fe no fallara, pues al fallar, el pecado se introduce. En algunos ejemplares tanto griegos como latinos se encuentra, escribiendo Lucas: Se le apareció un ángel del cielo fortaleciéndolo (Lucas XXII, 23), sin duda al Señor Salvador. Y estando en agonía oraba más intensamente, y su sudor se convirtió en gotas de sangre que caían en la tierra (Ibid., 44). El Salvador en la pasión es fortalecido por un ángel; y mi Critóbulo no necesita la ayuda de Dios, teniendo el poder del libre albedrío: y oraba tan intensamente, que gotas de sangre brotaban de parte de él, que todo iba a ser derramado en la pasión. ¿Por qué, dice, dormís? Levantaos y orad, para que no entréis en tentación (Mateo XVI, 21). Según vosotros debió decir: ¿Por qué dormís? Levantaos y resistid, pues tenéis libre albedrío, y con el poder concedido una vez por el Señor, no necesitáis la ayuda de nadie más. Si hacéis esto, no entraréis en tentación.

17. También de la historia evangélica.---No puedo, dice, hacer nada por mí mismo, sino que como oigo, así juzgo (Juan V, 30). Los arrianos objetan calumnias, pero responde la Iglesia, que estas cosas se dicen desde la persona del hombre que fue asumido. Tú hablas al contrario; Puedo estar sin pecado, si quiero. Él no puede hacer nada por sí mismo, para indicar la verdad del hombre. Tú puedes evitar todos los pecados, para enseñar que aún en el cuerpo eres ἀντίθεος. Niega a sus hermanos y parientes ir a la fiesta de los tabernáculos; y después está escrito: Cuando sus hermanos subieron, entonces él también subió a la fiesta, no abiertamente, sino como en secreto (Juan VII, 10). Negó que iría, e hizo lo que antes había negado. Porfirio ladra, acusa de inconstancia y cambio, ignorando que todos los escándalos deben referirse a la carne. Moisés, dice, os dio la ley, y ninguno de vosotros cumple la ley, ciertamente posible, y sin embargo lo que era posible, nadie lo había cumplido, pues no es culpa del que manda, sino fragilidad del que escucha, para que todo el mundo quede sujeto a Dios. En el Evangelio según Juan se encuentra en muchos códices tanto griegos como latinos sobre la mujer adúltera, que fue acusada ante el Señor. Los escribas y fariseos la acusaban y la urgían vehementemente, deseando lapidarla según la ley. Pero Jesús inclinándose, escribía con el dedo en la tierra (Juan VIII, 6): evidentemente los pecados de quienes la acusaban, y de todos los mortales, según está escrito en el Profeta: Pero los que te abandonan, serán escritos en la tierra (Jeremías XVII, 13). Finalmente levantando la cabeza les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, sea el primero en arrojar la piedra contra ella (Juan VIII, 10). Lo que se dice sin pecado, en griego está escrito ἀναμάρτητος. Quien dice, por tanto, que es otra cosa estar sin pecado, y otra ἀναμάρτητον, o que exprese el discurso griego con una nueva palabra, o si está expresado por los latinos, como tiene la verdad de la interpretación, es evidente que ἀναμάρτητον no es otra cosa que sin pecado. Y como todos los acusadores huyeron (pues el juez clementísimo había dado espacio a su vergüenza para retirarse) y escribiendo de nuevo en la tierra, y mirando hacia abajo: comenzaron a retirarse poco a poco, y a desviar sus ojos de él: y quedó solo con la mujer, a quien Jesús habló: ¿Dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te condenó? Ella dijo: Ninguno, Señor. Jesús le respondió, ni yo te condeno. Vete, y no peques más (Juan VIII, 10, 11). El Señor mandó que no pecara más, así como también mandó otras cosas similares en la Ley. Pero si lo hizo o no, la Escritura no lo

dice. Todos, dice, los que vinieron antes de mí, fueron ladrones y salteadores (Juan X, 8). Si todos, ninguno es exceptuado. Dice, los que vinieron, no, los que fueron enviados, de quienes el Profeta dice: Ellos venían por sí mismos, y yo no los enviaba (Jeremías XVII, 12). Con esta palabra se reserva el poder solo de Cristo, quien vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron. Cuando estaba, dice, en el mundo con ellos, yo los guardaba en tu nombre, los que me diste, los guardé, y ninguno de ellos pereció, sino el hijo de perdición (Juan XVII, 12). No dijo, les di el poder del libre albedrío, para que se salvaran por su propio esfuerzo, sino, yo los guardé, yo los salvé. Finalmente añade, No pido que los quites del mundo, sino que los guardes del mal. En los Hechos de los Apóstoles está escrito (Hechos XV), entre Pablo y Bernabé por Juan, que se llamaba Marcos, surgió una disensión, de modo que se separaron; y Bernabé tomó a Marcos, y Pablo a Silas para el ministerio del Evangelio. Pablo más severo, aquel más clemente, cada uno abunda en su propio sentido. Y sin embargo, la disensión tiene algo de fragilidad humana. En el mismo volumen se lee: Pasaron por Frigia y la región de Galacia, prohibidos por el Espíritu Santo de hablar la palabra en Asia (Hechos XVI, 6): por lo cual creo que hasta hoy se encuentran muchos herejes en esa provincia que actúan contra el Espíritu Santo. Y cuando llegaron, dice, a Misia, intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu de Jesús no se lo permitió (Hechos XVI, 7). Nota que el Espíritu de Jesús es el Espíritu Santo, que en otro lugar por la unidad de sustancia, se llama el Espíritu del Padre. Quisieron hablar en Asia, y fueron prohibidos por el Espíritu Santo. Intentaron ir a Bitinia, y el Espíritu de Jesús no se lo permitió. Bastante inoportuno, si se les había dado una vez el poder del libre albedrío para hacer o no hacer.

18. Sigue: Los tiempos, dice, de la ignorancia los pasó por alto Dios, ahora manda a los hombres en todas partes que se arrepientan (Hechos XVII, 30). Significativamente demostró que los tiempos pasados en la Ley eran tiempos de ignorancia. Nuevamente dice: Iré a vosotros, si Dios quiere. ¿Por qué interponía la voluntad de Dios, si tenía el poder de su propio albedrío? Santiago Apóstol: Si alguno, dice, guarda toda la ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos (Santiago II, 10). ¿Quién de nosotros no ha pecado alguna vez en nada? Pero si ha pecado (lo cual no se puede negar) y por un pecado es culpable de todos los pecados, no se salva por sus propias fuerzas, sino por la misericordia de Dios. Si alguno no peca en palabra, este es un hombre perfecto (Santiago III, 2). Si alguna vez pecaste en palabra, ¿dónde está en ti la perfección presumida, especialmente cuando sigue: Pero ningún hombre puede domar la lengua, es un mal incontrolable, llena de veneno mortal (Ibid., 8). Te ruego que me respondas, si la lengua es un mal incontrolable, y llena de veneno mortal, y nadie puede domar la lengua de los mortales, y eres culpable de tan gran crimen, ¿dónde está la huida perpetua de los pecados?

19. Persigue lo mismo---¿De dónde vienen las guerras y las peleas entre vosotros? ¿No es de las pasiones que combaten en vuestros miembros? O no tenéis miembros humanos, o si el hombre no puede estar sin miembros, confesad que la pasión y la lujuria combaten en vuestros miembros. David, que dijo confiadamente: Pruébame, Señor, y examíname, quema mis riñones y mi corazón, porque tu misericordia está delante de mis ojos, y me he complacido en tu verdad (Salmo XXV, 2, 3). Y de nuevo: Pero yo he entrado en mi inocencia; y, Mi pie ha estado en el camino recto (Ibid., 11), aunque la verdad del juicio de Dios se mitigaba con misericordia, sin embargo, porque se atrevió a decir esto, se le deja un poco a su fragilidad, y como vosotros decís, a la libertad del albedrío, y al caer en adulterio, se desliza en homicidio, después dice: Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia. Y según la multitud de tus misericordias, borra mi iniquidad (Salmo L, 1, 2). Y no digo esto para acusar al hombre santo, de quien está escrito que hizo todas las voluntades de Dios; sino que compensó estos vicios con muchas otras cosas buenas, y fue salvado por la misericordia

de Dios, cuyo juicio es en pesos, y a quien Asaf habla: Nos alimentará con pan de lágrimas, y nos dará a beber lágrimas en abundancia (Salmo LXXIX, 6). Porque el Señor no es injusto, para condenar solo los pecados, y no recordar las obras buenas. Por eso en otro lugar el mismo David canta: Yo dije en mi abundancia, no seré movido para siempre: Señor, en tu voluntad has dado fuerza a mi belleza. Apartaste tu rostro de mí, y quedé turbado (Salmo XXIX, 7, 8). Porque dije que confesaré mi injusticia al Señor, y tú perdonaste la impiedad de mi pecado (Salmo XXXI, 5). Y al justo se le ordena: Encomienda al Señor tu camino, y confía en él, y él lo hará. Y sacará a la luz tu justicia, y tu juicio como el mediodía (Salmo XXXVI, 5, 6). Porque la salvación de los justos es del Señor (Ibid., 39), porque no hay sanidad en su carne a causa de su ira. Y diariamente según el Apóstol que dijo: Porque no habita en mi carne el bien (Romanos VII, 18), gimen diciendo, Mis riñones están llenos de ilusiones, y no hay sanidad en mi carne (Salmo XXXVII, 8). Porque ha hecho breves nuestros días, y nuestra sustancia es como nada ante él. Toda vanidad es todo hombre viviente (Salmo XXXVIII, 6), ya sea viviendo en el cuerpo, o viviendo en virtudes, y sin embargo todo es vanidad. Porque fluctúa en un estado incierto, y mientras no teme, sufre tormenta en calma. Porque cuando estaba en honor, no entendió, fue comparado con las bestias insensatas, y se hizo semejante a ellas. Por nada, dice, los salvará (Salmo LV, 8), sin duda a los justos, que no se salvan por su propio mérito, sino por la clemencia de Dios. Y mis delitos no están ocultos de ti (Salmo LXVIII, 6). Esto se dice desde la persona de Cristo. Si él que no cometió pecado, ni se halló engaño en su boca, sufrió por nosotros, y llevó nuestros pecados, ¿cuánto más debemos confesar nuestros vicios? Mi alma, dice, se niega a ser consolada (Salmo LXXVI, 3), considerando los delitos que había cometido. Recordé a Dios, y me alegré (Ibid., 4), pensando que sería conservado por su clemencia. De noche meditaba con mi corazón, y escudriñaba mi espíritu. Y dije ahora comienzo, este es el cambio de la diestra del Altísimo (Ibid., 7). Es la voz del justo, que después de la meditación del sueño, y las cruces de la conciencia, finalmente dice: Ahora comienzo, ya sea a hacer penitencia, o a entrar en el umbral del conocimiento, y este mismo cambio de lo bueno a lo mejor, no es de mis fuerzas, sino de la diestra y poder de Dios.

20. Potentia Dei está dotada.---En la eternidad se edificará la misericordia (Sal. LXXXVIII, 3). No hay tiempo en el que no se edifique la misericordia en cada uno de los Santos, y en aquellos que pasan de los pecados a las virtudes. ¿Quién de nosotros podrá liberarse de la flecha que vuela de día, del negocio que camina en las tinieblas (Sal. XC, 6)? Pues los pecadores han tensado el arco para disparar en la oscuridad a los rectos de corazón (Sal. X, 3). No quieren herir a los perversos, sino a los rectos de corazón. La flecha vuela de día, a través de los herejes en la inteligencia de las Sagradas Escrituras. El negocio camina en la oscuridad y la noche, a través de los filósofos, que desean envolver la verdad en la oscuridad de sus discursos. Plantados en la casa del Señor, florecerán en los atrios de nuestro Dios (Sal. XCI, 14). Plantados en la casa del Señor, son justos, confirmados en la Iglesia. Pero estos no florecerán en el presente, sino en el futuro en los atrios del Señor, donde hay una posesión segura y cierta. Misericordioso y compasivo es el Señor, paciente y de gran misericordia (Sal. CII, 8). El Señor es suave con todos, y su misericordia está sobre todas sus obras (Sal. CXLIV, 9). ¿Escuchas tantas misericordias y te atreves a confiar en tu propia virtud? Que todas tus obras te confiesen, Señor (Ibid., 10). Si entre todas las obras de Dios están los hombres, entonces todos los hombres deben confesar sus pecados. Leemos en Samuel lo dicho sobre Salomón: Él edificará una casa para mi nombre, y afirmaré su reino para siempre. Yo seré para él un padre, y él será para mí un hijo (II Sam. VII, 14). Y de nuevo: Si actúa inicua, lo corregiré con vara de hombres, pero no apartaré de él mi misericordia (Ibid., 19). Cuando David dio gracias a Dios, al final añadió: Y esta es la ley del hombre: Señor

Dios, siempre mira a tu clemencia, y sostiene la debilidad de la carne con ayuda divina. ¿Qué tengo yo contigo, hijos de Sarvia? Que maldiga Semei. El Señor le ha ordenado que maldiga a David. ¿Y quién le responderá por qué has hecho esto (II Sam. XVI, 10)? Pues la voluntad de Dios no debe ser discutida, sino soportada con acción de gracias. Y en otro lugar: El Señor mandó que se disipara el buen consejo de Ajitofel, para traer el mal sobre Absalón (III Reg. XVII, 14), cuyo consejo ciertamente era como el consejo de Dios. ¿Y por qué razón el poder del libre albedrío fue subvertido por un poder mayor? Jeroboam, que hizo pecar a Israel, es reprendido por haber dejado el mandamiento del Señor, y se le dice: Te di el reino de la casa de David y no fuiste como mi siervo David, que guardó mis mandamientos, y anduvo tras de mí con todo su corazón, e hizo lo que era agradable ante mis ojos (III Reg. XIV, 8). Por lo tanto, los mandamientos de Dios son posibles, los cuales sabemos que David cumplió, y sin embargo, los Santos se cansan de la perpetuidad de la justicia.

21. Muchos Padres conservados por mérito.---Leemos en muchos reyes de la estirpe de David, que no por su propio mérito, sino por las virtudes del padre David fueron conservados, quien hizo lo que era agradable ante Dios. Y se llega al rey Asa de Judá, de quien está escrito: Asa hizo lo recto ante los ojos del Señor, como David su padre (III Reg. XIII, 21). Y aunque la historia se detuvo en muchas alabanzas tuyas, al final añadió: Pero no quitó los lugares altos. Sin embargo, su corazón era perfecto con Dios todos los días de su vida (Ibid., 14). He aquí que también se le llama justo, ya que su corazón era perfecto con Dios, y sin embargo, erró en esto, que no quitó los lugares altos, que leemos que Ezequías y Josías quitaron. Elías, en cuyo espíritu y poder vino Juan el Bautista, a cuya imprecación descendió fuego del cielo, y las aguas del Jordán se dividieron, temió a Jezabel, y huyó, y cansado en el desierto se sentó bajo un árbol, y angustiado, pidió la muerte, diciendo: Basta ya, Señor, toma mi vida, pues no soy mejor que mis padres (III Reg. XIX, 4). ¿Quién puede negar que este es justo? Y sin embargo, no diré que temer a una mujer, sino a un hombre, desciende de la perturbación del ánimo, que no puede carecer de vicio, como dice David: El Señor es mi ayudador, no temeré lo que me pueda hacer el hombre (Sal. LV, 11, y CXVII, 6). Del rey Josafat de Judá está escrito: Y el Señor estuvo con Josafat, que anduvo en los caminos de David su padre en sus primeros tiempos (II Paral. XVII, 3). De lo cual se entiende que tuvo las primeras justicias de David, y no tuvo los últimos pecados. No esperó, dice, en Baalim, sino en el Dios de su padre, y anduvo en sus mandamientos, y no según los pecados de Israel. Y el Señor confirmó el reino en su mano y dio a todo Judá dones a Josafat, y se le hicieron infinitas riquezas y gloria (Ibid., 3 ss.). Y cuando su corazón se llenó de audacia por los caminos del Señor, también quitó los lugares altos y los bosques de Judá. Este se unió por afinidad con el impiísimo rey Acab. Y cuando regresaba a Jerusalén después de la batalla, le salió al encuentro Jehú, hijo de Hanani, y le dijo: ¿Das ayuda al impío, y te unes en amistad con los que odian al Señor? Por eso merecías la ira del Señor, pero se encontraron buenas obras en ti, porque quitaste los bosques de la tierra de Judá, y preparaste tu corazón para buscar al Señor (II Paral. XIX, 2, 3). Y para que no pensemos que las justicias pasadas fueron borradas por este pecado y la reprensión profética, después está escrito sobre Ocozías de su estirpe que Jehú lo encontró escondido en Samaria, lo llevó y lo mató: Y lo sepultaron, dice, porque era hijo de Josafat, que había buscado al Señor con todo su corazón (IV Reg. IX, 28). De Ezequías está escrito: Hizo lo recto ante los ojos del Señor, conforme a todo lo que había hecho David su padre. Este quitó los lugares altos, rompió las estatuas, y quemó el bosque, y rompió la serpiente de bronce que había hecho Moisés (IV Reg. XVIII, 3, 4). Y de nuevo, Confío en el Señor Dios de Israel, y después de él no hubo otro semejante en todos los reyes de Judá, que fueron antes de él. Se adhirió al Señor, y no se apartó de él, y guardó sus mandamientos, que el Señor mandó a Moisés, y el Señor estaba con él, y en todo lo que emprendía, actuaba sabiamente (Ibid., 5, 6). Y cuando el rey de Asiria, Senaquerib, tomó

todas las ciudades de Judá, Ezequías le envió desde Laquis diciendo: He pecado, apártate de mí, lo que me impongas, lo daré. Y el rey de Asiria impuso a Ezequías trescientos talentos de plata y treinta talentos de oro: y Ezequías dio todo el dinero que se encontró en la casa del Señor y en los tesoros de la casa del rey. En ese tiempo cortó las puertas del templo del Señor, y los escudos que había dorado, y todo lo dio al rey de Asiria (Ibid., 14). Y aunque se dicen tantas cosas de él, no temió, por necesidad, ofrecer al rey de Asiria lo que había consagrado al Señor, y se le dice: Yo protegeré esta ciudad por mí mismo, y por David mi siervo (IV Reg. XX, 6); no por ti, porque hiciste lo anterior, cuando ciento ochenta y cinco mil del ejército de Asiria fueron abatidos por el ángel.

22. Ejemplos de los reyes Ezequías y Josías.---También debe observarse con más atención lo que la Escritura menciona: Ezequías enfermó de muerte, y vino a él Isaías, hijo de Amós, diciendo: Ordena tu casa, porque morirás. Y él volvió su rostro hacia la pared, y oró al Señor diciendo: Te ruego, Señor, recuerda cómo he andado delante de ti, en verdad y con corazón perfecto, y he hecho lo bueno ante tus ojos. Y Ezequías lloró con gran llanto (IV Reg. XX, 1 ss). Ciertamente Ezequías era justo y de corazón perfecto. Iba a ir al Señor, no debía llorar. ¿Buscas la razón de sus lágrimas? Si consideras al hombre, no te sorprenderás de las causas del dolor. Pues nadie va sin temor al juicio del Señor, teniendo conciencia de sus pecados. Y cuando lloró, la palabra del Señor vino a Isaías el profeta, diciendo: Vuelve, y di a Ezequías, mi líder (Ibid., 5). Se le llama líder de Dios, a quien se le había anunciado la muerte, porque fue postrado por la humildad: Así dice el Señor Dios de David tu padre: He oído tu oración, y he visto tus lágrimas. Se le añade tiempo de vida, y es liberado de las manos de los asirios; y sin embargo, pide una señal para creer que es verdad lo que Dios ha prometido, lo cual es al menos un indicio de poca fe. También el rey de Babilonia envió mensajeros y legados para felicitarlo por la restauración de su salud corporal: y él les mostró todos los tesoros de los aromas, así como el oro y la plata, y la vajilla. No hubo cosa, dice, que Ezequías no les mostrara en la casa del Señor, y en todo su poder (Is. XXXIX, 2). De lo cual entendemos que también se mostraron a los legados los vasos del templo de Babilonia. Por lo cual se enciende la ira del Señor, y después por la profecía de Isaías se entera: De tus hijos serán eunucos, y todos los vasos del templo serán llevados a Babilonia. Por esta causa también está escrito en el libro de los Días: Ezequías cayó por la soberbia de su corazón (II Paral. XXXII, 25). Ciertamente nadie, salvo un impío, negará que Ezequías era justo. Dirás, pecó en algunas cosas, y por eso dejó de ser justo: pero la Escritura no dice esto. Pues no perdió el nombre de justo por haber pecado en pequeñas cosas, sino que posee el título de justo por haber hecho muchas cosas buenas. Todo esto lo digo para que se compruebe con los testimonios de las Sagradas Escrituras, que no son justos los pecadores por el hecho de haber pecado alguna vez; sino que permanecen justos por florecer en muchas virtudes. De Josías está escrito: Hizo lo recto ante los ojos del Señor, y anduvo en el camino de David su padre. No se apartó ni a la derecha ni a la izquierda (II Paral. XXXIV, 2); y sin embargo, siendo justo, en tiempo de necesidad y angustia, envía a Oлда la profetisa, esposa de Sellum, hijo de Tecoa; hijo de Aaras, guardián de las vestiduras. Y ella, dice, habitaba en Jerusalén en la segunda: sin duda significa una parte de la ciudad, que estaba rodeada por un muro interior. Y ella respondió: así dice el Señor Dios de Israel, id y decid al hombre que os envió a mí. En lo cual hay una reprimenda oculta tanto para el rey como para los sacerdotes y todos los hombres, porque no se pudo encontrar ningún hombre santo que pudiera predecir el futuro. Finalmente, Josías es asesinado por el faraón rey de Egipto, porque no quiso escuchar las palabras del Señor, de la boca del profeta Jeremías, o como está escrito en el libro de las Crónicas: Josías no quiso volver, sino que se preparó para la guerra contra él, y no accedió a las palabras de Neco de la boca de Dios (II Paral. XXXV, 22). Y se añade: Y murió y fue sepultado en el mausoleo de sus padres, y todo Judá y Jerusalén lo lloraron, especialmente Jeremías, cuyas lamentaciones

todos los cantores y cantoras repiten hasta el día de hoy sobre Josías, y como ley se estableció en Israel: He aquí que está escrito en las lamentaciones (Ibid., 24, 25).

23. Otros ejemplos de Santos en las Escrituras.---Creo que no haber accedido a las palabras de Dios a través de cualquiera es pecado. Jeremías mismo habla de esto, aunque muchos lo entienden según la anagogía del Señor Salvador: El espíritu de nuestro rostro, Cristo el Señor, fue capturado por nuestros pecados. A quien dijimos, bajo tu sombra viviremos entre las naciones (Lam. IV, 20). Moisés, a quien el Señor habló cara a cara (Éx. XXXIII), y su alma fue salvada, tropezó en las aguas de la contradicción, y no mereció entrar en la tierra prometida con su hermano Aarón. De los cuales también canta el salmista: Fueron absorbidos junto a la roca sus jueces: oirán mis palabras, porque les agradaron (Sal. CXL, 6). Y el sentido es: Los jueces del pueblo de los judíos; Moisés y Aarón, fueron devorados por el pecado del pueblo junto a la roca, de la cual manaron las aguas, y ciertamente ellos fueron justos, y obedecieron las palabras de Dios, que por sí mismas son suavísimas. De hecho, sigue sobre los cadáveres de los muertos en el desierto: Como la grosura de la tierra fueron rotos sobre la tierra. Nuestros huesos fueron dispersados junto al infierno (Sal. CXL, 7, 8). En Oseas habla Dios: Te desposaré conmigo en justicia y juicio (Os. II, 19). Y enseguida añade: Y en misericordia y compasiones, y en fidelidad, para que reconozca con la recompensa del dador, que él es el Señor. En el mismo libro está escrito: Yo soy Dios y no hombre, santo en medio de ti, y no entraré en la ciudad (Os. XI, 9), ciertamente el conciliábulo de los vicios. Él solo no entra en esta ciudad, que Caín edificó en el nombre de su hijo Enoc, que todos los días celebran las bocas de los sacerdotes, ὁ μόνος ἀναμάρτητος, que en nuestra lengua se dice, el que solo es sin pecado. Esta alabanza según tu sentencia se atribuye en vano a Dios, si es común con los demás. Pues nosotros según Amós convertimos la justicia en ajeno, y los frutos del juicio en amargura (Amós VI). Hablan los marineros y pasajeros, en el libro de Jonás: Te rogamos, Señor, no nos pierdas por este hombre, ni traigas sobre nosotros sangre inocente. Pues como te ha placido, así se ha hecho, Señor (Jon. I, 14). No conocen las causas, qué merece el profeta, el siervo fugitivo, y sin embargo justifican a Dios, y confiesan sangre inocente, cuyas obras no conocen. Y al final, Como te ha placido, Señor, así se ha hecho. No buscan la justicia de la sentencia de Dios: sino que confiesan la verdad del justo juez. Miqueas testifica con voz lacrimosa: Ha perecido el santo de la tierra, y no hay recto entre los hombres, todos acechan en sangre, cada uno caza a su hermano hasta la muerte. El mal de sus manos dicen que es bueno (Miq. VII, 2, 3). Y de nuevo: El mejor entre ellos es como un espino, y el recto, como una espina de seto (Ibid., 4). Esta es la justicia de los hombres, que según las palabras del mismo profeta, no se debe confiar ni en el amigo, ni en el cónyuge, ni en los hijos, porque los enemigos del hombre son sus propios domésticos (Sal. XXX). Esta sentencia también fue confirmada por el discurso del Señor (Mat. X). Por lo cual se da consejo por el mismo profeta: Te mostraré, oh hombre, qué es lo bueno, y qué busca el Señor de ti: ciertamente hacer juicio, y amar la misericordia, y caminar solícito con tu Dios (Miq. VI, 8). ¿Acaso dijo, ten la igualdad de Dios, y no esto, que es lo máximo, caminar solícito con tu Dios? Para que nunca estés seguro, para que con toda vigilancia guardes tu corazón, para que consideres que caminas en medio de trampas, y entres bajo las almenas de los muros, para que medites cada día: Junto al camino han puesto un tropiezo para mí (Sal. CXXXIX, 6). Pues Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes (Sant. IV, 6).

24. El temeroso puede evitar los pecados por un tiempo.---Quien es cauteloso y temeroso, puede evitar los pecados por un tiempo; quien está seguro de su propia justicia, se opone a Dios y, desprovisto de su ayuda, está expuesto a las trampas de los enemigos. Dice Habacuc: "Que se pudran mis huesos y que los gusanos se agiten debajo de mí, solo para que descansen en el día de la angustia, para que ascienda a mi pueblo fuerte" (Habacuc III, 16). Aquí se

rueda por tribulaciones, angustias y aflicción del alma, para que en el futuro se una al número de hombres que ya reinan con Cristo. De lo cual es evidente que para ellos hay lucha y combate, y en el futuro, victoria. Jesús, hijo de Josedech, que se interpreta como justo del Señor (Zacarías III), gran sacerdote, es descrito vestido con ropas sucias, quien no cometió pecado, y sin embargo llevó nuestros pecados, a cuya derecha estaba Satanás para oponerse a él. Y se le dice después de la lucha y la victoria: "Quiten la ropa sucia de él"; y, "He quitado de ti tu iniquidad", y el heredero de Joviniano dice: «Estoy sin pecado alguno, no tengo vestiduras sucias, me gobiernan por mi propio albedrío, soy mayor que el Apóstol. Él hace lo que no quiere, y lo que quiere no lo hace, yo hago lo que quiero, y lo que no quiero no lo hago, los reinos de los cielos están preparados para mí, es más, yo mismo los he preparado para mí con mis virtudes». En lo que Adán es considerado culpable, y otros que se consideran culpables a semejanza de la transgresión de Adán, yo solo con mi grupo no estoy sujeto. Otros, encerrados en celdas y sin ver mujeres, porque son miserables y no escuchan mis palabras, son atormentados por deseos: yo, incluso si estoy rodeado por multitudes de mujeres, no tengo ninguna concupiscencia. Porque de mí se ha dicho: "Las piedras santas ruedan sobre la tierra" (Zacarías IX, 16, según los LXX); y por eso no siento, porque con el poder del libre albedrío llevo el trofeo de Cristo. Escuchemos a Dios clamando a través de Isaías: "Mi pueblo, los que os dicen bienaventurados, os engañan y hacen tropezar el camino de vuestros pies" (Isaías III, 5). ¿Quién hace tropezar más al pueblo de Dios: el que, apoyado en el poder del libre albedrío, desprecia la ayuda del Creador y está seguro en su propia voluntad, o el que teme el juicio en cada sentencia de los mandamientos del Señor? A hombres de este tipo les habla Dios: "¡Ay de vosotros, que sois sabios a vuestros propios ojos, y entendidos según vuestro juicio!" (Isaías V, 21). Isaías, según el hebreo, llora y dice: "¡Ay de mí, porque he callado, porque tengo labios inmundos, y habito en medio de un pueblo que tiene labios inmundos, he visto al Señor de los ejércitos con mis ojos!" (Isaías LXVI, 5). Él, por el mérito de sus virtudes, disfrutaba de la visión de Dios, y por la conciencia de sus pecados, confesaba sus labios inmundos. No porque hubiera dicho algo que se opusiera a la voluntad del Señor, sino porque había callado, o aterrorizado por el miedo o la vergüenza, y no había reprendido con libertad profética al pueblo pecador. ¿Nosotros, cuando corregimos a los pecadores, que adulamos a los ricos y aceptamos las personas de los pecadores por amor a la ganancia deshonestas? ¿A menos que hablemos con toda confianza a aquellos de cuyos recursos dependemos? Para que no hagamos tales cosas, para que nos abstengamos de toda apariencia de pecado, ciertamente es pecado haber callado la verdad. Aunque en los Setenta no está escrito, "Porque he callado", sino, "porque he sido compungido", por la conciencia de los pecados, para que se cumpla aquello profético: "He estado en miseria, mientras se me clava una espina" (Salmo XXXI, 4). Él es compungido por la espina del pecado: tú floreces con las flores de las virtudes: "Se avergonzará", dice, "la luna, y se confundirá el sol, cuando el Señor visite sobre el ejército del cielo en las alturas" (Isaías XXIV, 27), esto es lo que en otro lugar está escrito: "También las estrellas no son puras a sus ojos: y, contra sus ángeles, encontró algo perverso" (Job XXV, 5, y IV, 18). La luna se avergüenza, el sol se confunde, y el cielo se cubre de cilicio, y nosotros, intrépidos y alegres, como si careciéramos de todo vicio, nos presentaremos ante la majestad del juez, cuando se derritan los montes, elevados en soberbia, y todo el ejército de los cielos, ya sean estrellas o dignidades angélicas: y los cielos se enrollarán como libros, y todo su ejército caerá como hojas.

25. La justicia de Dios.---"Como se ha embriagado", dice, "mi espada en el cielo, y ahora descenderá sobre Edom" (Isaías XXXIV, 5). La espada de Dios se embriaga en los cielos, ¿y tu trono estará seguro en santidad? Descenderá sobre Edom, que se interpreta como sanguinario o terrenal: para que aprendamos por la autoridad profética que toda la tierra

necesita juicio. De donde sigue: "Víctima del Señor en Bosra", que se interpreta como carne: "y su matanza es mucha en la tierra de Edom", es decir, en sangre (Isaías XXXIV, 6), según lo que dice el Apóstol: "La carne y la sangre no heredarán el reino de Dios" (I Cor. XV, 50). ¡Ay del que contradice a su creador, ay del que dice al padre, por qué me engendraste? y a la madre, por qué me diste a luz (Isaías XLV, 9, 10)? Esto se refiere a aquellos que dicen, por qué fui creado así, que no puedo estar libre de pecado para siempre. ¿Por qué se creó un vaso así, para que no permaneciera como un diamante, sino que fuera frágil y quebradizo al tacto? Todos como ovejas nos hemos descarriado, y el Señor ha llevado los pecados de todos nosotros (Isaías LIII, 6). Porque miró y examinó diligentemente, y no encontró a nadie que juzgara con justicia, que hiciera su voluntad en todo. Y por eso su brazo proporcionó salvación, y su justicia salvó a todos, para que todo el mundo se someta a Dios, y sea conservado por su clemencia. Porque fuimos inmundos no pocos, sino todos. Como un paño de menstruación, se consideraron todas nuestras obras en la ley (Isaías LXIV, 6). Dios habla a Jerusalén en Ezequiel. "Eras perfecta en mi hermosura" (Ezequiel XVI, 14); y el sentido es, no en tus obras, no en tu conciencia, ni en la jactancia de tu corazón; sino en mi hermosura, con la que mi clemencia te había otorgado libertad. Finalmente, en lo que sigue, le habla a ella, cuando es salvada no por su mérito, sino por su misericordia. "Recordaré mi pacto contigo en los días de tu juventud, y estableceré para ti un pacto eterno, y recordarás tus caminos, y te avergonzarás" (Ibid. 60, 61). Y de nuevo: "Estableceré mi pacto contigo y sabrás que yo soy el Señor, para que recuerdes y te avergüences, y no tengas más que abrir la boca, por tu confusión, cuando me haya reconciliado contigo en todo lo que has hecho, dice el Señor Dios" (Ibid., 62, 63). He aquí que claramente se muestra por la palabra divina, lo que dijo en otro lugar: "Y limpiándote no te hará inocente": que incluso los justos, después del pecado, restaurados a su estado original, no se atreven a abrir la boca, sino que digan con el Apóstol: "Que no soy digno de ser llamado apóstol, porque perseguí a la Iglesia de Dios" (I Cor. XV, 9). Finalmente, en otro lugar, a través del mismo profeta, Dios habla a aquellos que han alcanzado su misericordia. "Y recordaréis vuestros caminos y todas vuestras iniquidades, con las que os habéis contaminado, y os desagradaréis a vosotros mismos en todas las maldades que habéis hecho, y sabréis que yo soy el Señor, cuando os haya hecho bien por mi nombre, no según vuestros malos caminos, ni según vuestras peores iniquidades" (Ezequiel XX, 43, 44). Avergoncémonos y digamos lo que dicen aquellos que ya han recibido las recompensas: hablemos los pecadores sobre la tierra, y en un cuerpo frágil y mortal, lo que vemos que los santos dicen en los cielos, incluso dotados de incorrupción e inmortalidad. Y decís, dice, "no es recto el camino del Señor, cuando vuestros caminos son torcidos" (Ezequiel XXXI, 20). Esto es arrogancia de los fariseos, atribuir los pecados de la propia voluntad a la injuria del Creador, y calumniar su justicia. Los sacerdotes del templo místico, que se interpreta como Iglesia, hijos de Sadoc, no salen al pueblo con las vestiduras del ministerio, para no contaminarse con la conversación humana (Ezequiel XLIV). ¿Y tú, en medio de la multitud, y siendo uno del pueblo, crees que eres puro?

26. De Jeremías.---Recorriendo brevemente al profeta Jeremías, tomemos más el sentido que las palabras. "Recorred", dice, "las salidas de Jerusalén, y buscad en sus plazas si podéis encontrar un hombre que viva según la justicia y la fe, y seré propicio por él" (Jeremías V, 1). Porque aunque digan: Vive el Señor, juran fraudulentamente, y esto mismo en mentira. (Jeremías VII, 8, 9). Rechaza los sacrificios de los pecadores: retira el alimento a los que ofrecen sacrificios, diciendo que no mandó a sus padres, cuando los sacó de la tierra de Egipto, que ofrecieran tales sacrificios. No porque lo quisiera, sino en comparación con los ídolos, prefiriendo que se le ofrecieran víctimas a él que a los demonios. Todos se han apartado de él, no hay nadie que hable bien, y haga penitencia de sus pecados. Siguen sus propias voluntades, como un caballo listo para la batalla. Tienden su lengua como un arco:

mienten en todo, y no hay verdad en ellos. También advierte de las insidias de los amigos, y de no confiar en los prójimos. Porque cada uno trama contra sus amigos, y el hermano engaña al hermano, y esto no por maldad de la naturaleza, sino por su propia voluntad: porque han enseñado a su lengua a mentir, y se inclinan hacia la injusticia. "Si el etíope", dice, "cambiara su piel, y el leopardo sus manchas, también vosotros podréis hacer el bien, habiendo aprendido el mal" (Jeremías XIII, 23). Por lo tanto, la piel etíope y las manchas de los leopardos son de disciplina, no de naturaleza, que se enseña y se aprende: sin embargo, el vicio del mal arraigado no puede ser eliminado, sino por aquel para quien todo es posible.

27. Por eso habla a aquel que es el único verdadero médico: "Sáname, Señor, y seré sanado: sálvame, Señor, y seré salvo: tú eres mi gloria y mi esperanza" (Jeremías XXVII, 14). Porque si miro a mi condición y mi infelicidad, no puedo decir otra cosa que esto: "Maldito el hombre que anunció a mi padre, diciendo: He aquí que te ha nacido un hijo: que ese hombre sea como las ciudades que Dios destruyó. ¿Por qué no perecí en el vientre, y mi madre fue mi sepulcro, y su vientre un infierno eterno? ¿Por qué salí del útero, para ver trabajos y miserias, y que mis días se consumieran en aflicciones?" (Jeremías XX, 15, ss.)? Tan seguro está de su condición, y confía tanto en su fortaleza, que prefiere la muerte a la vida. Porque conocía su herida y el poder de aquel a quien nada puede ocultarse, quien habla a través del Profeta: "Dios cercano soy, y no de lejos" (Jeremías XXIII, 23). Porque quien llena el cielo y la tierra, nadie puede evitar su conocimiento, y ocultar los secretos del corazón. Quien escudriña los riñones, mira dentro. Y para que sepamos que todo bien que hacemos es de Dios: "Yo", dice, "los plantaré, para que no sean arrancados, y yo les daré pensamiento y sentido, para que me entiendan" (Jeremías XXIV, 6, 7). Si el pensamiento y el sentido son dados por Dios, y el entendimiento del Señor brota de la raíz de aquel que debe ser conocido, ¿dónde está la jactancia soberbia del libre albedrío? Queremos conocer nuestra condición, escuchemos la historia. El rey Joaquín de Judá, y todos sus compañeros y príncipes, al oír las palabras de Urías, quisieron matarlo (Jeremías XXVI). Cuando él lo supo, aterrorizado por el miedo, huyó a Egipto. ¿Por qué temía la muerte, quien había explicado la sentencia del Señor, y quien sabía que anunciaba la voluntad del Señor? Despreciamos la ayuda de Dios en cada cosa, y descuidamos hacer todo a su mandato, cuando leemos que los hombres santos también necesitaron la ayuda de los hombres. Jeremías está en peligro y se dice claramente que la mano de Abicam, hijo de Safán, le ayudó, para que no fuera entregado al poder del pueblo, y apedreado.

28. La gracia del Evangelio.---Abolidas las ceremonias de la ley, y el duro peso de los antiguos preceptos, se promete la gracia del Evangelio, y el Señor promete una ley, para que todos lo conozcan desde el menor hasta el mayor, diciendo: "Perdonaré sus pecados, y no recordaré más sus iniquidades". Pero qué justicia tuvieron los hombres santos en la antigua ley, lo demuestra el siguiente discurso: "Los hijos de Israel, y los hijos de Judá hacen iniquidad perpetua ante mí: desde su juventud hasta el día presente, y la ciudad de Jerusalén desde el principio de su condición hasta el día de su destrucción me ha provocado a ira. Atiende a lo que dice, une el fin con el principio, todo el tiempo intermedio está en vicio. Jeremías, santificado en el vientre antes de nacer (Jeremías I, 5), virgen, profeta del Antiguo Testamento, tiembla ante Sedequías, y suplica llorando, diciendo: "Ahora, pues, mi señor rey, escucha mi súplica, y prevalezca ante ti mi ruego, no me envíes a la casa de Jonatán el escriba, para que no perezca allí" (Jeremías XXXVII, 19). Oh Profeta, ¿por qué temes al rey impío? ¿Por qué temes a quien sabes que está a punto de perecer? ¿temes la cárcel, a ti que se te prepara el paraíso? Me responderá: Soy un hombre en carne mortal y corruptible, siento dolor, temo los tormentos, que incluso mi Señor sentirá por mi salvación. Dios se compadece del género humano, y no quiere que perezca lo que ha hecho. No temas, Jacob, dice el Señor:

porque yo estoy contigo y destruiré a todas las naciones a las que te he dispersado: pero a ti mismo no te haré perecer, sino que te castigaré con justicia, y así me compadeceré de ti, para que no te deje inocente (Jeremías XXX, 10).

29. Seamos salvados por la misericordia de Dios.---Por eso también decimos que los hombres santos son justos, y después de los pecados agradan a Dios, no solo por su mérito, sino por su clemencia, a quien toda criatura está sujeta, y necesita su misericordia. Que escuchen los herejes, que se elevan por la soberbia, y dicen: "Nosotros mismos nos hemos hecho cuernos". Que escuchen lo que oyó Moab: "Hemos oído la soberbia de Moab, es muy soberbio" (Amós VI, 14). Su altitud, y su arrogancia y glorificación, y la hinchazón de su corazón yo conozco, dice el Señor, porque no es según su hinchazón y su fortaleza (Isaías XVI, 6). Y se dice a hombres de este tipo: "Pero sus enemigos (sin duda del rebaño del Señor) se fortalecen, diciendo: no hemos pecado, cuando han pecado en la hermosura de la justicia, y en la esperanza de los padres. ¿Quieres saber cuándo se acabarán todos los pecados? escucha al mismo profeta: "En aquel tiempo, dice el Señor, se buscará la iniquidad en Israel, y no habrá, y el pecado en Judá, y no se encontrará" (Jeremías I, 20). ¿Por qué, pregunto? sigue: "Porque seré propicio a ellos. Pero donde hay propiciación, ha precedido el pecado. Quita, pues, el poder, y concederé que todo subsista, con el don de Dios. Es bueno esperar en silencio la salvación del Señor (Lamentaciones III, 26); es bueno poner la boca en el polvo, dar la mejilla al que golpea, saciarse de oprobios, tener esperanza en el Señor (Ibid., 27 ss.). Porque si ha rechazado, también se compadecerá según la multitud de sus misericordias; porque no ha humillado de corazón ni ha rechazado a los hijos de los hombres. En vano murmura el hombre por sus pecados. Examinemos nuestros caminos, y busquemos y volvamos al Señor (Ibid., 40, 41). Levantemos nuestros corazones con nuestras manos al Señor en el cielo, y digámosle: "Hemos actuado inicualemente, y te hemos provocado a ira, por eso eres inexorable" (Ibid., 42).

30. Conocemos las causas de la voluntad divina.---El profeta Daniel habla a Nabucodonosor, diciendo que el Altísimo domina el reino de los hombres y lo da a quien Él quiere, y establece sobre él al más humilde y despreciado. Pregúntale por qué razón establece al último y despreciado como rey, y hace lo que quiere: y discute si su voluntad es justa, de quien está escrito: "Él levanta del polvo al humilde, y del estiércol al pobre, para sentarlo con los príncipes, con los príncipes de su pueblo" (Sal. 112, 7-8). ¿O acaso según tú busca gloria sin juicio ni justicia, y popularidad, para elevar a los humildes al reino y cambiar a los poderosos por humildad? Escucha al Profeta diciendo: "Todos los habitantes de la tierra son considerados como nada ante Él" (Is. 40, 17). Porque hizo lo que quiso en el cielo y en la tierra, y no hay quien resista a su voluntad, ni pueda decirle, ¿por qué hiciste esto?, cuyas obras son todas en verdad, y sus caminos en justicia, y puede humillar a los soberbios. El rey Antíoco Epífanes, el más cruel, subvirtió el altar, e hizo que la justicia misma fuera pisoteada, porque fue permitido por el Señor; y da las razones, "por los muchos pecados" (2 Mac. 5). Por lo tanto, no hizo solo lo que quiso, sino lo que el Señor permitió por los pecados del pueblo. Finalmente, sigue que no lo hizo por su propia fuerza, sino por el mandato de aquel que ordenó que se hiciera. Pero lo que dice en su oración: "Hemos pecado, hemos actuado inicualemente, hemos obrado injustamente y nos hemos apartado de tus mandamientos y justicias" (Dan. 3, 29), y otras cosas semejantes, soléis decir que tanto David como Daniel y todos los profetas no hablaron por sí mismos, que eran santos, sino en nombre del pueblo. Contra esta opinión él mismo responderá y dirá: "Mientras aún oraba y confesaba mis pecados y los pecados del pueblo de Israel" (Dan. 9, 20). Ves, por lo tanto, que tanto por sus pecados como por los del pueblo, suplicó al Señor y derramó sus súplicas ante el Señor su Dios. ¿Quieres saber de nuevo cuándo terminará el pecado y la iniquidad? Aunque la

interpretación de los autores es diversa, escucha al mismo Profeta: "Setenta semanas están determinadas sobre tu pueblo y sobre tu ciudad santa, para terminar con las iniquidades, y poner fin al pecado, para que la iniquidad desaparezca y se revele la justicia eterna" (Dan. 2, 4). Mientras tanto, hasta que llegue ese fin, y lo corruptible y mortal se transforme en incorruptibilidad e inmortalidad, es necesario que estemos sujetos al pecado, no por naturaleza y condición, como tú calumnias, sino por fragilidad y cambio de la voluntad humana, que varía con el tiempo: porque solo Dios es inmutable. Preguntas dónde pecaron Abel, Enoc, Josué hijo de Nun, Eliseo y otros santos. No es necesario buscar un nudo en un junco: ojalá pudiera callar incluso los pecados manifiestos. Si quieres escuchar la verdad de mí, no lo sé. "Nada, dice, me acusa mi conciencia, pero no por eso estoy justificado. El hombre ve el rostro, Dios ve el corazón" (1 Cor. 4, 4). Ante su conciencia y presencia, nadie es justificado (2 Sam. 16, 7). Por eso Pablo habla con confianza: "Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios" (Rom. 3, 23); y: "Dios encerró a todos en desobediencia para tener misericordia de todos" (Rom. 11, 32), y otras cosas que hemos repetido a menudo.

LIBRO TERCERO.

1. El bautismo solo perdona los pecados pasados.---781 CRITOB. Me ha deleitado la multiplicación de tus palabras, de las cuales está escrito: "En el mucho hablar no faltará pecado" (Prov. 10, 19): pero, ¿qué tiene que ver con el caso? Seguramente admitirás que aquellos que han recibido el bautismo de Cristo no tienen pecado. Y si están sin pecado, son justos. Y una vez que han sido justos, si actúan con diligencia, pueden guardar la justicia para siempre, y así evitar todo pecado. ATTIC. ¿No te avergüenzas de seguir la sentencia de Joviniano, que ha sido refutada y condenada? Porque él también se apoya en estos testimonios y en tus argumentos; más bien, tú sigues sus invenciones, deseando enseñar en Oriente lo que hace tiempo fue condenado en Roma y en África. Lee, pues, lo que se le respondió a él, y considéralo como respuesta para ti. En la discusión de dogmas y cuestiones, no se busca la persona, sino la causa. Y sin embargo, debes saber que el bautismo perdona los pecados pasados, no guarda la justicia futura, que se conserva con trabajo, esfuerzo, diligencia, y siempre sobre todo con la clemencia de Dios: para que sea nuestro pedir, y de Él conceder lo que se pide: nuestro comenzar, de Él perfeccionar: nuestro ofrecer lo que podemos, de Él completar lo que no podemos. Porque si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la edifican. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigila el guardián (Sal. 126, 1-2). Por eso el Apóstol ordena: "Corred de tal manera que lo obtengáis. Todos corren, pero uno recibe la corona" (1 Cor. 9, 24). Y está escrito en el salmo: "Señor, con el escudo de tu buena voluntad nos coronaste" (Sal. 5, 13). Porque nuestra victoria y corona de victoria se prepara con su protección y escudo: y aquí corremos para alcanzar en el futuro: allí recibirá la corona quien haya sido victorioso en este mundo; y después del bautismo se nos dice: "Mira, has sido sanado, no peques más, para que no te suceda algo peor" (Juan 5, 14). Y: "¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si alguno destruye el templo de Dios, Dios lo destruirá a él" (1 Cor. 3, 16-17). Y en otro lugar: "El Señor está con vosotros mientras vosotros estéis con Él: si lo dejáis, Él también os dejará" (2 Crón. 12, 1). ¿En qué templo o santuario crees que permanece la pureza de Cristo, y la serenidad del templo no se entristece con ninguna nube? No podemos tener siempre el mismo rostro; lo que los filósofos falsamente se jactan de Sócrates; cuánto más el alma. Muchas son las caras de los hombres, así como diversos son los corazones. Si fuera posible que las aguas del bautismo nos mantuvieran siempre sumergidos, los pecados volantes no nos tocarían: el Espíritu Santo nos protegería. Pero el enemigo ataca, y no se retira vencido, sino que siempre está al acecho, para disparar en secreto a los rectos de corazón.

2. Del Evangelio según los Hebreos.---En el Evangelio según los Hebreos, que está escrito en lengua caldea y siríaca, pero con letras hebreas, que usan hasta hoy los nazarenos, según los Apóstoles, o como muchos piensan, según Mateo, que también se encuentra en la biblioteca de Cesarea, la historia narra: "He aquí que la madre del Señor y sus hermanos le decían: Juan el Bautista bautiza para el perdón de los pecados: vayamos y bauticémonos por él. Pero Él les dijo: ¿Qué he pecado, para que vaya y me bautice por él? A menos que esto mismo que he dicho sea ignorancia." Y en el mismo volumen: "Si tu hermano peca en palabra, y te satisface, recíbelo siete veces al día. Simón, su discípulo, le dijo: ¿Siete veces al día? El Señor respondió y le dijo: También yo te digo, hasta setenta veces siete" (Mat. 18, 22 y Luc. 17, 4). Porque también en los Profetas, después de haber sido ungidos con el Espíritu Santo, se encontró palabra de pecado. Ignacio, varón apostólico y mártir, escribe audazmente: "El Señor eligió a los Apóstoles, que eran los mayores pecadores entre los hombres." De cuya rápida conversión canta el salmista. "Se multiplicaron sus enfermedades, después se apresuraron" (Sal. 15, 4). Con estos testimonios, si no los usas para autoridad, úsalos al menos para antigüedad, para saber qué pensaron todos los hombres eclesiásticos. Haz que alguien bautizado, ya sea inmediatamente, o en esos mismos días, sea arrebatado por la muerte, y te concederé, lo que no debo conceder, que no haya pensado ni dicho nada en lo que haya caído en error e ignorancia. ¿Será por eso sin pecado, porque parecerá no haber superado, sino huido del pecado, y no más bien porque por la misericordia de Dios fue liberado del calabozo de los pecados y migró al Señor? Esto también decimos nosotros, que Dios puede hacer lo que quiera; y que el hombre por sí mismo y por su propia voluntad, como tú afirmas, no puede estar sin pecado. Pero si puede, en vano ahora unes la gracia, de la cual el que puede no necesita. Pero si no puede sin la gracia de Dios, tontamente dijiste que puede lo que no puede. Porque todo lo que depende del arbitrio de otro, no es de aquel a quien afirmas que puede; sino de aquel, sin el cual es evidente que no puede.

3. Cuánto dista entre ser y poder.---C. Te ruego, ¿cuál es esta perversidad, o más bien contienda sin razón? ¿Ni siquiera me concedes que al salir de las aguas del bautismo esté sin pecado? A. O no puedo explicar mi pensamiento con palabras, o, al explicarme, eres más lento para entender. C. ¿De qué manera? A. Recuerda lo que tú dijiste, y lo que yo digo. Tú afirmaste que el hombre puede estar sin pecado si quiere. Yo respondo que esto es imposible en el hombre, no porque inmediatamente después del bautismo el hombre no esté libre de pecado, sino que ese tiempo cuando está sin pecado, no se atribuye a la posibilidad humana, sino a la gracia de Dios. Quitá, pues, el poder, y concederé el ser. Porque, ¿cómo puede quien por sí mismo no puede? ¿O qué es esa impecabilidad que inmediatamente termina con la muerte de este cuerpo? O ciertamente, si se prolonga más allá de la vida, estará sujeto al peligro de error e ignorancia. C. Me encierras con el arte dialéctico, y no hablas con la simplicidad cristiana, urdiendo ciertos nudos entre ser y poder ser. A. ¿Acaso juego con trucos de palabras, cuando esto ha salido de tu propia oficina? Porque tú dices que el hombre no es sin pecado, sino que puede serlo, mientras que yo, por el contrario, atribuyo lo que negaste, que el hombre es sin pecado por la gracia de Dios, y sin embargo por sí mismo no puede. C. En vano, entonces, se dan los preceptos, si no podemos cumplirlos. A. Dios mandó cosas posibles, de esto no hay duda. Pero porque los hombres no hacen lo posible, por eso todo el mundo está sujeto a Dios, y necesita su misericordia. O ciertamente, si puedes mostrar a alguien que haya cumplido todo, entonces podrás demostrar que hay un hombre que no necesita la misericordia de Dios. Porque todo lo que puede hacerse, consta de tres tiempos, o pasado, o presente, o futuro. Esto que afirmas, que el hombre puede estar sin pecado si quiere, muestra que se ha hecho en el pasado, o ciertamente que se hace ahora: del futuro lo veremos después. Pero si no puedes mostrar a nadie que esté o haya estado sin ningún pecado, queda que la discusión sea solo sobre el futuro. Mientras tanto, en dos tiempos,

pasado y presente, estás vencido. Si alguno después es mayor que los Patriarcas, Profetas, Apóstoles, que carezca de pecado, entonces persuade a los futuros sobre el futuro, si puedes.

4. Que el hombre puede no pecar por un tiempo.---C. Habla como quieras, argumenta como te plazca, nunca me arrebatrás el libre albedrío, que Dios concedió una vez, ni podrás quitarme lo que Dios me otorgó, poder si quiero. A. Por ejemplo, usemos solo un testimonio: "He hallado a David, hijo de Jesé, un hombre conforme a mi corazón, que hará todas mis voluntades" (Hech. 13, 22; Sal. 88, 21). No hay duda de que David es santo, y sin embargo, quien fue elegido para hacer todas las voluntades de Dios, se le reprende por haber hecho algunas. Sin duda, era posible para él hacer, quien fue elegido para hacer todas las voluntades de Dios. Ni Dios está en culpa, quien predijo que haría todas las voluntades de sus mandamientos; sino él que no hizo lo predicho. Porque no dijo que había encontrado un hombre que haría perpetuamente todas las voluntades de su mandato; sino que haría todas las voluntades. Esto también decimos nosotros, que el hombre puede no pecar, si quiere, por un tiempo, por un lugar, por la debilidad corporal; mientras el ánimo está atento, mientras la cuerda no se afloja por ningún defecto en la cítara. Pero si se relaja un poco, como quien arrastra una barca contra la corriente, si suelta las manos, inmediatamente retrocede, y llevado por las aguas, es conducido a donde no quiere; así la condición humana, si se relaja un poco, aprende su fragilidad, y reconoce que no puede muchas cosas. ¿Crees que el apóstol Pablo, en el tiempo en que escribía, "La capa, o el manto, que dejé en Troas con Carpo, tráelo cuando vengas, y los libros, especialmente los pergaminos" (2 Tim. 4, 13), pensaba en los misterios celestiales, y no en las cosas que son necesarias para el uso de la vida común o del cuerpo? Dame un hombre que no tenga hambre, ni sed, ni frío, ni dolor, ni fiebre, ni tormentos ni dificultades urinarias; y te concederé que el hombre puede pensar solo en virtudes. El Apóstol es golpeado por un ministro (Hech. 23, 3), y dirige una sentencia contra el Sumo Sacerdote que ordenó golpearlo: "Te golpeará Dios, pared blanqueada" (Is. 53). ¿Dónde está aquella paciencia del Salvador, que como cordero llevado al matadero, no abrió su boca, sino que habla con clemencia al que lo golpea: "Si he hablado mal, testifica de lo malo; pero si bien, ¿por qué me golpeas?" (Juan 18, 29)? No desmerecemos al Apóstol, sino que proclamamos la gloria del Señor, que sufriendo en la carne, supera la injuria y fragilidad de la carne; para no mencionar aquello que recuerda: "Alejandro el calderero me ha causado muchos males: el Señor le pagará en aquel día justo juez" (2 Tim. 4, 14).

5. Ni se debe culpar la condición del Creador.---C. Me obligas a decir lo que desde hace tiempo deseo, y sin embargo no pronuncio las palabras que brotan. A. ¿Quién te prohíbe decir lo que sientes? O lo que vas a decir es bueno, y no debes privarnos del bien: o es malo, y por eso no por nosotros, sino por vergüenza has callado. C. Diré, diré alguna vez lo que siento. Toda tu argumentación se desliza hacia acusar la naturaleza, y atribuir la culpa a Dios, que creó al hombre así. A. ¿Era esto lo que querías y no querías decir? Di, di, te lo ruego, para que todos disfruten de tu prudencia. ¿Reprochas a Dios por qué hizo al hombre hombre? Que también los ángeles lo reprochen, por qué son ángeles. Que toda criatura se queje de por qué es lo que fue creada, y no lo que pudo ser creada. Ahora, ciertamente, debo jugar con declamaciones infantiles, y desde el mosquito y la hormiga hasta los Querubines y Serafines, vendré, por qué no se creó cada cosa en un estado mejor. Y cuando llegue a las excelsas Potestades, me quejaré y diré, por qué Dios solo es Dios, y no hizo a todos dioses. O será, según tú, culpable de imposibilidad, o de envidia. Reprocha a Él, por qué también permite que el diablo esté en este mundo, y quita la corona, cuando quitas la contienda. C. No soy tan insensato como para quejarme de por qué existe el diablo, cuya envidia introdujo la muerte en el mundo: pero me duele que los hombres eclesiásticos, y quienes se atribuyen el título de maestros, quiten el libre albedrío: al quitarlo, se construye la secta de los maniqueos. A.

¿Acaso quito yo el libre albedrío, que en toda mi argumentación no he hecho otra cosa que conservar la omnipotencia de Dios con el libre albedrío? C. ¿Cómo conservas el libre albedrío, que dices que el hombre no puede hacer nada, a menos que Dios siempre lo ayude? A. Si está en culpa quien une el libre albedrío con la ayuda de Dios: entonces alábase a quien quita la ayuda de Dios. C. No quito la ayuda de Dios, ya que por su gracia podemos todo lo que podemos; pero delimitamos ambos en sus propios límites: para que sea de la gracia de Dios que dio el poder del libre albedrío, y de nuestra voluntad, hacer o no hacer: y que se guarde la recompensa para los que hacen, y el castigo para los que no hacen.

6. Qué corona Dios en nosotros.---A. Me parece que te has olvidado y, como si nada se hubiera dicho antes, vuelves a las mismas líneas de discusión. Esto se concluyó con una larga disertación, que el Señor, con su gracia, nos concedió el libre albedrío, y nos ayuda y sostiene en cada obra. C. ¿Qué corona entonces en nosotros, y alaba lo que Él mismo ha obrado? A. Nuestra voluntad, que ofreció todo lo que pudo, y el esfuerzo, que se esforzó por hacer, y la humildad, que siempre miró hacia la ayuda de Dios. C. Entonces, si no hicimos lo que Él mandó, o Dios quiso ayudarnos, o no quiso. Si quiso y ayudó, y sin embargo no hicimos lo que queríamos, no fuimos nosotros, sino Él quien fue superado. Pero si no quiso ayudar, no es culpa de quien quiso hacer; sino de aquel que pudo ayudar y no quiso hacerlo. A. No entiendes que tu dilema ha caído en un gran abismo de blasfemias: de modo que, de cualquier manera, o Dios es impotente o envidioso, y no se le da tanto alabanza por ser el autor y ayudante de los buenos, como reproche por no haber contenido los males. Entonces, ¿por qué no se le reprocha por haber permitido que existiera el diablo, por haber permitido y seguir permitiendo que algo malo suceda en el mundo cada día? Esto lo pregunta Marción, y todos los perros de los herejes, que desgarran el Antiguo Testamento, y acostumbran a tejer este tipo de silogismo. O Dios sabía que el hombre en el paraíso iba a transgredir su mandato, o no lo sabía. Si lo sabía, no es culpa de quien no pudo evitar la presciencia de Dios; sino de aquel que lo creó de tal manera que no pudo evitar el conocimiento de Dios. Si no lo sabía, al quitarle la presciencia, también le quitas la divinidad. Pues de esta manera será culpable quien eligió a Saúl, que después sería un rey impiísimo. Y el Salvador será considerado culpable de ignorancia o injusticia, por haber dicho en el Evangelio: ¿No he elegido yo a los doce apóstoles, y uno de vosotros es un diablo? (Juan VI, 71). Pregúntale por qué eligió a Judas, el traidor. ¿Por qué le confió la bolsa, sabiendo que era un ladrón? ¿Quieres escuchar la razón? Dios juzga el presente, no el futuro. Ni condena por presciencia a quien sabe que será tal que después le desagrade: pero es de tanta bondad e inefable clemencia, que elige a quien ve bueno por el momento, y sabe que será malo en el futuro, dándole la posibilidad de conversión y penitencia, según el sentido del Apóstol: ¿Ignoras que la bondad de Dios te lleva al arrepentimiento? pero según tu dureza y corazón impenitente, atesoras para ti ira en el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, quien pagará a cada uno según sus obras (Rom. II, 4, 5). Pues Adán no pecó porque Dios sabía que esto iba a suceder; sino que Dios lo sabía, como Dios, que él lo haría por su propia voluntad. Acusa entonces a Dios de mentir, por haber dicho a través de Jonás: Aún tres días, y Nínive será destruida (Jonás III, 4). Pero te responderá a través de Jeremías: Hablaré contra una nación y un reino, para arrancar, destruir y arruinarlo. Si esa nación se arrepiente de su maldad, de la cual hablé contra ella, también yo me arrepentiré del mal que pensé hacerle. Y hablaré de una nación y un reino, para edificar y plantar, si hace el mal ante mis ojos, para no escuchar mi voz, me arrepentiré del bien que dije que le haría (Jeremías XVIII, 7 ss.). Jonás una vez se indignó, por qué, por mandato de Dios, había mentido: pero se le acusa de un dolor injusto, prefiriendo decir la verdad con la perdición de un pueblo innumerable, que mentir con la salvación de tantos. Se le pone un ejemplo: Tú te lamentas por la hiedra, o calabaza, en la que no trabajaste, ni

hiciste crecer, que nació en una noche y pereció en una noche, y yo no perdonaré a Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas, que no saben distinguir entre su derecha y su izquierda (Jonás IV, 10, 11). Si en la edad de los pequeños y simples, que ciertamente no puedes probar que fueron pecadores, había tanta multitud de personas, ¿qué diremos de las diversas edades de ambos sexos, que según Filón, y el más sabio de los filósofos (Platón en el Timeo), se desarrollan desde la infancia hasta la vejez decrepita, en un orden septenario, sucediéndose los incrementos de las edades de tal manera que cuando pasamos de una a otra, apenas podemos percibirlo?

7. Dios no es autor del pecado.---C. Todo tu argumento tiende a que lo que los griegos llaman αὐτεξούσιον, y nosotros llamamos libre albedrío, lo atribuyas de palabra, pero lo quites en realidad. Pues haces a Dios autor de los pecados, al afirmar que el hombre no puede hacer nada por sí mismo, sino con la ayuda de Dios, a quien se le imputa todo lo que hacemos. Sin embargo, ya sea que el hombre haga el bien o el mal, decimos que se le imputa por el poder del libre albedrío a quien hizo lo que quiso; y no a aquel que una vez concedió el libre albedrío. A. Aunque te escabullas, te enredas en los lazos de la verdad; pues de este modo, incluso si Él no ayuda, sin embargo, según tú, será autor de los males: porque pudo prohibir y no prohibió. Pues es una vieja sentencia que es homicida quien, pudiendo liberar a un hombre de la muerte, no lo libera. C. Ahora levanto la mano, cedo, has vencido: si es que vencer es querer subvertir la verdad, no con hechos, sino con palabras, es decir, no con la verdad, sino con la mentira. Pues puedo responderte con aquello del Apóstol: Y aunque sea ignorante en el habla, no lo soy en el conocimiento (II Cor. XI, 6). Pues cuando hablas forzado por los giros de los argumentos, parece que te asiento, pero cuando callas, de nuevo se escapa de mi mente, de modo que claramente aparece que tu discusión no descende de las fuentes de la verdad y la simplicidad cristiana, sino de las sutilezas de los filósofos y el arte. A. ¿Quieres entonces que use de nuevo los testimonios de las Escrituras? ¿Y cómo se jactan tus discípulos de que nadie puede responder a tu argumentación y problemas? C. No solo quiero, sino que lo deseo. Enséñame de las Sagradas Escrituras, donde, quitado el poder del libre albedrío, el hombre hace lo que por sí mismo o no quiere, o no pudo.

8. Testimonios de las Escrituras.---A. No de la manera que tú propones, sino como la verdad exige y la razón, se debe usar de las voces de las Escrituras. Jacob habla en su oración: Si el Señor Dios está conmigo, y me guarda en el camino por el que voy, y me da pan para comer y vestido para cubrirme, y me devuelve con salud a la casa de mi padre, el Señor será mi Dios, y esta piedra que he puesto como título será la casa de Dios, y de todo lo que me des, te ofreceré el diezmo (Génesis XXVIII, 20 y ss.). ¿Acaso dijo, si conservas el libre albedrío, y consigo con mi trabajo comida y vestido, y regreso a la casa de mi padre? Todo lo atribuye a la voluntad del Señor, para merecer recibir lo que pide. Al regresar de Mesopotamia, Jacob se encuentra con un ejército de ángeles, y se llaman campamentos de Dios (Génesis XXXII). Después lucha con un ángel bajo la figura de un hombre, y es fortalecido por el Señor: de suplantador Jacob, recibe el nombre de rectísimo de Dios. Pues no se atrevía a regresar a su hermano cruelísimo sin el apoyo del Señor. Está escrito en lo que sigue: Le salió el sol después de haber pasado Fanuel (Génesis XXXI, 31), que se interpreta como rostro de Dios. De donde también Moisés habla: Vi al Señor cara a cara, y mi alma fue salvada, no por la propiedad de la naturaleza; sino por la dignación del misericordioso. Por tanto, el sol de justicia se levanta para nosotros cuando somos confirmados por el rostro de Dios. José en Egipto es encerrado en prisión, y allí se dice que el guardián de la prisión le confió todo a su poder y fidelidad. Y se da la razón. Porque el Señor estaba con él, y todo lo que hacía prosperaba en sus manos por el Señor (Génesis XXXIX, 23). De donde también se sugieren sueños a los eunucos (Génesis XL), y el faraón ve un sueño inextricable (Génesis XLI), para

que por esta ocasión José fuera liberado (Génesis XLII y ss.), su padre alimentado y sus hermanos, y Egipto salvado en tiempo de hambre. Sigue: Y Dios dijo a Israel en visión nocturna: Yo soy el Dios de tus padres, no temas descender a Egipto; porque allí haré de ti una gran nación, y yo descenderé contigo a Egipto, y te sacaré de allí: y José pondrá sus manos sobre tus ojos (Génesis XLVI, 3, 4). ¿Dónde está aquí el poder del libre albedrío? ¿Acaso no es todo lo que se atreve a ir al hijo, y a confiarse a una nación que no conoce al Señor, la ayuda del Dios de sus padres? El pueblo es liberado de Egipto con mano fuerte y brazo extendido, no de Moisés y Aarón, sino de aquel que con milagros de señales liberó al pueblo, y al final hirió a los primogénitos de Egipto, para que quienes antes retenían con obstinación, ardientemente fueran compelidos a salir (Éxodo XI y XII). Salomón habla: Confía en el Señor con todo tu corazón, y no te exaltes en tu propia sabiduría: en todos tus caminos reconócelo, para que enderece tus caminos (Proverbios III, 5, 6). Entiende lo que dice: Ni en nuestra sabiduría, ni en ninguna virtud debemos confiar, sino solo en el Señor, por quien los pasos del hombre son dirigidos. Finalmente, se nos ordena que le mostremos nuestros caminos, y que sean conocidos, que no se hacen rectos por nuestro propio esfuerzo, sino por su ayuda y clemencia. De donde está escrito: Haz recto ante mí tu camino, o como tienen otros ejemplares: Haz recto ante ti mi camino (Salmo V, 9): para que lo que es recto para ti, también me parezca recto a mí, el mismo Salomón habla, Encomienda al Señor tus obras, y tus pensamientos serán afirmados (Proverbios XVI, 3). Entonces nuestros pensamientos se afirman, cuando todo lo que hacemos, como sobre una roca estable y solidísima, lo encomendamos a la ayuda del Señor, y a Él le atribuimos todo.

9. Del Nuevo Testamento.---El apóstol Pablo, después de haber narrado rápidamente los beneficios de Dios, concluyó: ¿Y para estas cosas quién es suficiente? (I Cor. II, 16). De donde también en otro lugar dice: Tal confianza tenemos por Cristo para con Dios, no que seamos suficientes para pensar algo por nosotros mismos, como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia es de Dios, quien también nos hizo idóneos ministros del nuevo Testamento, no de la letra, sino del espíritu. Porque la letra mata, pero el espíritu vivifica (I Cor. III, 4, 5). ¿Todavía nos atrevemos a enorgullecernos por el libre albedrío, y a abusar de los beneficios de Dios en desprecio del dador? cuando el mismo vaso de elección escribe abiertamente: Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros (I Cor. IV, 7). De donde también en otro lugar, refrenando la impudencia de los herejes, habla: El que se gloria, gloriéese en el Señor. Porque no es aprobado el que se recomienda a sí mismo, sino aquel a quien Dios recomienda (II Cor. X, 17). Y de nuevo: Porque en nada he sido inferior a los más eminentes apóstoles, aunque nada soy (II Cor. XII, 11). Pedro habla al Señor, turbado por la magnitud de las señales: Apártate de mí, porque soy hombre pecador (Lucas V, 8). Y el Señor a los discípulos: Yo soy la vid, vosotros los sarmientos, el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto: porque sin mí nada podéis hacer (Juan I, 55). Así como los sarmientos y las ramas de las vides se marchitan inmediatamente cuando son cortados de la matriz, así toda la fortaleza de los hombres se marchita y perece si es abandonada por la ayuda de Dios. Nadie, dice, puede venir a mí, si el Padre que me envió no lo atrae (Juan VI, 44). Cuando dice, nadie puede venir a mí, quiebra la libertad del albedrío que se enorgullece: que aunque quiera ir a Cristo, si no se hace lo que sigue: si mi Padre celestial no lo atrae, en vano desea, y se esfuerza en vano. Al mismo tiempo, también se debe notar que quien es atraído, no corre por su propia voluntad, sino que es llevado o lento o reacio.

10. Argumenta a partir de los lugares citados.---Quien no puede venir a Jesús por sus propias fuerzas y esfuerzo, ¿cómo puede evitar todos los pecados a la vez? ¿Y evitarlos para siempre, y asumir para sí el nombre de la potencia de Dios? Pues si Él es sin pecado, y yo soy sin

pecado, ¿cuál será la diferencia entre Él y yo? Aún pondré un testimonio más, para no causar fastidio a ti y a los oyentes. A Asuero, a quien los Setenta intérpretes llaman Artajerjes, se le quita el sueño de los ojos, para que al repasar los Comentarios de sus fieles ministros, encuentre a Mardoqueo, por cuyo aviso fue liberado de las insidias; para que también Esther se hiciera más recomendable (Ester VI), y todo el pueblo de los judíos evitara la muerte inminente. Ciertamente, el rey poderosísimo, que poseía todo el Oriente desde la India hasta el Norte y Etiopía, después de copiosas comidas y manjares buscados por todo el mundo, deseaba dormir y descansar en el sueño, y cumplir el libre albedrío de dormir, si el Señor, proveedor de todos los bienes, no hubiera impedido el orden de la naturaleza, para que contra la naturaleza, se venciera la crueldad del tirano. Sería largo si quisiera traer todos los ejemplos de las Sagradas Escrituras. Todo el discurso de los Santos es oración a Dios: toda oración y súplica arranca la clemencia del Creador, para que quienes no podemos ser salvados por nuestras fuerzas y esfuerzo, seamos conservados por su misericordia. Pero donde hay misericordia y gracia, el libre albedrío cesa en parte, que solo está en que queramos y deseemos, y demos nuestro consentimiento a lo que es agradable. Ya está en el poder del Señor, para que lo que deseamos, lo que trabajamos y nos esforzamos, podamos cumplirlo con su ayuda y auxilio.

11. La salud del cuerpo comparada con la salud del alma.---C. Yo había dicho simplemente, que no en cada una de nuestras obras, sino en la gracia de la condición y la ley, se siente la ayuda de Dios, para que no se quebrara el libre albedrío. Sin embargo, hay muchos de los nuestros, que dicen que todo lo que hacemos, se hace con la ayuda de Dios. A. Quien dice esto, dejará de ser de los vuestros. O bien di tú también estas cosas, para que empieces a ser de los nuestros, o si no las dices, serás ajeno con aquellos que no dicen lo nuestro. C. Seré tuyo, si dices lo mío, más bien tú serás mío, si no dices lo contrario. Confiesas cuerpos sanos, y niegas la salud del alma, que es más fuerte. Pues así como la enfermedad y la herida en el cuerpo, así es el pecado en el alma. Quien confiesa que el hombre es sano alguna vez por la parte que es carne, ¿por qué no dice que es sano también por la parte que es espíritu? A. Seguiré tu proposición. Nunca hoy escaparás, iré a donde sea que me llames. C. Estoy preparado para escuchar. A. Y yo para hablar a oídos sordos. Responderé entonces a la proposición. Compuestos de alma y cuerpo, seguimos la naturaleza de la sustancia de ambos. Así como el cuerpo se dice sano si no es afligido por ninguna enfermedad, así el alma sin vicio, si no es sacudida por ninguna perturbación. Y sin embargo, aunque el cuerpo sea sano, íntegro y vigoroso, y robusto en la integridad de todos los sentidos, sufre enfermedades frecuentes o raras, y aunque sea muy fuerte, a veces padece la molestia de la flema; así el alma, soportando los impulsos de pensamientos y perturbaciones, para superar los naufragios, no navega sin peligro, considerando su fragilidad siempre está preocupada por la muerte, según lo que está escrito: ¿Quién es el hombre que vivirá y no verá la muerte? (Salmo LXXXVII, 12). Que está atenta a todos los mortales, no por la disolución de la naturaleza, sino por la muerte del pecado, según lo profético: El alma que pecare, esa morirá (Ezequiel XVIII, 4). De lo contrario, sabemos que esta muerte común, por la cual también los animales brutos son disueltos, Enoc y Elías aún no la han visto. Dame un cuerpo que nunca haya enfermado, o que después de la enfermedad esté seguro con salud perpetua: y te daré un alma que nunca haya pecado, ni después de las virtudes vaya a pecar, especialmente cuando los vicios están cerca de las virtudes; y si te desvías un poco, o tendrás que errar, o caerás en el precipicio. Pues tanto como se distancian entre sí la obstinación y la perseverancia, la parsimonia y la frugalidad, la liberalidad y la prodigalidad, la prudencia y la astucia, la fortaleza y la temeridad, la cautela y la timidez, de las cuales unas se refieren a los bienes, otras a los males. Lo cual también se encuentra en los cuerpos. Si cuidas la bilis con moderación, la flema crece. Si te apresuras a secar los humores, la sangre se enciende, se

vicia con bilis, y el color amarillo cubre el rostro. Ciertamente, aunque apliquemos toda la diligencia de los médicos, y vivamos con alimentos moderados, y carezcamos de los fomentos de las enfermedades y la crudeza, por ciertas causas ocultas y conocidas solo por Dios, o nos estremecemos de frío, o ardemos de fiebre, o gemimos de cólicos y clamamos por la ayuda del verdadero médico Salvador, y decimos con los Apóstoles: Maestro, sálvanos, perecemos (Mateo VIII, 25).

12. Responde a algunas objeciones de la Escritura.---C. Sea como dices, que nadie pudo evitar todo pecado en la niñez, adolescencia y juventud: ¿acaso puedes negar que muchos justos y santos, después de los vicios, se dedicaron con toda su alma a las virtudes y, por ellas, se mantuvieron sin pecado? A. Esto es lo que te dije al principio, que está en nuestro poder pecar o no pecar, y extender la mano hacia el bien o el mal, para que se conserve el libre albedrío: pero esto según la medida, el tiempo y la condición de la fragilidad humana; sin embargo, la perpetuidad de la impecabilidad está reservada solo a Dios, y a aquel que, siendo el Verbo hecho carne, no sufrió las debilidades y pecados de la carne. No porque pueda hacerlo por un breve tiempo, me obligarás a que pueda hacerlo continuamente. Puedo ayunar, vigilar, caminar, leer, cantar salmos, sentarme, dormir, ¿pero acaso para siempre? C. ¿Y por qué en las Escrituras santas se nos exhorta a la justicia perfecta, como en: Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios (Mat. V, 8); y: Bienaventurados los inmaculados en el camino, que andan en la ley del Señor (Sal. CXVIII, 1); y lo que Dios dice a Abraham: Yo soy tu Dios, camina en mi presencia y sé perfecto, y pondré mi pacto entre mí y ti, y te multiplicaré en gran manera (Gén. XVII, 1)? Porque si no puede hacerse lo que la Escritura testimonia, en vano se ordenó que se hiciera. A. Con diversos testimonios de las Escrituras desgastas la misma cuestión en trucos teatrales, que presentan a un mismo hombre cambiando de personajes, en Marte y Venus: de modo que quien antes caminaba rígido y feroz, después se disuelve en la suavidad de las mujeres. Esto que ahora presentas como nuevo: Bienaventurados los de limpio corazón, y bienaventurados los inmaculados en el camino, y Sé perfecto, y otras cosas semejantes, ha sido refutado por el Apóstol, Y en parte conocemos, y en parte profetizamos; y, Ahora vemos por espejo, en enigma: pero cuando venga lo perfecto, lo que es en parte será destruido (I Cor. XIII, 9, 10). Y así, el corazón limpio, que después verá a Dios, y la bienaventuranza de la vida inmaculada, y vivir inmaculado con Abraham, lo poseemos en sombra e imagen. Aunque sea un Patriarca, aunque sea un Profeta, aunque sea un Apóstol, se les dice en el Señor Salvador: Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden? (Mat. VII, 11). Finalmente, incluso Abraham, a quien se le dijo: Sé perfecto, y sin mancha, cayó postrado en tierra por la conciencia de su fragilidad. Y cuando Dios le habló: Sarai tu esposa no se llamará más Sarai, sino que su nombre será Sara, y te daré de ella un hijo, y lo bendeciré, y será en naciones, y reyes de pueblos saldrán de él, inmediatamente se añade: Abraham cayó sobre su rostro, y se rió, y dijo en su corazón: ¿Nacerá un hijo a un hombre de cien años, y dará a luz Sara, de noventa años? Y dijo Abraham a Dios: Que Ismael viva delante de ti. A lo que Dios respondió: Sí. He aquí que Sara tu esposa te dará un hijo, y llamarás su nombre Isaac, y lo demás (Gén. XVII, 15 ss.). Ciertamente había oído de Dios: Yo soy tu Dios, camina en mi presencia y sé perfecto (Ibid., 1), ¿por qué no creyó lo que Dios prometió, sino que se rió en su corazón, pensando ocultárselo a Dios, y no atreviéndose a reír abiertamente? Finalmente, exponiendo las causas de su incredulidad, dice en su corazón: ¿Cómo puede ser que un centenario engendre un hijo de una esposa de noventa años? Que viva, dice, Ismael delante de ti, a quien una vez diste. No busco cosas difíciles, estoy contento con el beneficio que he recibido. A quien Dios, reprendiéndolo con una respuesta oculta, dice: Sí. Y el sentido es:

Sucedirá lo que piensas que no sucederá. Sara tu esposa te dará un hijo, y antes de que ella conciba, antes de que él nazca, le pondré nombre al niño. Pues de tu error, por el cual te reíste en silencio, tu hijo Isaac recibirá el nombre de risa. Pero si piensas que los de limpio corazón en este siglo ven a Dios, ¿por qué Moisés, que antes había dicho: Vi al Señor cara a cara, y mi alma fue salvada (Gén. XXXII, 30), después suplica verlo claramente? A quien, porque había dicho que lo había visto, oye del Señor: No podrás ver mi rostro. Porque no verá hombre mi rostro, y vivirá (Éxod. XXXIII, 20). Por lo cual también el Apóstol (I Tim. I) llama a Dios invisible, que habita en luz inaccesible, a quien ningún hombre ha visto ni puede ver. Y el evangelista Juan testifica con voz sagrada, diciendo: A Dios nadie le ha visto jamás. El Hijo unigénito, que está en el seno del Padre, él lo ha contado (I Juan IV, 12). Quien ve y cuenta, no es tanto como aquel que es visto, ni tanto como aquel que cuenta sabe: sino tanto como el sentido de los mortales puede recibir.

13. La verdadera perfección se reserva en los cielos.---Pero lo que piensas que es bienaventurado, quien es inmaculado en el camino, y camina en su ley, entiende el sentido anterior por el siguiente. Con muchos testimonios aprendiste antes que nadie pudo cumplir la ley. Pero si el Apóstol, en comparación con la gracia de Cristo, que antes consideraba ganancias en la ley, las reputó como basura, para ganar a Cristo, ¿cuánto más debemos saber nosotros que la gracia de Cristo y del Evangelio sucedió porque en la ley nadie pudo ser justificado? Pero si en la ley nadie es justificado, ¿cómo es perfecto e inmaculado en el camino quien aún camina y se apresura a llegar al final? Ciertamente, quien está en carrera y camina en el camino, es menor que quien ha llegado al final. Si, por tanto, es inmaculado y perfecto quien aún camina en el camino y en la ley, ¿qué más tendrá aquel que ha llegado al término del camino y de la ley? Por lo cual también el Apóstol habla del Señor (Efes. V), que al final del mundo, y en la consumación de las virtudes, presentará a sí mismo una Iglesia santa, sin mancha ni arruga, que vosotros pensáis que ya en esta carne mortal y corruptible es perfecta, y merecís oír con los corintios: Ya sois perfectos, ya sois ricos, sin nosotros reináis, y ojalá reinaseis, para que también nosotros reinásemos con vosotros (I Cor. IV, 8): cuando la verdadera y sin mancha perfección se reserva en los cielos, cuando el esposo hablará a la esposa: Toda hermosa eres, amiga mía, y no hay mancha en ti (Cant. IV, 7). Según lo cual también se entiende aquello: Para que seáis irrepreensibles y sencillos como hijos de Dios inmaculados (Filip. II, 15): que no dijo sois, sino seáis, refiriéndose al futuro, no afirmando que sea en el presente, para que aquí sea trabajo y esfuerzo, allí premios de trabajo y virtud. Finalmente, Juan escribe: Amadísimos, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como es. (I Juan III, 2) Aunque, por tanto, somos hijos de Dios, sin embargo, la semejanza de Dios y la verdadera contemplación, se nos promete entonces, cuando se manifieste en su gloria.

14. La soberbia de Pelagio en la carta a Juliana.---De este tumor de soberbia, también surge aquella audacia de orar, cuando escribiendo a una viuda, pronuncias cómo deben orar los santos. «Porque aquel, dices, con razón levanta las manos a Dios, aquel derrama oraciones con buena conciencia, quien puede decir: Tú sabes, Señor, cuán santas, cuán inocentes, cuán puras están de todo fraude, injuria y robo, las manos que extendiendo hacia ti: cuán justos, cuán inmaculados son los labios, y libres de toda mentira, con los que te ruego que tengas misericordia de mí.» ¿Es esta la oración de un cristiano, o de un fariseo soberbio? quien también en el Evangelio decía: Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni como este publicano: ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que poseo (Luc. XVIII, 11). Aquel da gracias a Dios, porque por su misericordia no es como los demás hombres, detestando los pecados, no asumiendo la

justicia. Tú dices: «Señor, tú sabes cuán santas, cuán inocentes, cuán puras están de todo fraude, injuria y robo, las manos que extendiendo hacia ti.» Aquel dice que ayuna dos veces a la semana, para afligir la carne que se deleita en los vicios, y da diezmos de toda su sustancia. Porque la redención del alma del hombre son sus propias riquezas (Prov. XIII, 8). Tú te glorías con el diablo, diciendo: Subiré sobre las estrellas, pondré mi trono en el cielo, y seré semejante al Altísimo (Isai. XIV, 13, 14). David dice: Mis lomos están llenos de ilusiones (Sal. XXXVII, 8); y, Se pudrieron mis cicatrices a causa de mi insensatez (Ibid., 6); y, No entres en juicio con tu siervo; y, No se justificará en tu presencia ningún viviente (Sal. CXLII, 2). Tú te jactas de ser santo e inocente y puro, y extiendes manos limpias a Dios. No te basta gloriarte en todas tus obras, sino que dices que estás libre de todo pecado de palabra y boca, añadiendo cuán justos, cuán inmaculados son los labios, y libres de toda mentira. Aquel canta: Todo hombre es mentiroso (Sal. CXV, 2), y esta misma afirmación la confirma la autoridad apostólica, para que Dios sea veraz (Rom. III), pero todo hombre mentiroso: y tú posees labios inmaculados y justos y libres de toda mentira. Isaías lamenta: ¡Ay de mí, que estoy perdido, porque siendo hombre, y teniendo labios inmundos, habito en medio de un pueblo que tiene labios inmundos (Isai. VI, 5): y después un serafín lleva un carbón encendido tomado con tenazas a los labios del profeta para purificarlos, no como tú dices, arrogante, sino confesando sus propios vicios. Según lo que se dice en el salmo: ¿Qué se te dará, o qué se te añadirá a ti, lengua engañosa? Flechas agudas de poderoso con carbones de enebro (Sal. CXIX, 34). Y después de tanto orgullo, y jactancia y confianza de santidad del que ora, como un necio intentas persuadir a los necios, para que al final digas: Con los que te ruego que tengas misericordia de mí. Si eres santo, si eres inocente, si estás purgado de toda mancha, si ni en palabra ni en obra has pecado, dice Santiago, Quien no peca en palabra, este es un hombre perfecto; y, Nadie puede refrenar su lengua (Jacob. III, 2, 8), ¿cómo pides misericordia, para que aparentemente llores por ti, y derrames oraciones, porque eres santo y puro e inocente con labios inmaculados, y libre de toda mentira, semejante a Dios en poder? Así oró Cristo en la cruz: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? lejos de mi salvación, las palabras de mis delitos (Sal. XXI, 1); y de nuevo, Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu (Sal. XXX, 6), y, Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Luc. XXIII, 34); quien por nosotros dando gracias había dicho: Te alabo, Señor Padre del cielo y de la tierra (Mar. XI, 25).

15. De la Oración Dominical.---Así enseñó a sus Apóstoles, para que diariamente en el sacrificio de su cuerpo los creyentes se atrevan a decir: Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre (Mat. VI, 9). Ellos desean que el nombre de Dios, que es santo por sí mismo, sea santificado en ellos; tú dices: «Tú sabes, Señor, cuán santas, y cuán inocentes, y cuán puras están mis manos.» Ellos añaden: Venga tu reino: esperando la esperanza del reino en el futuro, para que reinando Cristo, no reine el pecado en su cuerpo mortal, y añaden: Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo, para que la fragilidad humana imite a los ángeles, y se cumpla la voluntad del Señor en la tierra. Tú dices: «El hombre puede si quiere estar libre de todo pecado.» El pan nuestro de cada día, o, sobre todas las sustancias, los Apóstoles lo piden, para que sean dignos de la ascensión del cuerpo de Cristo. Y vosotros, por excesiva santidad, y segura justicia, os arrogáis audazmente los dones celestiales. Sigue: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores. Surgiendo de la fuente del bautismo, y regenerados en el Señor Salvador, cumpliendo aquello que está escrito de ellos: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos (Sal. XXXI, 1), inmediatamente en la primera comunión del cuerpo de Cristo dicen: Y perdona nuestras deudas, que les fueron perdonadas en la confesión de Cristo; y tú, arrogante y soberbio, te glorías de la pureza de tus manos santas, y de la limpieza de tu elocuencia. Aunque la conversión del hombre sea perfecta, y después de los vicios y pecados

posea plenamente las virtudes, ¿pueden estar sin vicio como aquellos que inmediatamente salen de la fuente de Cristo? Y sin embargo, se les ordena decir: Perdona nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores (Mat. VI, 13): no por una mentira de humildad, como tú interpretas, sino por el temor de la fragilidad humana que teme su propia conciencia. Ellos dicen: No nos dejes caer en la tentación, tú hablas con Joviniano, diciendo que aquellos que han recibido el bautismo con plena fe, no pueden ser tentados ni pecar más. Finalmente, añaden: Mas líbranos del mal. ¿Qué piden al Señor, que tienen en el poder del libre albedrío? Oh hombre, ahora has sido hecho limpio en el lavacro, y de ti se dice: ¿Quién es esta que sube blanqueada, apoyada en su amado? para que esté lavada, pero no pueda guardar la pureza, a menos que sea sostenida por el Señor Dios. ¿Cómo deseas ser liberado por la misericordia de Dios, quien poco antes fuiste liberado de los pecados? a menos que sea por esta razón que dijimos, para que cuando hayamos hecho todo, confesemos que somos siervos inútiles.

16. La soberbia pelagiana. Tu oración, por tanto, supera la soberbia del fariseo, y se condena en comparación con el publicano; quien de lejos, no se atrevía a levantar los ojos a Dios, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Por lo cual se pronuncia la sentencia del Señor: Os digo que este descendió a su casa justificado más que aquel. Porque todo el que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado. Los Apóstoles se humillan, para ser ensalzados. Tus discípulos se elevan, para caer. Adulando a la misma viuda, no te avergüenzas de decir que la piedad, que en ninguna parte se encuentra en la tierra, y la verdad, que en todas partes es extranjera, habitan principalmente en ella, y no recuerdas aquella sentencia: Mi pueblo, los que te dicen bienaventurado, te engañan, y tuercen los caminos de tus pies, y la alabas con voces, y dices, «Oh, demasiado feliz eres, oh bienaventurada, si la justicia que ya no se cree que exista sino en el cielo, se encuentra solo en ti en la tierra!» ¿Es esto enseñar, o matar? ¿Levantar de la tierra, o precipitar del cielo, atribuir a una mujer lo que los ángeles no se atreven a usurpar? Pero si la piedad, la verdad y la justicia no se encuentran en la tierra, sino en una sola mujer, ¿dónde estarán tus justos, que jactabas estar sin pecado en la tierra? Estos dos capítulos de oración y alabanza, sueles jurar con tus discípulos que no son tuyos, cuando claramente en ellos resplandece el esplendor de tu estilo, y es tanta la belleza de la elocuencia ciceroniana, que avanzando con paso de tortuga, lo que enseñas en secreto, y envías a la venta, no te atreves a profesar públicamente. Oh, qué feliz eres, cuyo único discípulo escribe libros, para que cualquier cosa que parezca desagradable, no la consideres tuya, sino ajena. ¿Y quién será de tan gran ingenio, que pueda imitar la gracia de tu discurso?

17. Cómo los infantes están sin pecado.---C. No puedo diferir más: toda paciencia es vencida por la iniquidad de vuestras palabras. Te ruego, ¿qué han pecado los infantes? No se les puede imputar la conciencia del delito, ni la ignorancia, ya que según el profeta Jonás no saben distinguir la mano derecha de la izquierda (Jon. ult.). No pueden pecar, y pueden perecer: las rodillas flaquean, los llantos no explican palabras, la lengua balbuceante es motivo de risa, y se preparan para ellos los tormentos de la miseria eterna. A. ¡Ah! Has comenzado a ser demasiado elocuente, como si no fuera suficiente ser elocuente, después de que tus discípulos se han convertido en maestros. Antonio, un orador excelente, en cuyas alabanzas Cicerón resuena, dice haber visto a muchos elocuentes, pero aún a ninguno verdaderamente elocuente. No juegues, pues, conmigo con las flores de los oradores que no son tuyas, por las cuales suelen ser engañados los oídos de los inexpertos y de los niños, sino dime simplemente lo que piensas. C. Esto digo, concédeme al menos que ellos están sin pecado, quienes no pueden pecar. A. Lo concederé si han sido bautizados en Cristo, y no me obligarás inmediatamente a aceptar tu sentencia, en la que dijiste que el hombre puede estar

sin pecado si quiere: pues estos ni pueden, ni quieren: pero están sin pecado alguno por la gracia de Dios, que recibieron en el bautismo. C. Me obligas a llegar a ese punto odioso, y a decirte: ¿Qué han pecado? para que inmediatamente arrojes sobre mí las piedras de los pueblos, y a quien no puedes con fuerzas, lo mates con voluntad. A. Aquel mata al hereje, quien permite que sea hereje. Sin embargo, nuestra corrección es vivificación: para que muriendo a la herejía, vivas en la fe católica. C. Si nos consideráis herejes, ¿por qué no nos acusáis? A. Porque el Apóstol (Tit. III) me enseña a evitar al hereje después de una y segunda corrección, no a acusarlo, sabiendo que está pervertido y condenado por su propio juicio. De lo contrario, es muy necio depender de otro juicio sobre mi fe. Pues, ¿qué si otro te dijera católico, inmediatamente le daría mi asentimiento? Cualquiera que te defienda, y diga que creyendo en cosas perversas piensas bien, no actúa para liberarte de la infamia, sino para infamarse a sí mismo de perfidia. La multitud de compañeros no demostrará que eres católico, sino hereje. Pero estas cosas deben ser pisoteadas con pie eclesiástico, para que no se muestre una imagen más triste a los que lloran como niños. Que el temor de Dios nos conceda despreciar todos los demás temores. Por tanto, o defiende lo que crees, o abandona lo que no puedes defender. A quienquiera que traigas en tu defensa, no lo llamarás patrón, sino compañero.

18. Por qué se bautizan los infantes: y el testimonio de Cipriano. C. Dime, por favor, y libérame de toda cuestión, ¿por qué se bautizan los infantes? A. Para que se les perdonen los pecados en el bautismo. C. ¿Qué pecado han cometido? ¿Acaso se libera a alguien que no está atado? A. ¿Me preguntas a mí? Te responderá la trompeta evangélica, el Doctor de las Gentes, vaso de oro resplandeciente en todo el mundo: La muerte reinó desde Adán hasta Moisés, incluso sobre aquellos que no pecaron a semejanza de la transgresión de Adán, quien es figura del que había de venir (Rom. V, 14). Si objetas que se dice que hay algunos que no pecaron, entiende que no pecaron aquel pecado que Adán pecó transgrediendo el mandamiento de Dios en el paraíso. Sin embargo, todos los hombres están sujetos, ya sea por el antiguo progenitor Adán, o por su propio nombre. El que es pequeño, es liberado en el bautismo del vínculo del padre. El que es de la edad que puede entender, es liberado tanto de lo ajeno como de lo propio por la sangre de Cristo. Y para que no pienses que entiendo esto con sentido herético, el bienaventurado mártir Cipriano, de quien te glorías en emular en la disposición de los testimonios de las Escrituras, en la carta que escribe al obispo Fido sobre el bautismo de los infantes, recuerda lo siguiente: «Ahora bien, si incluso a los delincuentes más graves, y a los que han pecado mucho antes contra Dios, cuando después creen, se les da la remisión de los pecados, y nadie es prohibido del bautismo y la gracia, cuánto más no debe ser prohibido el infante, que recién nacido no ha pecado en nada, salvo que, nacido carnalmente según Adán, contrajo la contaminación de la muerte antigua en su primer nacimiento. Quien para recibir la remisión de los pecados, se acerca más fácilmente, porque se le perdonan no los pecados propios, sino los ajenos. Y por eso, hermano queridísimo, esta fue nuestra sentencia en el concilio, que nadie debe ser prohibido del bautismo y de la gracia de Dios, quien es misericordioso y benigno y piadoso para con todos. Lo cual debe observarse y mantenerse en todos, y más aún en los mismos infantes y recién nacidos, quienes por esto mismo merecen más de nuestra ayuda hacia la misericordia divina, porque en el mismo comienzo de su nacimiento llorando y gimiendo, no hacen otra cosa que suplicar.»

19. Alaba a San Agustín. Hace tiempo escribió el santo y elocuente obispo Agustín a Marcelino, quien después fue asesinado inocente bajo la acusación de tiranía de Heracliano por los herejes, dos libros sobre el bautismo de los infantes contra vuestra herejía, por la cual queréis afirmar que los infantes no son bautizados para la remisión de los pecados, sino para

el reino de los cielos, según lo que está escrito en el Evangelio: A menos que uno nazca de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de los cielos. También un tercero al mismo Marcelino contra aquellos que dicen lo mismo que vosotros, que el hombre puede estar sin pecado si quiere, sin la gracia de Dios. Y un cuarto recientemente a Hilario contra tu doctrina, inventando muchas cosas perversas. Se dice que también está forjando otros especialmente en tu nombre, que aún no han llegado a nuestras manos. Por lo cual considero que debo abstenerme de este trabajo, para que no se me diga aquello de Horacio: No lleves leña al bosque (Lib. I, sat. 10). O bien diríamos lo mismo en exceso: o si quisiéramos decir algo nuevo, las mejores cosas ya han sido ocupadas por un ingenio clarísimo. Diré esto solo, para que finalmente termine el discurso, o debéis entregar un nuevo símbolo, para que después del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo bauticéis a los infantes en el reino de los cielos, o si tenéis un solo bautismo tanto para pequeños como para grandes, también los infantes deben ser bautizados para la remisión de los pecados a semejanza de la transgresión de Adán. Si os parece injusta la remisión de los pecados ajenos, de la cual no necesita quien no pudo pecar, pasad a vuestro amado (Orígenes), quien dice que los pecados pasados en los cielos y antiguos son perdonados en el bautismo, para que, siendo guiados por su autoridad en las demás cosas, también en esta parte sigáis el error.